EL DESPERTAR

UNA NOVELA ZOMBIE

ELIO QUIROGA

El Despertar

-Las aventuras de Amelia después de Morir-

Una novela zombie

Elio Quiroga-Rodríguez

Copyright © 2015, Elio Quiroga-Rodríguez

a Rondo Hatton, Clark Carrados, Erle C. Kenton, y John Brahm

SINOPSIS

Amelia está casada y tiene un hijo. Vive en una de esas infinitas aglomeraciones de chalets suburbiales rodeados de jardines en las afueras de una gran ciudad. Su vida es gris y monótona, pero le gusta. Una buena mañana la pacífica existencia de Amelia dará un vuelco cuando descubra que ha pasado a ser una zombie, una muerta-viva, un cadáver que camina.

La condición de Amelia no es extraña en los tiempos que corren. Su caso es uno más entre millones, porque desde hace unos diez años, desde el día en que se dio el primer caso de infección, los "no muertos" conviven con los vivos en las calles. La "enfermedad" zombie ha pasado a ser considerada una más de las afecciones crónicas que cubre la Seguridad Social y su tratamiento es ya rutinario. Aunque poco se puede tratar cuando tu paciente ya está muerto.

Amelia pasará del *shock* de saberse afectada por la enfermedad de la "no muerte", a liarse con su médico, que sufre (o goza) de una curiosa parafilia por los zombies, de ahí a ser secuestrada por una siniestra organización que organiza peleas entre muertos vivientes y trafica con restos humanos, hasta finalmente verse abocada a salvar el mundo de una extraña invasión alienígena.

Amelia, una mujer normal que vivía en un estado de semiesclavitud asumido sin discusión, pasará paradójicamente a conquistar su propia vida y su lugar en el mundo después de muerta.

"Una Novela Zombie" combina el comentario social, la ironía cruel y el relato de fantasía a lo Swift con el más desmelenado melodrama pulp, la ultraviolencia, el gore y la narrativa sucia más cruel.

En un mundo dominado por los muertos, vivir se convierte en una auténtica odisea.

"Resucitaré a los muertos para que devoren a los vivos".
Del poema sumerio *El descenso de Ishtar a los Infiernos*

ÍNDICE

Jimmy Wolski
PARTE I
1 - Centro de Salud
2 - Wikipedia
3 - Hogar, dulce hogar
4 - Cinco meses antes
5 - En clase
6 - El kit
7 - El Hambre
8 - Emilio
9 - Al cole
10 - Violencia injustificable
11 - Sexo
12 - No
13 - Mañana
14 - Cena
15 - Sexo zombie
16 - Linfa
INTERLUDIO

PARTE II
17 - Las Sombras
18 - La visita
19 - En el país de los ciegos…
20 - En la barra
21 - La espuma de los días
22 - La primera salida
23 - La trampa

24 - Dormitando
25 - Bullet time
26 - Aire fresco
27 - Las voces
28 - La Niña
29 - Huída
30 - Los cadáveres del sótano
31 - La hembra
32 - La noche
33 - Pesadilla
34 - There's no business like show business
35 - La recompensa
36 - El asalto
37 - Decisiones
38 - Emilito
39 - La cena
40 - Todos muertos
41 - Los higos del diablo
42 - El visitante
43 - Tropismos
44 - Cordyceps
45 - El Nuevo Mundo
46 - Decisiones
47 - Navidades Blancas.

PARTE III
48 - La Primera Guerra Cordyceps
49 - Una casa en la Playa
50 - El trato
51 - Pax Romana
52 - Inmune
53 - Estado de duda
54 - Estado de Pánico
55 - Emilito II
56 - El día en que Central Park ardió

57 - Magnicidio
58 - Fama y Fortuna
59 - La Segunda Guerra
60 - La Patria Hongo
61 - En casa
62 - Lobotomía
63 - Cuidado con el niño
64 - Almas
65 - Italia
66 - En el Frente
67 - Bajo el fuego
68 - En la telaraña
69 - Bienvenida a casa
70 - Y pasó el tiempo
-Epílogo-

Jimmy Wolski

James Wolski tenía 34 años, era gordo y feo, y le gustaba pasear por su granja. Jimmy no era demasiado inteligente, pero era buen tipo, o al menos eso decía el. Su mujer no estaba tan de acuerdo, sobre todo cuando Jimmy sacaba la mano a pasear los fines de semana, cosa que hacía generalmente cuando tenían sexo. Jimmy era, eso sí, muy previsible, y todos los sábados por la noche tocaba folleteo y hostias en casa. En fin, era su forma de expresar cariño, se decía su mujer. Tenían dos críos, gemelos, Jimmy II y Jimmy III. Emma, la esposa, no se había mostrado demasiado feliz con la elección de los nombres, 9 años antes, pero claro, Jimmy decía que desde que sus antepasados llegaron a las costas de Canadá -pues presumía de descender directamente de los primeros colonos- toda su estirpe había llamado James a los suyos y Jamie a las suyas, en memoria de un tatatatatarabuelo que, en la vieja y lejana Europa, había escapado de la cárcel en Zelandia para buscar nuevos horizontes. También juraba Jimmy sobre la Biblia de los Testigos de Jehová que otro de sus antepasados, seguramente hermano del anterior, había llegado a las islas del sur de Australia y había puesto el nombre de su terruño de origen a las lejanas antípodas.

El apellido Wolski, posiblemente de origen polaco, no era demasiado coherente con la visión legendaria que Jimmy tenía de sus antepasados, pero a Emma le daba igual en el fondo. Jimmy II y Jimmy III eran obesos, tontos y torpes como su padre, y por ahora, sin tener amistades femeninas, se contentaban con zurrarse el uno al otro. Emma tenía ya bastante con intentar que aquellos dos torpones trozos de carne no se lesionaran en sus continuas peleas a puñetazos. A Jimmy padre le encantaba ver cómo sus dos retoños disfrutaban del noble arte del Marqués de Queensberry desde tan tierna edad.

La noche del 3 de diciembre de 2013, Jimmy paseaba silbando por sus campos. Estaba contento por varias razones: hacía bueno, era viernes y mañana tocaba sexo. Además los críos estaban cenando con su mujer, lo que le daba tiempo para sí mismo, para pasear tranquilo y mirar satisfecho sus posesiones. Aquello era suyo, la herencia familiar. El terreno daba para vivir, no pedía más a la vida.

Entonces vio el destello en el cielo.

Durante unos instantes una coma se dibujó en el horizonte. Luego desapareció para, segundos después, volver a aparecer en el cielo nocturno. Jimmy se quedó paralizado, observando el fenómeno. Era la primera vez en su vida que veía caer un meteorito. No tardó en darse cuenta de que la estela de fuego y llamas iba hacia el lugar en el que él estaba, parado como un pasmarote.

Cuando echó a correr, sin tener muy claro hacia dónde, quedaban unos pocos segundos para que el hirviente objeto se clavara en el suelo con una leve explosión, a unos 30 metros de él. Respiró aliviado, y se quedó unos instantes mirando hacia el trozo de materia que parecía hervir en mitad de un cráter de tierra removida.

Y la curiosidad le pudo, se fue acercando, poco a poco… hasta que pudo ver de cerca la extraña piedra, de aspecto ligeramente fusiforme, repleta de pequeños agujeritos, brillante y pulida por la fricción atmosférica, y… se diría que llena de algún extraño líquido.

Se acercó más, lo suficiente como para sentir el calor en su cara, y para respirar el extraño aroma que emitía el meteoro. Mientras, su cabeza bullía en ideas; cuánto podría sacar vendiendo aquello en el pueblo, si sería mejor romperlo y venderlo a trozos en Ebay… Jimmy era tonto en todo menos en cosas de dinero. Si tienes una cosa grande y la puedes vender a trozos, cuanto más pequeños sean esos trozos más podrás vender… Eso pensó, satisfecho de su visión del mundo, y dando otro paso. Casi podía tocar el objeto. Tal vez sería más interesante montar una empalizada alrededor y cobrar entrada…

El aire que rodeaba el meteorito estaba repleto de partículas en suspensión provenientes del objeto. Jimmy las respiró una y otra vez.

Él fue el primero.

Habían pasado 13 años desde entonces.

PARTE I

1- Centro de Salud

Cuando el médico le miró a los ojos, ella retiró la mirada. Había algo muy sucio en aquel médico del seguro, 24 años, moreno, aspecto de surfero en sus ratos libres, pelo rubio, ojos claros, un tipo deseable. Seguramente por las tardes se iría a la playa a hacer olas todos los días.

Pero la miraba como un tío que no se ducha por dentro ni por fuera desde hace años… había lascivia en aquella mirada. Y lo peor de todo fue cuando el Médico Surfero rompió a hablar.

“Está usted muerta”.

Lo dijo como quien dice "te quiero follar, eres una fantasía para mi, quiero hacer porno en vivo contigo". Con una lascivia pringosa. Por eso ella apartó la mirada. Estaba encantada.

Aunque tardó en oír la noticia. El Médico Surfero tuvo que repetírsela.

“Está usted muerta”.

El sol entraba por la ventana del consultorio del centro de salud. Un precioso día brillante en el que, esa misma tarde, el Médico Surfero se iría a hacer olas y tendría alguna fantasía onanista con ella. Hay gente así, te sorprendería saber cuántos. Les gusta hacerlo con personas muertas. Y como cada vez hay más personas muertas caminando por ahí, se estaban poniendo las botas.

El Médico Surfero le pasó un papel que salía por la impresora láser. Estaba caliente y el tóner olía intensamente. Ella pensó en la posibilidad de que aquel tipo estuviera teniendo una erección en aquel momento, y quiso salir de allí lo antes posible. Le pareció curioso el olor del tóner caliente. Nunca había reparado en que oliera. Le gustó.

“La medicación está sujeta a copago. Un 20% del coste lo tiene que pagar usted.”

La sonrisa del tipo la acompañó por el camino hasta la calle. El tipo le pidió el teléfono. Se lo había dado, no entendía bien por qué. Aquel tipo le daba respeto y un poquito de asco. A lo mejor era por eso.

Durante el camino a casa estuvo dándole vueltas a diversos escenarios en los que le decía a su marido y a su único hijo, de

diversas maneras, con distintas palabras, en diferentes posturas, que ahora estaba muerta.

Se sorprendió al ver que caminaba muy rápido a casa, y no se cansaba, ni jadeaba como antes, cuando fumaba, o mejor cuando estaba viva. Claro, no oía su corazón, porque estaba parado… Tenía muchas preguntas que hacer, pero lo miraría todo en Wikipedia. No quería hacer preguntas a nadie.

2- Wikipedia

Cuando en 2013 apareció la plaga, pasó lo que había pasado en tiempos anteriores en situaciones análogas, como cuando estalló la Gripe Porcina. Primero histeria, luego alarma, después protocolos absurdos, espacios aéreos cerrados, pánicos varios, antivirales inútiles vendidos a paletadas, vacunas, pulseras holográficas, y finalmente volvió la calma, se decidió que aquello podía llevarse más o menos bien, la enfermedad no era tan contagiosa como se pensaba y además se crearían nuevas industrias. Se calculaba que en unos 3 años un 20% de la población quedaría infectada y luego la cosa se estabilizaría. Los tratamientos se desarrollaron pronto, básicamente porque no valían para nada, y los enfermos más o menos lo llevaban bien, se convertiría en una enfermedad crónica. Y las posibilidades para crear nuevas industrias eran muchas. Además, la transición de estar vivo a estar muerto apenas se notaba. Bueno, luego te ibas deteriorando y pudriendo, pero el proceso era lento y se decía que podrías ser prácticamente inmortal.

El virus fue llamado imaginativamente Zomvirus. Y hacía exactamente eso: te convertía en un muerto viviente, un zombie, un no muerto, un muerto que anda, un hombre sin alma -aunque este calificativo era políticamente correcto, ya que varias religiones habían nacido a la sombra zombie afirmando que el alma sí la conservaban los infectados a pesar de estar físicamente muertos-un tipo sin actividad cerebral, ni cardíaca, ni muscular, ni nada de nada, que seguía caminando por ahí. Una cosa muerta, pero que seguía en el fondo siendo la misma persona, con una excepción, te daba hambre de carne humana. Y si no la conseguías pronto, o te comías a la gente que te rodeaba, o te comías a ti mismo. El hambre que provoca el Zomvirus es brutal e inconcebible, y los primeros meses de la plaga, cuando no se sabía muy bien lo que hacer con los enfermos, se dieron casos de automutilación inconcebibles. Aún se ven por ahí troncos ambulantes, o incluso cabezas sin cuerpo de los primeros infectados, que te hablan y te cuentan su vida, generalmente para pedir limosna. Al no tener miembros, casi todos viven de la beneficencia.

El negocio de venta de carne humana floreció en todo el mundo.

El tráfico de cuerpos fue un negocio redondo. Ya no había que enterrar a los muertos, sólo tenías que vendérselos a algún "licenciado", un matarife con licencia para "materia humana" que de daba unos Euros a cambio. En muchos casos, especialmente en países pobres, las familias se deshacían de sus moribundos porque mientras se mantenían vivos estaban frescos y no había que congelarlos. Todo aquello mejoró enormemente la salud media de la población, porque las personas enfermas generalmente eran entregadas a los "licenciados".

Así que la carne de los muertos sanos, o sea, los que no andaban, pasó a ser toda una industria alimentaria para que comieran los muertos que andaban, o sea, los infectados con el Zomvirus.

El gran tabú del canibalismo, que la humanidad había mantenido por milenios en las sociedades civilizadas, desapareció de un plumazo el día en que una conocida cadena de comida rápida creó la McPherson, una hamburguesa sólo para enfermos del Zomvirus. Se descubrió entonces que algunas partes del cuerpo humano tenían facultades santatorias para los enfermos, especialmente la linfa y la médula ósea, mientras que el hipotálamo y la glándula pineal, que se vendían a precio de oro, tenían cualidades alucinógenas.

Naturalmente, para disfrutar de los efectos de aquellas drogas naturales tenías que estar muerto.

3- Hogar, dulce hogar

La casa era una de tantas en un barrio residencial, un suburbio periurbano repleto de casas-clon fabricadas con materiales baratos que daban a sus propietarios o inquilinos la sensación de que eran alguien. Podían aparcar sus coches en el jardín, y cortar el césped todos los fines de semana. Al menos los críos podían ver algo de hierba y correr con cierta seguridad por las calles. Era un barrio tolerante-zombie, que permitía que los no muertos convivieran con los vivos. En ese sentido, las políticas antisegregacionistas del gobierno, aparentemente cosméticas, habían funcionado realmente bien.

Emilio, su marido, era fanático de los deportes, y solían invitar a los vecinos a ver partidos en casa, cenar, y jugar al póker. A Amelia siempre le había encantado el póker, y le daba serias palizas a Emilio en las partidas que organizaban con sus vecinos. Las rabietas infantiles y el mal perder de Emilio eran la comidilla del barrio.

Cuando se lo contó a Emilio en la cena, su marido se quedó paralizado. Luego se puso de pie, dio unos pasos nerviosos por la cocina y se echó a llorar. El llanto del padre llamó al del hijo, y Emilito, de 12 años, empezó a moquear sobre la pizza que su padre le había comprado. Emilio era un negado para la cocina, y en realidad en casi todo en la vida. Sólo leía la prensa deportiva y casi nada le interesaba. Pero era un buen hombre, o al menos eso creyó ella cuando decidieron vivir juntos hacía 15 años. Emilio, con el paso de los años, había ido revelando esos lados oscuros que las mujeres enamoradas no ven de sus machos-alfa, y el musculado joven que quería comerse el mundo se convirtió en un pusilánime con barriga cervecera y encefalograma casi plano. La afición favorita de Emilio era ver deportes en los canales de pago y bajarse películas de Internet. Ella no podía comprender aquel afán coleccionista incontenible de su hombre. Parecía que el desgraciado pensara que se iba a acabar el mundo y que atesorar archivos digitales pirateados de miles de títulos de cine crearía en su piso de 40 metros cuadrados una especie de Biblioteca de Alejandría del cine, con amplia sección porno, claro está.

“¿Que has hecho? ¿Te has acostado con un muerto de esos?”

La pregunta, espetada cuando el crío fue enviado a jugar con la consola para poder gritarse a gusto, la dejó atónita. Nunca había planeado tener relación sexual alguna con nadie, excepto los escasos y cansados escarceos que la barriga cervecera consentía a Emilio, y pensaba que aquello estaba bien claro en su relación y que siempre lo había estado. Años ha había tenido una, desde entonces perpetua, intuición de que era bastante más brillante que él, y aquello era una cuña más en el tronco de su certeza.

Tras muchas explicaciones, seguidas de gritos y llantos -de él-, Amelia miró a Emilio e hizo amago de besarle. Él dio un paso atrás, asqueado y asustado. Ella intentó explicarle que el Médico Surfero le había explicado que no habría problema de contagio. Cuando se ha pasado al reino de los no muertos, el virus se inactiva. Su ADN ha pasado a mezclarse con el de la víctima y ese mismo ADN genera una serie de anticuerpos que extinguen la carga viral del cuerpo. Pero Emilio, que era un tremendo hipocondríaco y un pésimo paciente -cuando le operaron de hernia estuvo quejándose de dolores durante semanas, e hizo imposible la vida al personal sanitario que acudió al domicilio a hacer la intervención, algo muy de moda en aquellos días- y le daba pavor todo lo relacionado con las enfermedades infectocontagiosas. La fase en la que ella pudo haberle contagiado ya había pasado, así que podían sentirse seguros. Además, ella debería acudir con él a las clases que el Médico Surfero impartía para los recién llegados al mundo de los no-muertos.

Incluso Amelia llegó a bromear con que unos años atrás, cuando se produjo el boom zombie, muchas personas, desconocedoras aún de los efectos secundarios de la enfermedad, decidieron ser infectadas para poder acceder a la inmortalidad, algo que teóricamente el proceso de zombificación permite. Pero luego vinieron los problemas, especialmente la necesidad imperiosa de todo zombie de comer carne humana para mantenerse lo menos deteriorado posible, y aquella moda pasajera cesó. No obstante un par de sectas católicas apocalípticas mantenían la tradición del proceso de zombificado como una suerte de bautismo inverso que permitiría a sus fieles vivir lo suficiente como para poder ser testigos del fin de los tiempos.

Emilio no estaba con ganas de bromas y se fue a dormir al sofá. Durante la madrugada oyó cómo salía del pequeño piso, dando un portazo. No regresó hasta bien entrada la mañana.

Se sintió sola y abandonada. Acudió al dormitorio de su hijo, quien, pasada la crisis de llanto, dormía plácidamente y acarició el cabello del crío. Pensó que pudo haberle contagiado y dio gracias porque estaba totalmente sano. Entonces se preguntó, por primera

vez, quién, cuándo, dónde… esas cosas que te preguntas cuando sufres algo parecido, como cuando te contagian algo grave, una hepatitis, un Sida… ¿Cómo me pudo pasar a mi?

Entonces lo vio todo claro.

4- Cinco meses antes

El animal corría hacia ella.

Era un pastor alemán grandote, sin apenas fuerzas.

Un perro mayor, casi anciano, pero corría hacia ella.

Amelia caminaba a toda prisa para aprovechar la escasa media hora que tenía para comer, devorando un sandwich en el parque.

Ella entonces decidió que aquel chucho no le gustaba nada -en realidad siempre le habían disgustado los animales domésticos, sin excepción- y parecía demasiado interesado en ella.

Amelia aceleró el paso, incluso hizo amago de correr. El animal, apenas a unos metros de ella, saltó y se abalanzó con una agilidad asombrosa para su aparente edad.

Ambos cayeron al suelo.

El animal empezó a lamerla, cubriéndola de una pegajosa saliva y de un espantoso aliento a carne pútrida.

Amelia tiró del cuello del bicho pero sólo consiguió quedarse con un manojo de pelos en la mano.

Amelia empezó a gritar, pidiendo ayuda. La gente, que caminaba con prisa y con la indiferencia cruel de los urbanitas, apenas se detuvo a mirarla.

La situación duró poco, pero la lengua del perrazo entró en su propia boca repetidas veces.

Aquel animal debía estar en una fase de incubación de la enfermedad, la fase en la que el contagio es posible vía saliva o sangre. El salto entre especies es común en el cazo del Zombivirus.

La dueña del bicho, una anciana de aspecto inofensivo llegó corriendo y sin resuello, deshaciéndose en disculpas.

El animal se le había escapado, no había podido controlarlo; desde que había enviudado no tenía quién lo sacara, estaba medio ciega…

En fin, que Amelia sólo tuvo opción a incorporarse, componerse un poco y soltar su hostilidad hacia la mujer con un extemporáneo discurso sobre la normativa municipal, las correas y los chips identificadores, que el animal, por cierto, no llevaba.

No dio más importancia al suceso, pero aquel recuerdo del suceso del perro le volvió a la mente en el momento adecuado.

En realidad, su contagio no había sucedido aquel día, sino por la picadura de un mosquito cuatro meses antes, cuando el verano arreciaba como nunca gracias al cambio climático, en un viaje turístico a la isla de Creta, un lugar precioso en el que Amelia vivió un par de agradables conatos sexuales con su esposo.

El contagio por mosquitos estaba bien estudiado, y había llevado a que gran parte de la población de África e India fueran no muertos en aquellos días. El ejemplo extremo de Sudáfrica, que fe declarada República Independiente Zombie, fue uno de los resultados del brutal avance de la plaga en el continente.

El mosquito que había picado a Amelia había picado unas horas antes a un vajante de comercio luxemburgués en fase de incubación, y que mostraría los síntomas de la enfermedad, esto es, la muerte andante, dos semanas más tarde en mitad de una convención de comerciales especializados en telecomunicaciones y redes sociales.

La vida del pobre viajante no fue especialmente grata tras morir, y la ausencia de la debida información, sumada a una desastrosa política de sanidad zombie en Luxemburgo, amén de la mala suerte y un terrible accidente de tráfico le convirtieron en un "cabeza loca", un zombie decapitado que debe llevar su cabeza a cuestas. Su capacidad como vendedor cayó en picado por obvias razones, pues a nadie le interesa demasiado un vendedor descabezado que además no puede usar sus cuerdas vocales -si bien esto se había solucionado con equipos portátiles de ventilación de la tráquea que permitían en algunos casos que los no muertos “cabeza loca” recuperaran el habla- y terminó sus días como donante zombie, utilizado para experimentos y vivisecciones. Algunas partes de su cuerpo siguen animadas en varios laboratorios del centro de Europa. Una de sus manos se vende en una tienda de chinos como “rascador de la risa”. Es corriente encontrar manos zombies, dotadas de vida propia, a la venta para esos menesteres. Hacen unas cosquillas y unos masajes muy del gusto de ciertas personas, vivas, naturalmente.

Así que por pura mala suerte, o por puro azar, Amelia había sido picada por el mosquito que se había alimentado del viajante luxemburgués, pero para ella el responsable de su enfermedad siempre sería aquel viejo perro que decidió un día cubrirla a lametones.

Paradójicamente la anciana responsable del animal sufrió unos meses después un derrame cerebral, y al quedar hospitalizada en la beneficencia sin tener recursos económicos, fue vendida viva como carne para zombies.

El perro fue sacrificado unos meses más tarde en la perrera del municipio, que se había hecho cargo de él.

5- En clase

Al día siguiente, Amelia acudió a su primera Clase Introductoria de Familiarización con la condición Zombie.

El lugar estaba fuertemente ventilado, con un par de sistemas de extracción de aire realmente potentes. Aquello era común desde que había comenzado la "era zombie".

Los muertos no huelen bien.

Se pudren, y aunque hay muchos remedios para ralentizar el proceso, el olor no es agradable.

Ello ha llevado a líneas de productos para no muertos, desde tampones ultraabsorbentes, perfumes intensísimos de las marcas más conocidas que apestan a un pesado pachuli que tapa el dulzón hedor de la carne corrompida, hasta insecticidas exterminadores de las oleadas de insectos oportunistas que suelen devorar los cadáveres, (entre ellos larvas de drosofila o escarabajos), amén de licuadores de sangre, y sobre todo conservadores de linfa.

La linfa humana es el mejor tratamiento para que un no muerto detenga su proceso de corrupción. Es el cosmético mágico. Como el Aloe Vera lo fue para los humanos en una de aquellas modas estúpidas, pero en serio.

La linfa era milagrosa.

Baños de Linfa, leche enriquecida con linfa, alimentos aderezados con linfa que detienen el hambre de carne humana por unas horas, snacks con linfa, licor de linfa, lubricantes sexuales con linfa… El de la linfa humana era el segundo mercado tras el de la carne, y no había sido el primero por lo complicado de su extracción. Para sacar linfa, ese líquido incoloro saturado de macrófagos, de un cuerpo humano vivo, había que saber dónde pinchar, encontrando los ganglios linfáticos. En el caso de los cadáveres la extracción debía realizarse pronto, antes de los primeros 30 minutos tras el óbito. Así, la donación de linfa era un mercado floreciente. El Estado en muchos países había gravado las extracciones, creándose un intenso mercado negro. Perder linfa tiene efectos extraños sobre la gente, y aparecieron nuevas patologías relacionadas con la escasez de linfa entre los donantes más recalcitrantes.

Todo aquello era un nuevo mundo para Amelia; se sentía como una recién llegada a un nuevo planeta, el planeta zombie, que estaba en el mismo sitio en el que había pasado toda su vida, pero era completamente diferente.

El Médico Surfero era el principal orador en las clases matinales de 2 horas, llamadas oficiosamente "Introducción a la no muerte", como se había bautizado felizmente la nueva condición patológica de millones de personas. Las clases, complementadas con vídeos en 3D, conferencias y prácticas, era totalmente gratis, y se animaba a los familiares y amigos cercanos del zombie a que acudieran con él.

Eran como las clases de preparación al parto. Pero para muertos.

Emilio acudió con ella los primeros días, si bien a regañadientes.

El primer día tuvo que abandonar el aula tras sufrir una acceso de arcadas ante el primer vídeo, una cosa atroz que mostraba en unas obscenas 3 dimensiones espantosos casos irreversibles de degeneración zombie al modo de los viejos reels aleccionadores que el gobierno distribuía en los años 40 a 60 del Siglo XX.

El objetivo de la filmación era que el principiante zombie entendiera a las claras cual sería su destino si no cumplía las normas. La corrupción, la automultilación bajo el síndrome de abstinencia de carne humana, la locura si consumía alucinógenos (con una gran lista que daba vértigo, que incluía la pituitaria humana, el hipotálamo, la glándula pineal y la médula ósea), y las enfermedades oportunistas, como las invasiones de insectos, o el hongo Cordyceps, perteneciente a los hongos ascomicetes, que cubrían al menos 400 especies distingas, y que era capaz de infectar a las hormigas y someterlas a una especie de hipnosis trófica, y al que los humanos (vivos) eran inmunes, pero no los zombies que abandonaban sus tratamientos. La imagen de un infeliz relleno del hongo, que le salía por los ojos, la boca, la nariz y las orejas y literalmente reventaba en jirones pútridos mientras su cuerpo quedaba sustituido por el hongo que lo había colonizado y que aparentemente podría desplazarse voluntariamente, era atrozmente fascinante.

Amelia casi se sintió aliviada cuando Emilio abandonó el lugar. El Médico Surfero le sonrió y le guiñó un ojo cuando vio, tras la proyección, el asiento vacío junto a ella. Un gesto que bastaba para que ella entendiera el mensaje: "No te preocupes, pasa a diario". No se sintió sola. Estaba a gusto. Pero desvió la mirada.

Miró a su alrededor, ya que desde que había entrado aquel primer día había procurado abstraerse en la clase y no cruzar miradas con nadie. Había 5 parejas más, y 6 personas solas. Una de ellas era un zombie francamente deteriorado, una mujer negra, joven, que babía perdido la parte inferior de la cara y llevaba una

especie de velo para tapar la ausencia de mandíbula. La mujer se comunicaba con signos de sordomudos. Se preguntó qué le habría pasado.

El resto de los asistentes tenían un aspecto bastante normal, excepto un hombre que se sentaba solitario al fondo de la clase. De unos 40 años, estaba gordo y no tenía un solo pelo. Parecía un cerdito, sin cejas ni pestañas, ni cabello, ni vello corporal. Amelia se sintió interesada en su historia. Pronto las conocería todas. Aquello funcionaba un poco como Alcohólicos Anónimos, y en la segunda clase, los asistentes de presentarían.

Aquella noche terminó en casa agotada. Había tenido que ir a buscar la nueva medicación zombie, un kit que cada semana debería recoger en la farmacia y del que pagaba un 20% del coste, por el llamado Copago Zombie, un convenio por el que el Ministerio de Sanidad gravaba a los enfermos de la no muerte con la desesperada intención de que la enfermedad disminuyera, o cuando menos las conductas de riesgo.

6- El kit

La caja era voluminosa, porque incluía el “paquete de bienvenida”; un conjunto de objetos promocionales de marcas cosméticas y de medicamentos milagro que regalaban lotes “de iniciación” a los recién llegados a la no muerte.

Aquello tenía el tamaño de un pequeño electrodoméstico y estaba repleto de publicidad, folletos, memorias de video, y otros cachivaches y baratijas.

El paquete de bienvenida contenía:

-Un dosificador pequeño de una conocida marca de perfumes, conteniendo un apestoso, pero necesario, perfume para el “recién llegado”.

-Un segundo dosificador de la misma marca con un desodorante igual de hediondo.

-Diversas cremas en dosis ridículas para la piel de la cara, que al parecer evitaban que se cuarteara… ¿cuarteara? Amelia no había llegado en su primera clase a aquel detalle ¿la piel de su cara se podía cuartear? el folleto acompañante aconsejaba protegerse del sol y, naturalmente, usar la crema dos veces al día, para evitarlo.

-Un dentífrico y dos cepillos con unas instrucciones que daban escalofríos. Al parecer era común en diversos no muertos la caída de los dientes y una irreversible regresión de las encías hasta el hueso. Aunque se desconocía el origen del problema y ocurría en un 30 por ciento de los casos, la marca recomendaba aquel dentífrico porque protegía el interior de la boca de la corrupción, el desecado, los hongos oportunistas, las erupciones bacterianas y la pus interna.

-Decenas de folletos de hoteles, rayos UVA (asombrosamente, la melanina podía seguir activa indefinidamente en la piel de los zombies), gafas, y prótesis de todo tipo para evitar la antiestética pérdida de miembros cuando ésta era ya irreversible, ya fuera a causa de la corrupción interna de los órganos o de algún accidente violento. Todo se complementaba con una serie de videos y juegos interactivos sobre deportes de ultra-riesgo que la condición de nueva inmortalidad de los no muertos, y sobre todo la ausencia de percepción del dolor, les permitía valorar como un añadido a sus “no vidas”. Por supuesto, listas de restaurantes de carne humana, y

varios vales de comida que se repartían una vez cada dos meses, “para casos desesperados”, cerraban el paquete de bienvenida.

El kit oficial era mucho más pobre y modesto.

Contenía medicamentos probados contra la degradación del cuerpo, las primeras dosis de linfa, adecuadamente rebajada en viales que debían consumirse una vez al día, y concentrado de carne para salir de algún momento desesperado. A un total de 23 medicamentos que debían consumirse a diario para que el zombie mantuviera un estado físico soportable, se añadía un único detalle, unos chicles de sabor carne de una conocida marca transnacional que se añadían como oferta al kit. Aquello sería básicamente su compañía semanal para poder seguir pareciendo una persona, al menos externamente.

Un escueto manual que se repartía en una única entrega aclaraba los posibles cambios de carácter que los nuevos no muertos podrían experimentar, desde demencia irreversible causada por hongos al hambre incontrolada por la carne humana, amén de los consabidos consejos sobre evitar consumir partes humanas con efectos alucinógenos o linfa no registrada por el Ministerio de Sanidad. La lista de prohibiciones y reglamentos era sobrecogedoramente larga y llenaba 40 páginas de una letra menuda como un reguero de hormigas, que a Amelia le costó horrores leer: hasta entonces no había tenido problemas de visión, pero era normal una leve opacidad de los humores internos del ojo a causa de la detención de la actividad interna. Y un aumento del glaucoma.

Lo primero que hizo fue lavarse los dientes, una costumbre que siempre había respetado en vida. El producto tenía una intensísima y picante esencia de mentol que parecía 10 veces más intensa que las pastillas de Fisherman’s Friend.

El microkit dental presentaba un nuevo producto en promoción: un aerosol bucal que mejoraba el aliento y tenía una gran capacidad antimicrobiana que permitía mantener el día las encías brillantes y perfumadas.

Añadía un colorante que permitía que estas aparecieran rojas, como antes de la muerte, pues se volvían violáceas con el paso del tiempo, algo que sí era irreversible en todos los no muertos.

Suspiró unos instantes mirando alrededor: la cama de matrimonio estaba repleta de folletos, tarritos de potingues, medicamentos y promociones, con las dos grandes cajas abiertas ante ella. En la puerta del dormitorio estaba Emilio, que entró y se sentó a su lado.

“¿Huelo mal ya? “

Esa fue la única pregunta que se le ocurrió a ella en aquel

momento.

"No."

Fue la seca respuesta de su marido, antes de salir a buscar al crío al colegio. Dio un portazo, para variar.

En aquel momento ella se echó a llorar, pero claro, no habían lágrimas en su interior. Se preguntó si existiría algún producto que las simulara a partir de ahora.

Miró un folleto que le había pasado desapercibido. Era un anuncio de No-Fung, un desinfectante que evitaba las temidas invasiones de hongos. Entre las ilustraciones había capturas del video que había visto en clase sobre la colonización de aquel desgraciado zombie por hongos de gran agresividad. Parecía que aquel video era la escasa fuente de información al respecto disponible. Le corrió un escalofrío por el cuerpo cuando leyó el texto: el video había sido obtenido en los primeros años de la plaga, cuando se sometió a muchos zombies a pruebas inhumanas para conocer mejor la enfermedad. Era un caso de uso despiadado de ciudadanos como conejillos de indias que helaba la sangre en las venas.

Pero lo que más le asustó de aquel folleto escalofriante fue el texto final, que rezaba así:

"Está demostrado, pero es un enigma el proceso interno que desata el fenómeno, que el hongo invasor destruye al huésped y se convierte en una criatura antropomorfa que por algún mecanismo aún sin descubrir, controla el esqueleto óseo de la víctima, y parece sobrevivir indefinidamente. Se puede considerar esta una nueva forma de vida colectiva, bautizada como Homo Fungus. El Hombre Hongo. Existen pruebas documentales y testigos que afirman haber visto Hombres Hongo en diversas áreas remotas del mundo."

Pensó en las 400 especies de hongos como aquella y supuso que nadie había tenido aún tiempo de estudiar la nueva y repungante biología que podían generar todas ellas tomando a un no muerto como huésped.

Le vino una arcada. No sabía que los zombies pudieran tener arcadas.

7- El Hambre

Por la noche, se quedó dormida enseguida. Emilio y el crío llegaron a eso de las 8, y comieron una pizza que el padre había comprado. Amelia estaba agotada, se sentía débil y le repugnaba todo lo que tuviera que ver con manejar, hacer o consumir lo que hasta entonces para ella había sido comida. Sólo podía ingerir líquidos.

Asustada, visitó un canal de Youtube de preguntas y respuestas sobre el mundo zombie, y supo que su estado era muy normal en los primerizos. La primera semana suele ser la peor, con los primeros contactos con las nuevas necesidades del no estar vivo, las nuevas sensaciones o la ausencia de ellas, y sobre todo el rechazo visceral a la comida tradicional; a toda materia orgánica que no fuera de origen humano.

Emilio se asomó al dormitorio donde ella estaba examinando en su pad los vídeos, con los auriculares puestos. Se sentó a los pies de la cama y le dijo que preferiría dormir aquellos primeros días en el sofá. Necesitaba "adaptarse". Ella no se daba cuenta del leve olor dulzón que la rodeaba, pero Emilio se lo dijo con toda la crudeza. Empezanba a oler a podrido.

Ella pensó en las botellitas de muestra que venían con el kit de bienvenida, y tras darse una ducha, se puso algo del nuevo perfume.

Salió al salón, donde Emilio, en pijama, veía la tele adormilado, y se sentó a su lado. Le besó en los labios, cosa que él aceptó. Le dijo que la notaba fría, pero aceptó el beso. No fueron más allá y ella volvió al dormitorio.

Aquella noche empezó el pequeño infierno del hambre.

El hambre que invade al no muerto es algo inefable. Sólo puedes entender la agonía si eres uno de ellos. Es la peor de las agonías imaginables. Un escritor no muerto, Arnaldo Parza, de México, escribió en su libro “Agonías y llamas”, un clásico del Nuevo Movimiento Zombie Latinoamericano:

Se te abre el alma como si sangrara
te caen los hijos y los pensamientos
como si fueras un árbol muerto

Se te abren las entrañas sin abrirse
y agonizas en vida y prefieres morir de verdad
no hay dolor ni espanto igual
no hay nada peor
es como si el infierno se te abriera dentro
y te inundara de dolor, fuego y ansia
Y el ansia te come y tus dientes tienen el tamaño de montañas
Y el tártaro eres tú y cruzas la laguna estigia en un mar de bilis negra
Y te quedas paralizado, contemplando el horror que anida en ti, el paisaje profundo del horror negro
Y no hay esperanza.
Ya no se conjuga.
Sólo hay dientes.

Amelia no había leído el libro (la literatura zombie sólo la leían zombies intelectuales y algunos desviados sexuales vivientes que la usaban como estimulante de la líbido), pero entendió bien a las claras el atroz dolor que le esperaba si no conseguía alimento, o si se encontraba en algún lugar sin posibilidad de localizarlo.

El kit de bienvenida traía varios snaks, concentrado de carne, y una barrita etiquetada: “Boost para el primer día”, que ella devoró como si la vida le fuera en ello, incluyendo el envoltorio. En clase aquella mañana la habían advertido de aquello, y notó el ansia imparable que la llevaba a desear devorar sus propios dedos sin pararse en la barrita alimenticia. Tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para no morderlos, y gritó de impotencia.

Incontables casos de zombies en su primera noche, perdidos en el ansia de la primera hambre, se habían devorado los dedos y parte de las manos, quedando lisiados para siempre.

Finalmente el ansia pasó, y pudo conciliar el sueño a las 4 de la mañana. Había pasado lo peor. La primera noche era la más dura, y la había superado con éxito. Ahora sólo tendría que asegurarse de comer algo de origen humano cada día, sobre todo antes de irse a dormir –los zombies sólo necesitan comer una vez al día-. Con eso

bastaría para saciar el hambre.

La noche era, indefectiblemente, el momento del hambre. Por eso, en algunas ciudades aún había toque de queda y salían patrullas a partir de las 22.00. En los primeros tiempos, cuando nadie sabía nada de la enfermedad, las hordas de zombies hambrientos comían todo lo que se movía, incluyendo, claro está, a sus propios congéneres, y a sí mismos, en un festival de automutilación indescriptible.

En el salón, Emilio estaba paralizado, impotente, oyendo el ajetreo que salía del dormitorio.

Se sentía un cobarde, pero no se avergonzaba en absoluto de ello.

Tenía ganas de vomitar. Para variar.

Su mujer le daba arcadas.

8- Emilio

En el sofá, aquella noche, la mente de Emilio era una olla en ebullición.

Si Amelia hubiera podido contemplar el escenario del interior de la mente de su marido, seguramente hubiera pensado quién era realmente el zombie. Emilio nunca había sido un dechado de personalidad, ni un tipo especialmente dado a expresar sus sentimientos. Amelia apenas tenía 25 años cuando se enamoró de él, y entonces era una especie de adonis taciturno, un macho-alfa de pocas palabras que la fascinó. Un tipo duro con dos grandes tatuajes en sus brazos y curtido en el gimnasio. Pero Emilio tenía una tormenta dentro. Era parte de la primera generación de los "ya, ya", críos que habían sido malacostrumbrados por sus padres, sin frustaciones, con vidas regaladas, a los que cada día un nuevo regalo compraba. Los "ya, ya" (el nombre lo había ideado una psicóloga francesa, Geraldine Gordinger, autora de un best-seller titulado "Ya-Ya: el niño o el monstruo", al oír a su propio hijo consentido de 5 años enrabietarse con la compra de un juguete y exigir a gritos en mitad de una llantina chillona "lo quiero ya, dámelo ya, lo quiero ya, ya, ya…") carecían de capacidad para la frustración, y, aunque muchos lo disimulaban, eran unos egóticos patológicos carentes de empatía por el prójimo. En resumen, eran unos psicópatas generados por una educación mal entendida o ausente.

Emilio era así. Nunca nadie le había dicho que no. Nunca nadie le había puesto peros. Lo que quería lo quería ya. Si quería ver una película se la bajaba. Si quería follar con su mujer lo hacía. Si quería irse de putas, adelante. Si se fundía la VISA, el mes siguiente su trabajo de vigilante le rellenaba de nuevo los bolsillos.

Cuando el hijo de la pareja nació, el síndrome de príncipe destronado de Emilio apareció en la vida en pareja. Los primeros noes llegaron. Y Emilio, que había vivido en casa de sus consentidores padres hasta los 32, empezó a ponerse furioso. La violencia que le bullía dentro la contenía viendo el fútbol con los amigos, emborrachándose, y follando con su mujer, que nunca le decía que no. Amelia era una mujer con intensa empatía, y algo

dentro de ella sabía que un "no" a copular con Emilio seguramente implicaría algo realmente desagradable para ella. No había pasado. Aún. Pero Emilio estaba como una olla exprés con la espita taponada. En silencio, simulaba escenarios para partirle la cara a la zombie de su mujer por permitirse el lujo de ponerse enferma y dejarle a él, a él, ¡A ÉL! sin algo a lo que follar. Aunque lo de follarse a una zombie le daba mucho asco, empezó a fantasear con ello aquella misma noche. Emilio tampoco era demasiado brillante, y su vida emocional, centrada en él mismo y en el "ya, ya", estaba formada por escenarios de dominación y sexo anal. Le encantaba tomar a Amelia por detrás, y de sorpresa, especialmente porque ella chillaba de dolor. Y que luego ella le hiciera una larga felación y le dejara irse en su cara, como en las pelis guarras que se bajaba, poniendo cara de viciosa. Se sentía un pedazo de animal en esos momentos. Con poder, con poder.

Con poder.

Emilio se quedó dormido con una erección entre sus piernas.

No, no estaría tan mal follarse a una zombie. Aunque las arcadas, eso no parecía controlable…

9- Al cole

Cuando Emilito acudió al cole y tuvo la estúpida idea de contar a sus compañeros que su mamá estaba muerta en vida, lo primero que sufrió fue una bofetada por parte de Jordi, el chico conflictivo que hay en toda clase, que había tomado a Emilito como su esclavo, y le vejaba a diario. Jordi, otro "ya, ya" límite, le abofeteó por gusto, porque se expresaba bien así. Le encantaba abofetear a su esclavo. Y ahora que su madre, que estaba bien buena para ser una vieja, era una no muerta, pues razón de más para hostiar al esclavo. Emilito era un poco como su padre, una olla exprés pasivo-agresiva que no había explotado aún, pero aquel día Jordi quitó la espita.

Y por primera vez en su vida Jordi escupió sangre.

Todo fue muy rápido. Emilito perdió los escribos, se abalanzó sobre Jordi, que le doblaba en estatura, le agarró por la entrepierna y le retorció el paquete genital. El dolor del crío fue lo más salvaje que había experimentado aún, y se dobló sobre sí mismo. Emilito entonces le dió un rodillazo en la boca con todas sus fuerzas. Tres dientes de leche saltaron por los aires, en un pequeño surtidor de saliva y sangre. Jordi cayó de rodillas al suelo, atónito, sintiendo el sabor de su propia sangre en la boca, y notando cómo los ojos se le inyectaban en lágrimas.

Recibió entonces la bofetada más humillante de su vida. Emilito sintió el alivio de ver al crío que le había hecho la vida imposible durante todo el curso, humillado. llorando y arrodillado ante él. La adrenalina empezó a bajar.

Entonces llegó el director.

La llamada del cole llegó en el momento menos oportuno. El Médico Surfero estaba hablando de las relaciones amorosas con zombies, y Emilio estaba acompañando a Amelia, bastante más participativo que el día anterior. Se interesó en los condones que era necesario usar para lubricar los encuentros sexuales, los lubricantes disponibles, y se mostró especialmente orientado hacia el sexo anal y oral, algo que sorprendió y sonrojó a Amelia. Emilio nunca hablaba de lo que hacían en la cama, y en aquel contexto público la hizo ponerse púrpura, porque los zombies no se ponen colorados, sino púrpuras; es un efecto de la sangre que se detiene en

los capilares. La chica sin cara, que se expresaba usando el lenguaje de los sordomudos, preguntó en su caso qué se podía hacer, porque su novio no la quería ver desde que había perdido la parte inferior de la cara. El Médico Surfero le informó de que existían prótesis generadas por ordenador que se podían encargar online y que se basaban en la propia estructura ósea del cuerpo, y no estaban nada mal.

La clase pasó a la explicación que la ciencia había logrado sacar adelante, con grandes problemas, sobre el fenómeno zombie. El virus era de origen extraterrestre; su biología -si se podía hablar de algo así en unas estructuras tan simples- era totalmente diferente a la de los virus terrestres, y su aparición "de la nada" en una granja de Utah, donde apareció el primer caso, Jimmy Wolski, un campesino, llevó al descubrimiento de un meteorito repleto de cavidades que contenían el virus, y a que se extendiera la hipótesis de la panspermia, el origen alienígena de la plaga.

Wolski había sito inmortalizado en la capital de Utah, Salt Lake City, en una escultura colocada junto a Temple Square. La enorme figura de 20 metros de alto, mostraba a Jimmy con su panza cervecera, señalando al horizonte, y el texto “Al primer hombre que trajo el Nuevo Mundo a la Tierra de los Hombres.” Se había erigido por cuestación popular entre zombies en una zona de la ciudad propiedad de un millonario excéntrico que defendía la teoría de la panspermia. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días llevaba años intentando que se derribara de uno de sus lugares más sagrados, pero hasta ahora habían perdido todos los juicios al respecto. El Primer Presidente, el mormón de mayor rango, había renunciado a más esfuerzos, con una cita que se convirtió en tan inmortal como los zombies: “Antes tuvimos a Cytherea, ahora tenemos a Willy. Mejor dejarlo correr”. Aquella frase se había convertido en un dicho popular cuando se quería dejar de lado un asunto incómodo. Por otro lado, los Mormones aprovecharon enseguida la ocasión para decir que habían predicho el advenimiento zombie. Algo que casi todas las demás religiones organizadas del mundo también hicieron por su parte, dando nuevas interpretaciones a sus libros revelados.

La teoría de la panspermia, que defendía que toda la vida terrestre había llegado a nuestro planeta vía meteoritos desde el espacio exterior se había visto corroborada en cierta medida, al menos en el cazo del Zomvirus. El virus creaba una extraña neobiología de lo muerto en los cuerpos infectados, y en las semanas durante las que se incubaba en el cuerpo, iba tomando control de los órganos y a la vez paralizando su actividad viviente. El misterio era cómo los zombies, hechos de materia muerta tras la

infección, seguían caminando por el mundo, respondiendo a preguntas y, en resumen, comportándose de manera similar a cuando vivían. Aquí la ciencia se había mostrado totalmente impotente para desentrañar el misterio, pero la hipótesis más popular había rescatado los olvidados conceptos semimetafísicos de los "campos de forma", unas estructuras misteriosas y transdimensionales que se habían desechado por parecer más bien una mala digestión de un curso de mecánica cuántica, que parecían conectar los fenómenos biológicos con otra realidad, desde la que parecía que serían algún tipo de reflejo.

Así, parecía que los no muertos vivientes pasasen a ser generadores de "campos de forma" que mantenían la estructura mental, personal y orgánica de los individuos. Aquello era todo lo que la ciencia había podido conjeturar sobre el misterio zombie.

Otro fenómeno interesante era la atracción que los insectos amantes de los cadáveres sentían por los no muertos. Eso era de lo más normal, pero en muchos casos la furia de las plagas de insectos "zombiófilos" eran un problema. De la noche a la mañana, podían montar un criadero dentro de la boca de un no muerto, sin que éste se apercibiera, durante el sueño -los zombies dormían, pero sin sueños, al menos aparentemente-. Para combatir tales plagas se recomendaban varias empresas especializadas en exterminación de insectos con métodos realmente agresivos, que dejaban las casas infectadas de insecticida, pero los no muertos ni se enteraban. El DDT había vuelto a ser producido en masa.

Emilio tuvo una arcada mientras sonaba el teléfono móvil de Amelia.

Ella se lo pasó a Emilio. Ponía en la pantala: "Colegio". Emilio se excusó y respondió a la llamada mientras abandonaba el aula.

Amelia lanzó un suspiro.

El Médico Surfero le guiñó un ojo.

Eso la hizo sonreír. Esta vez le mantuvo la mirada.

10- Violencia injustificable

El despacho del Director del colegio era un lugar bastante oscuro, con una pequeña ventana mal colocada cerca del techo, e iluminado por luz artificial día y noche. Varios muebles de conglomerado se amontonaban sin concierto en el lugar. La mesa de despacho del Director parecía no haber sido limpiada durante años. Estaba repleta de papeles, documentos, libros acumulados, y tazas sucias de café. El tipo no parecía el ser más higiénico del mundo.

El Director del colegio estaba hecho un basilisco. Al parecer, Jordi, el niño al que Emilito había agredido, era hijo de un concejal, y el padre había amenazado con poner un pleito al colegio. Emilito, feliz, orgulloso y silencioso, como su padre, asistió a la descomunal bronca que el director, enrojecido de ira, soltó sobre sus padres. El pequeño sería expulsado por una semana, y se estaban considerando medidas disciplinarias más extremas. El director entonces reparó en el tono púrpura de las encías de Amelia y trastabilló unos instantes. Ella vió que él había entendido inmediatamente lo que le pasaba, dando un paso atrás sin ocultar su repugnancia.

El racismo era otro de los pequeños problemas a los que un zombie debía enfrentarse en aquellos días. Algunas personas vivas les miraban con auténtica repugnancia, y el gobierno no paraba de diseñar tontorronas campañas de concienciación que facilitaran la vida a los no muertos en la sociedad. Un nuevo ministerio, el Ministerio de Asuntos de los No Muertos, había sido creado con un presupuesto ridículo, de modo que el gobierno pudiera justificar que estaba haciendo algo. Para Amelia el gesto de asco del Director del colegio fue muy intenso. Era la primera vez que detectaba un rechazo visceral, proveniente de algún lado del subconsciente, en otra persona respecto a ella. No estaba preparada. Siempre había sido una mujer hermosa, los tíos se giraban al verla pasar. Tenía miembros grandes, pecho generoso, y podría pasar por una maggiorata italiana sin problema. Pero el Director del colegio la miró de arriba abajo como quien mira a una cucaracha. El instante pasó, y el Director siguió con su perorata, pero ella supo que a partir de ahora mucha gente la trataría así. Tomó nota mentalmente

de que debía de usar todo lo posible las sustancias que se recomendaban en los manuales y en el kit de bienvenida. Y por primera vez pensó en sus amigas. Casi todas ellas eran madres de otros chicos que asistían al colegio de su hijo. Pronto todas lo sabrían. Era el primer caso en la zona de una madre de familia zombie. Pensó en las consecuencias, pero aquello le pareció más bien interesante. Le gustaría ver las caras de todas ellas, y descubrió entonces que ninguna de aquellas supuestas amigas suyas lo era en realidad ni le interesaban demasiado.

"Algo que he ganado", se dijo a sí misma. Se descubrió mirando al Director del colegio que seguía gritando cosas sobre normas de comportamiento, actos inaceptables, violencia injustificable, mientras gotitas de saliva salían lentamente de su boca. Fue la primera vez que pudo disfrutar de uno de los efectos secundarios de su enfermedad; podía manejar la percepción del tiempo con holgura. Pudo ver al director hablando en cámara lenta, y ver las pequeñas gotas de saliva flotando en el aire como diminutas esferas translúcidas. Le pareció divertido, era algo nuevo para ella. Y en clase todavía no le habían contado aquello. Como quien prueba un videojuego por primera vez, decidió probar fortuna y hacer lo contrario, y todo se aceleró. El tipo seguía vomitando palabras a toda velocidad, con el timbre de su voz acelerado, como cuando pones una película al doble de velocidad o respiras gas Helio.

"Señora ¿Me está escuchando?" fue la frase que la hizo volver al tiempo normal, con un tono de Mel Blanc que la hizo soltar una carcajada sonora.

Se recompuso y respondió con una frase hecha. Al momento, estaban fuera del colegio, con Emilito de la mano. El niño miró a su madre.

"Jordi se burló de ti. Por eso le pegué" - le dijo Emilito a Amelia.

Emilio miró al crío pero tenía los ojos enfocados en la pared que estaba inmediatamente detrás del crío. Estaba pensando en hacerse un tatuaje en el cuello con forma de alambre de púas, parecido a uno que había visto en uno de esos programas de la tele. La mente de Emilio era así.

Y volvieron a casa.

11- Sexo

Emilito jugaba con la consola en su cuarto, Emilio se puso a ver la tele, porque ponían un partido que al parecer era muy importante. Para Emilio todos los partidos eran importantes, en realidad. Los jueves y viernes se iba al bar con sus amigos y se emborrachaban hablando de los partidos importantes. Amelia le dejaba hacer, la habían educado en esa forma de ver las cosas. Emilio tenía derecho a algo de solaz en la vida. Ella en cambio carecía de ese derecho. Emilio estaba perfectamente feliz con aquel estado de cosas.

Pero aquella noche iba a ser diferente.

Emilio se puso a beber cervezas ante el televisor, y encargó unas pizzas, dijo que no quería que ella trabajara demasiado y que prefería que descansara. Amelia se quedó perfectamente feliz y dedicó el resto de la tarde a ordenar los potingues del kit de bienvenida, y a leer la sección Primeros Pasos el manual de principiantes. Una especie de "No Muertos para Dummies".

Cuando terminó el partido, con victoria del equipo rival, Emilio estaba enfadado, y fue a echarle la bronca a Emilito, que, sin quitarse los auriculares, seguía en su cuarto jugando a la Play. Le gritó y le dio un par de lecciones sobre la vida, indicándole que no se debía pegar a los demás, que aquello no era proceder, que en el colegio había que comportarse. Emilito no le escuchó, como solía hacer con su padre, especialmente cuando se metía en el cuerpo más de 5 cervezas. Emilio, tras su bronca al crío, sintiéndose realizado como padre, decidió que le apetecía hacerle cositas a su mujer. Aunque estuviera muerta.

Así era Emilio, así registraba su mente: quiero, hago. Así de simple, así de fácil, sin complicaciones. El problema era cuando el “quiero” no era satisfecho de inmediato. Ahí era donde Emilio cortocircuitaba.

Amelia estaba muy sensible por la lectura que había hecho, tendida en la cama, de su manual de bienvenida. Las reglas eran interminables, los problemas de vivir sin vivir eran terribles, y el estado irreversible de la condición de zombie apenas era maquillado por cientos de productos que sólo eran remedios de

baratillo para la impotencia y la ignorancia del misterioso proceso de la no muerte.

Se había echado a llorar sin lágrimas un par de veces, ante las deprimentes perspectivas de no morir nunca, de quedar despedazada por un accidente y permanecer consiente y viva por la eternidad hecha trocitos.

Hasta entonces no se conocía de la muerte final y definitiva de ningún zombie. Todos seguían ahí, incluso aunque sus cuerpos fueran destrozados, en forma de algo parecido a energías espirituales. Todo aquello se había comprobado en los experimentos realizados durante los primeros años de la enfermedad, cuando se realizaban impunemente espantosas pruebas sobre no muertos, entonces carentes de derechos humanos ni civiles. La Iglesia de los Zombies de los Últimos Días, una rama mormona escindida, llamaba a aquellos años los Días de los Asesinos. “Doktoro Zeta”, una película polaca en lenguaje esperanto de bajo presupuesto sobre el asunto se había hecho popular online, y narraba los experimentos que se realizaron aquellos años usando horrorosas imágenes clínicas de archivo. Todo era real. Fue un fenómeno mundial, con millones de visionados al día.

Emilio entró en el cuarto como una exhalación. Caliente como un burro, quería montar a Amelia, y como siempre había sido en casa, Amelia no tenía nada que declarar al respecto, simplemente abrirse de piernas, dejarse hacer, pedir algo de lubricante si le dolía, y finalmente poner expresión de viciosa actriz porno al final.

Pero Amelia estaba rota, triste, y seca. La sequedad era lo peor; los lubricantes que necesitaba para tener relaciones sexuales eran muy especiales, y ella lo sabía. Los tenía en el kit de bienvenida en dosis de muestra.

Intentó explicárselo a Emilio, pero él estaba encendido. No había manera cuando se ponía así, excepto permitir que eyaculara y volviera a sus cabales en el estado refractario post orgásmico. Y encima había bebido, estaba desinhibido, y parecía que el leve olor que Amelia desprendía, algo disimulado por la cosmética zombie, esta vez no hacía más que excitarle.

A ella le dolió el primer envite. Tanto que se asustó. Tanto que hizo lo que no había hecho durante todos los años que llevaban de relación.

Dijo "no".

12- No

Él se quedó paralizado. Ella cerró sus piernas, y se sentó sobre la cama.

"Me duele", le dijo. "Tienes que entender que no soy la misma persona que hace unos días. Están pasándome cosas. Ahora me duele. Mucho".

Era normal, todo el interior de Amelia estaba hinchado aquellos días. Fermentación interna. Mejor no entrar en detalles, son un asco, creedme.

Pero Emilio estaba como loco, con una erección incontenible y muy nervioso. Y había oído la palabra mágica. La palabra que generaba frustación. Le habían dicho que no. Y cuando Emilio oía un “no”, sólo tenía dos posibilidades. O bien se liaba a hostias, o se quedaba callado y acumulaba ganas de liarse a hostias. Y la olla que había en su cabeza decidió que era la hora de las tortas.

Amelia recibió el primer puñetazo en el mentón, lo que la hizo caer al suelo. Una bofetada en la cara, de lleno en la mejilla y una patada en el pecho la llevaron de nuevo sobre la moqueta que había junto a la cama. Ella ya no sangraba, pero sentía el dolor perfectamente.

"Estoy enferma Emilio" - fue lo único que dijo.

"Me cago en todo, Amelia, vas a follar y te vas a callar esa puta boca."

Emilito, en su cuarto, oía los golpes, pero sabía que cuando su padre se ponía así, mejor no entrometerse. Lo había visto así un par de veces en el bar. Y además, le entendía. Eran muy parecidos en el fondo.

Entonces Amelia se puso de pie. Y todo pasó muy rápido.

Le golpeó en la cara, con la mano abierta, de modo que la muñeca transmitió toda la energía del golpe, sobre la nariz del infeliz Emilio, que se rompió con un leve crujido. El infeliz chilló cuando empezó a sangrar. Emilio era muy sensible al dolor. Si el ajeno se la traía al pairo, tenía una tolerancia muy baja a su propio padecer.

Cuando le hicieron un tracto rectal por unas almorranas sangrantes lloró como un crío, y lo mismo pasó en la única limpieza

dental que le habían hecho en 12 años. Como no podía ser menos, en aquel momento en que recibió su primer golpe en la nariz desde los tiempos del instituto, chilló y gimió, tapándose la cara mientras la sangre le cubría el rostro rápidamente.

Pero ella se limitó a agarrarle por un brazo, girarlo rápidamente, y partirle el radio y el cúbito de un certero movimiento. Emilio estaba chillando con unos agudos insoportables, como un cerdo contrariado. Y ella le dió un rodillazo directamente en el paquete genital. Él se dobló dejando un gracioso arco de sangre en el aire, que ella contempló con agrado, brillante, escarlata, flotando en la nada mientras Emilio caía al suelo. Si Emilito lo hubiera visto, le habría encantado; era una versión adulta de su certero golpe a Jordi aquella mañana en el cole. Justicia poética.

Emilio no podía hablar, estaba sin respiración. El golpe en el testículo causaría una epidimitis que obligaría en unas semanas a una amputación testicular. Pero Emilio en aquel momento sólo pensaba en el dolor que no le dejaba respirar.

Además, su brazo derecho tenía una nueva articulación y era bastante desagradable de mirar.

Amelia le miró.

"Vete a urgencias. Eso tiene mala pinta". Fue lo único que dijo.

Emilio, tras varios minutos en el suelo, sin poder moverse por el dolor en su saco testicular, se incorporó y en silencio salió de la casa. Ella oyó el motor del coche ponerse en marcha y alejarse. Estaría conduciendo con un solo brazo. Debió de acompañarle. Pero no le apetecía.

Estaba contenta y orgullosa. Y abrió el folleto en el capítulo en el que estaba cuando Emilio había entrado en el dormitorio acompañado de su erección:

"Los No Muertos son más fuertes que los vivos. El secreto de la fuerza zombie"; ese era el título del capítulo.

Aquello iba a interesarle. Estaba segura.

Emilito se acercó a la puerta del dormitorio y le dio las buenas noches a su madre. En el suelo, junto a la cama, había un reguero de sangre sobre el que alguien había pisado y dejado huellas bien visibles que acababan en la puerta de la casa.

"Ya lo limpio yo mañana, cariño." Le dijo su madre, que leía un libro tumbada en la cama, con el camisón hecho girones.

Emilito se fue a dormir.

A medianoche la invadió el hambre. Era algo instantáneo. Se pasaba de estar perfectamente bien a tener una especie de agujero negro dentro, que te horadaba hasta el alma, y que había que llenar como fuera.

Recurrió de nuevo al kit de bienvenida, y probó un par de

snacks de degustación de una conocida marca de chocolatinas. Eran barras con trocitos de proteína de origen humano, y prometían saciar el hambre rápidamente. Así fue. Y notó que su sentido del gusto estaba cambiando. Notaba las sutilezas de los trozos de ser humano que contenía la barrita. Y casi podía intuir de qué parte del cuerpo provenían. La sensación era realmente extraña, una especie de percepción extrasensorial.

Se preguntó si las personas que habían sido desintegradas para hacer aquellos productos serían gente con la que se había cruzado alguna vez en su vida.

13- Mañana

"Buenos días", fue el recibimiento del Surfero, pero la mirada con la que aquellas palabras habían sido pronunciadas estaba repleta de intención. Ella le devolvió la mirada, y se sentó en primera fila del aula. El grupo de alumnos estaba allí, al completo. La chica sin mandíbula le hizo un gesto con la mano y tras el tejido estampado con pájaros que cubría toda la parte inferior de su rostro se adivinó una sonrisa.

El Surfero empezó su clase. El curso duraba una semana y quedaban 2 días más. Era miércoles. Ella se había puesto uno de los mejores vestidos que tenía en casa. A pesar de estar muerta, se sentía más viva que nunca. Emilio no había vuelto a casa, y Emilito se había quedado en su habitación, sentado ante la consola, prometiendo que haría las tareas de clase y se leería las lecciones para mantenerse al día durante la semana de expulsión.

Habían llamado del colegio, era el Director. Le confirmó la expulsión y le indicó que el padre del crío había desistido de denunciar cuando el Director le informó de su enfermedad. Amelia sintió un cruce de extrañas sensaciones. Estaba feliz, porque su hijo estaba recibiendo un castigo que en el fondo le parecía justo, y también estaba contenta porque el crío había demostrado carácter, dándole una paliza al acosador de la clase. Y además ella misma le había dado una paliza al acosador que tenía dentro de casa. No le preocupó que no apareciera de regreso. En realidad la idea de no ver más a Emilio le pareció reconfortante.

Todo aquello lo pensó en muy poco tiempo, y descubrió asombrada que disponía ahora de más tiempo dentro de su cabeza para pensar en cosas, y por tanto podía disponer de más cosas en las que pensar a la vez. Aquello la sorprendió y fue su primera pregunta al Médico Surfero.

"¿Puede ser que la enfermedad te vuelva más listo?"

El Surfero asintió con una sonrisa.

"Puede ser. No ocurre siempre. Lo normal es que pase justo lo contrario, y que con el tiempo la situación empeore. Es una especie de enfermedad de Alzheimer retardada. Pero en algunos casos la inteligencia se ve incrementada, no sabemos por qué. El caso es que

las personas que pasan por esas manifestaciones de inteligencia no experimentan el atontamiento que causa a largo plazo la enfermedad."

Aquello podía implicar, a muy largo plazo, que si el cuerpo se deterioraba irreversiblemente, la mente seguiría trabajando a toda velocidad. Durante un tiempo increíblemente largo. A lo mejor por toda la eternidad. Aquello ya no sonaba tan bien.

Al final de la clase se fue a visitar al Surfero a su despacho. Él la recibió poniéndose de pie. Ella cerró la puerta tras de sí y se le quedó mirando, paralizada. El vestido que llevaba mostraba su preciosa figura y permitía adivinar unas delgadas y preciosas braguitas de encaje. Su pecho, libre de las ataduras de un sujetador, apuntaba hacia el Surfero en actitud desafiante. Ella siempre había estado orgullosa de su pecho.

Él se acercó a ella. Ella le miró intensamente a los ojos. Él le mantuvo la mirada.

"Me he ido de casa."

Lo dijo sin pensar. Pero le gustó el sonido de la frase. En su bolso estaba todo lo que necesitaba por ahora. Sus tarjetas con acceso a sus cuentas bancarias, algo de cosmética del kit de bienvenida, y un documento en el que constaba que era la única titular de varios fondos que Emilio había ido atesorando con el paso de los años. Ella le había pedido confianza y él había cedido, en mitad de una mamada, un par de años atrás. Sonrió para sí misma.

Emilio entró en la casa en aquel mismo momento.

Emilito estaba viendo una web porno usando el ordenador de su padre, y Emilio empezó a echarle una bronca.

Emilito le miró con una semisonrisa. Su padre parecía un Ecce Homo: el brazo en cabestrillo, el rostro amoratado con una gruesa venda sobre la nariz, y un andar sospechosamente doliente causado por la incimiente epidimitis en su testículo derecho. Llevaba en el brazo sano una bolsita con calmantes y medicamentos para la inflamación testicular que le habían recetado en urgencias. El brazo le latía y la cabeza le resonaba como un bombo.

En la mesa del salón había una nota, que leyó, aunque le costó abrirla con la mano sana que le quedaba. Pero no era para él.

"Pasaré de vez en cuando. Cuida de tu padre".

Emilio dio un golpe en la mesa tan brutal que se rompió dos falanges de la mano sana y dejó una abolludora en el conglomerado.

Volvió a urgencias dando saltitos doloridos y quejándose en falsete.

Y Emilito siguió con lo suyo.

14- Cena

El restaurante era un japonés de los más conocidos de la ciudad. Un lugar precioso, lleno de gente bien vestida, sobre todo ejecutivos, tranquilo y atendido por un personal que parecía aparecer y desaparecer discretamente. Ella sólo había ido a un restaurante japonés un par de veces, ya que Emilio odiaba comer *porquerías crudas con moco verde picante*, como él decía.

El Médico Surfero la había invitado a cenar. Ella había pasado la crisis del primer día, el primer hambre, algo que algunos no pueden contar por haberse comido sus propias lenguas, y la segunda crisis de hambre la noche anterior había sido bastante más controlada. Ahora se disponían a comer por placer, sin que ella sintiera el terrible pinzamiento agónico del hambre, algo que parecía invadirla entre la medianoche y la madrugada.

Pidieron algo llamado Human Sushi para ella. Aquel era uno de los pocos restaurantes japoneses de la ciudad que tenía licencia para servir productos de origen humano, llamados piadosamente en el argot de los vendedores al pormayor “Manware”. La cocina japonesa había sido muy rápida e inteligente al introducir productos para no muertos. El Human Susi y Human Sashimi se nutrían directamente de carne humana envasada en Japón y expotrada en cámaras frigoríficas. Así pues, Amelia pensó que estaba comiéndose a algún remoto señor japonés que había sido ceremoniosa y cuidadosamente reducido a taquitos. El sabor le pareció delicioso, y combinaba muy bien con la salsa de soja y el wasabi, el *moco verde* que su marido odiaba.

Les sirvieron un sake increíblemente frío que estaba delicioso. El Médico Surfero pidió tempura, y la observaba, intrigado por las sensaciones que ella experimentaba.

"Me interesa mucho que me cuentes lo que sientes, Amelia. Ese sabor es completamente nuevo para ti."

"Creo que te gustaría ser como yo, en el fondo… Te gustaría estar muerto ¿No es así?" -Preguntó ella envalentonada por el segundo vaso de sake.

"Supongo que en algún momento lo haré. Los médicos podemos acceder a los virus y contagiarnos voluntariamente. Hay gente que

lo hace. Creo que me atraéis, me interesáis. Sois… fascinantes. Algunos, claro, los que no se mutilan ni se vuelven idiotas… Sois inteligentes, ágiles, rápidos… casi parece un paso evolutivo adelante."

"No lo había pensado."

"Y sois un enigma. Nadie sabe por qué os pasa lo que os pasa. Por qué seguís caminando con el corazón parado y sin actividad cerebral."

"¿No había algo de "campos de forma"?"

"Te has leído el manual… Eso es sólo dar un nombre a nuestra ignorancia, Amelia".

Ella se sintió llena y feliz al terminar el postre, unas nueces caramelizadas con pequeños trocitos de médula humana liofilizada. Se decía que tenía poderes alucinógenos, pero de cualquier forma habían sido atenuados por la cocción, ya que ella no sintió nada especial. Él le dijo que con lo que había ingerido aquel día no necesitaría comer en unas 48 horas, por lo que el hambre no la invadiría a la noche siguiente.

Y la invitó a su casa.

Al salir del restaurante, esperando por un taxi, él la besó. Ella se apretó fuertemente contra él. Notó el olor acre y suave de su sudor bajo un leve tono de colonia masculina.

Ella se preguntó qué olores percibiría él en aquel momento de su cuerpo en lenta descomposición. A pesar de que se había perfumado a conciencia, ciertos olores podían acabar con la líbido de cualquiera.

Pero él parecía excitado. Y cada vez más.

15- Sexo zombie

No pararon, durante horas. Él estaba siempre en erección, y ella sintió por primera vez, con sus sentidos aguzados por la no muerte, un orgasmo increíble y de tal intensidad que sólo pensaba en repetirlo. Él la lubricó bien, usando todo tipo de potingues que guardaba en el baño. Era un experto y tenía un auténtico arsenal de productos orientados a muertos que andan. Le explicó entre besos y caricias por qué necesitaba ser plenamente lubricada, y lo procaz y desagradable del curso acelerado sobre corrupción interna sólo la calentó aún más.

Ella estaba orgullosa de su técnica de felación, y practicó varias veces con él, que se mostró absolutamente de acuerdo. En un cierto momento, él tuvo que ofrecerle un ligero lubricante bucal. Todo en los no muertos se iba secando, incluido el interior de la boca. El producto, ofrecido en spray, era un excelente imitador de la saliva de gran durabilidad y combinaba esa característica con un cambio de tonalidad en contacto con el ph de las encías, que les daba un cierto aspecto rojizo más saludable que el púrpura que se iba adueñando de ellas. Era mucho más efectivo que el tinte que venía como obsequio en el kit de bienvenida.

Ella se dio cuenta entonces de algo muy extraño. En los momentos en que alcanzaba el clímax, algo parecía resonar en su cabeza. Al principio pensó que era su propio pensamiento, alguna producción de su mente, pero finalmente tuvo la extraña intuición de que al correrse era como si por unos momentos su cabeza se sintonizara a una determinada "frecuencia", y oyó claramente, varias veces, el mismo mensaje que se repetía una y otra vez en su cabeza: "No tenemos prisa… no tenemos prisa… no tenemos prisa…"

Se quedó para sí misma el extraño fenómeno, que parecía irse haciéndose más claro y presente a medida que se corría más y más y que los orgasmos eran más largos. No lo estaba soñando ni imaginando. Una voz sonaba en su cabeza en el momento del orgasmo.

"No tenemos prisa…"

A las tantas de la madrugada se tendieron en la cama. Él estaba

exhausto. Ella, que no tenía pulso, se sentía bien, pero con ganas de dormir. Al día siguiente tendrían que seguir el curso.

"Te puedes quedar aquí un tiempo si quieres."

Ella le miró a los ojos, y le besó.

"¿Por qué te interesamos tanto?" -preguntó ella, clarividente.

"Me excitan las mujeres como tú. Me gusta vuestro tacto, vuestro olor, la sequedad de vuestras bocas… me gusta lubricaros… Es una parafilia, me gustan las mujeres zombies."

"¿Tienes alguna novia ahora? Quiero decir, alguna novia… viva…"

"Hace tiempo que no… Sois adictivas…"

"Así que sólo te interesa el sexo con la gente como yo."

"No sólo."

El Surfero se incorporó y le hizo una señal para que le esperara.

Ella, tendida en la amplia cama, en la penumbra del dormitorio, miró el lugar con cierta atención por primera vez. Era un apartamento amplio, bien decorado, de alguien con posibles. Él tenía un culo magnífico y una técnica no menos magnífica. Estaba contenta con todo aquello. El Surfero regresó tras un par de minutos de la planta baja del apartamento, portando una botella de plástico, que conocía algo que parecía agua.

La miró unos instantes, sonriente, y abrió la botella.

"¿Confías en mi?"

Ella asintió.

16- Linfa

Él empezó a cubrir el cuerpo de la mujer con aquel líquido incoloro, y ella se arqueó como si la hubieran llenado por dentro de luz. La sensación era absolutamente deliciosa… como correrse suavemente, sin parar, como estar hecha de seda. El masaje duró 20 minutos.

Ella quedó absolutamente feliz, increíblemente relajada y tranquila.

"¿Qué es?"

"Linfa. Linfa humana… con un ingrediente secreto."

"¿Es eso legal?"

"No demasiado."

La miró con una sonrisa pícara.

"Lo sintetizo en casa, en el sótano. Me llega la linfa por un lado, los polvitos mágicos por otro… un par de toques… Cada botella puede salir por 1.000 Euros. Gano un 200% por cada una. ¿Cómo te sientes?"

"Estupendamente."

"Es lo bueno de la linfa, tiene poderes casi mágicos sobre vosotros…"

"¿Qué ingrediente secreto tiene?"

La miró unos instantes, se lo pensó, pero al final prefirió decírselo.

"Glándulas pineales desecadas de gente. Es lo que da ese subidón. Si los consumís directamente os puede volver adictos; es como la heroína. Pero mezclados con linfa en una proporción… especial, el resultado es muy diferente, y no es peligroso."

Le contó cómo se había metido en aquel negocio del tráfico de linfa y cómo había experimentado mezclando sustancias, probándolas en una ex novia zombie que había tenido hacía un año. No le quiso explicar lo que había sido de ella.

Amelia se dejó llevar por su voz y se quedó dormida sin esperar al final de la historia. El poder de la linfa para relajarla era increíblemente intenso.

Antes del amanecer fue cuando las ventanas del apartamento estallaron en añicos.

INTERLUDIO

Fue una mañana de primavera, un día estupendo, realmente precioso, de esos que no olvidas fácilmente. El médico de la Casa Blanca, uno de los mejores profesionales que jamás he conocido –por eso está en la Casa Blanca, supongo- me tomó la presión como solía hacer cada semana, ya que le preocupaba que la tensión de aquellos días, con el conflicto con Rusia sobre los acuerdos de desarme finales, afectara precisamente a mi presión arterial. Tuvo que hacer varias pruebas, apretó y apretó la pera del aparato alrededor de mi brazo, luego me auscultó, llamó nervioso a un par de médicos, que vinieron a verme, y finalmente, tras media hora de carreras y gritos, se sentó delante de mi y me dio la noticia. No tenían ni idea de lo que había pasado, ni de cómo me había contagiado, pero estaba claro. Mi corazón estaba parado, no tenía presión arterial. Era un zombie. La inquietud me invadió y pedí pruebas para el Primer Caballero; los resultados fueron igual de positivos. Estábamos muertos los dos. Tras unas semanas se aventuró la hipótesis de que en un viaje reciente a Martha's Vineyard pudo habernos picado algún insecto infectado. No contagiamos a nadie más en la Casa Blanca durante la época activa de la enfermedad, antes de manifestarse, con la excepción de Roseanne, la perrita collie de Rob, lo que tampoco fue una tragedia. Rob tendría así a su perrita para siempre. Y así fue, de la forma más normal del mundo, como me convertí en el primer presidente zombie de la historia. A mitad de mi segundo mandato. Mucha gente en el mundo ni siquiera se da cuenta de ello, ya que en muchos lugares no es fácil encontrar un médico que haga algo tan sencillo como averiguar si tienes pulso. Desde aquí os animo a todos

a que os hagáis pruebas médicas. En algunos lugares del tercer mundo, como Bangladesh, cerca de un tercio de la población está muerta y no lo sabe. El problema de no saberlo es que puedes acabar comiéndote a ti mismo sin tener ni idea del por qué."

Calvin D. Gilliam. Presidente de los Estados Unidos

"Mi vida y mi Muerte, y cómo fue todo a partir de Entonces. Autobiografía de un Presidente Zombie".

P. ¿Cómo es el trabajo, entonces?

GD. No es diferente a cualquier porno normal, quiero decir, con gente viva. Lo nuestro es un negocio de sota-caballo-rey, no hay mucho más que explicar. Bueno, las chicas necesitan esos lubricantes especiales, y los hombres a veces tienen que usar bombas de succión para tener una erección. En otros casos se quedan erectos para siempre, lo que para ellos puede ser incómodo, pero a nosotros nos facilita el trabajo.

P. ¿Qué opina de las nuevas parafilias que están surgiendo?

GD. Mire, no me malinterprete, yo mismo hago porno de parafilias, pero hay límites para todo. No me interesan esos pornos con gente cosida a cuerpos de animales, ni con zombies en estado lamentable. Me parece triste, explotación ¿Entiende? Eso sí, hay cosas que pueden ser de buen o mal gusto, eso es cuestión de opiniones, pero hay cosas que yo nunca haría.

P. ¿Existen esas películas que se rumorea?

GD. Claro que existen. Si alguien tiene dinero y puede pagar por algo, tenga usted por seguro de que en algún lado habrá alguien interesado en hacer ese trabajo, por sucio que sea. Mire, hay peleas en locales que todos conocemos en esta ciudad en las que la gente apuesta a ver qué zombie despedaza a otro. Y eso lo toleran las autoridades, y es más, muchos de nuestros políticos van a esos espectáculos. Esas cosas dejan el Circo romano convertido en un chiste. Así que respondiendo a su pregunta, le hago a usted otra ¿Cree usted que no existen? ¿Aún lo duda?

P. ¿Cree que el porno ha cambiado desde la irrupción zombie?

GD. Por supuesto. Es como meter el mundo del terror en la vida real. La fantasía se ha hecho realidad ¿Entiende? Por eso también dirijo cine de terror. Me interesa todo esto. La fantasía deja de ser fantasía para invadir nuestro mundo, que consideramos real y objetivo… Es fascinante ¿No cree?

Entrevista a Gregory Dark, director de cine pornográfico, para The New Yorker. Por Steven Cleese.

Si el Señor ha decidido que no debemos morir, que estamos listos para vivir eternamente en el mundo, eso sólo puede obedecer a una razón lógica. Y es que el final de los tiempos está cerca y los muertos caminan entre los vivos, como dicen las profecías y como San Juan relató en el Apocalipsis. No debemos temer, porque si es así, todo el sufrimiento terminará pronto, y una era dorada se acerca para todos los hombres.
(Hank Hanskubftïor, Obispo de Copenhague, en su discurso de aceptación de la púrpura papal en la Capilla Sixtina).

Salir de noche en ciertas zonas de Los Angeles se ha convertido en un deporte de riesgo, porque los zombies no saben que lo eres, y pueden hacerte una gracia, como arrancarte un brazo, pensando que al día siguiente te lo puedes recoser, untarte el hombro de linfa y seguir con tu no-vida, pero es que ya se han dado casos de gente viva mutilada por zombies, que no sabían que el otro estaba vivito y coleando, que lo dejaron desangrarse y se dieron a la fuga. Así que nuestro consejo es: vete con amigos a lugares seguros, siempre en compañía, y si tienes algún amigo zombie, mejor. Ellos podrán orientaros. No es que se deba volver al toque de queda en el área de Santa Monica. Pero sí andarse con precauciones.
LA Weekly "Night and the Dead". Artículo por Rose Chapman.

No es fácil hablar de lo que te ha reducido a una cabeza pinchada al final de un sistema de aire. Nosotros los veteranos de las Guerras de Arena al menos contamos con la posibilidad de dirigir los cuerpos que el Gobierno nos ha regalado moviendo la lengua y monitorizando movimientos. Requiere entrenamiento, pero es factible. A mi me destrozó el cuerpo una granada de fragmentación zombie, que me dejó esparcido en un área de 50 metros. Algunos de los trozos siguen allí, en mitad de la arena de Afganistán, y lo sé. Sé cuando luce el sol o cuando llueve o nieva. Uno de mis trozos se lo comió un escorpión. Otro una serpiente. Siguen allí, y a veces tengo sueños que creo vienen de la mente de esa serpiente o de ese escorpión, es algo realmente extraño. Es como si tu mente se esparciera por el mundo. A veces nos llaman del Cuartel General y nos piden que rellenemos unos cuestionarios, porque algunos de nosotros que fuimos totalmente desintegrados allí todavía podemos ver lo que pasa en ese lugar tan lejano y podemos ser útiles a la inteligencia militar. En fin, que es extraño,

pero mis compañeros veteranos y yo estamos satisfechos de nuestro trabajo. Lo bueno de ser soldado y zombie es que pueden herirte, pero sigues siendo útil. Salvo casos extremos como el mío, puedes volver al campo de batalla, se te pueden colocar nuevos miembros o añadirte otros. Creo que todo esto es un gran paso en el Arte de la Guerra.

Pike Atanasoff. Soldado de Infantería. "Memorias de un Veterano Despedazado".

Si bien la realidad de la no muerte nos rodea, la definición más extendida, "no-muerte" merece ser aproximada desde un punto de vista metafísico. La negación de lo inexorable, de la extinción del ser, que ha sido parte integrante de la vida, humana o no, sobre la tierra hasta ahora, abre interrogantes francamente perturbadores. Si la muerte desaparece, o bien se convierte en parte integrante de nosotros, en ese estado de "no-morir" que implica el ser del zombie, pero que a la vez tiene varios de los síntomas de la muerte, entre ellos la cesación de funciones vitales, actividad eléctrica, circulación sanguínea, pero mantiene a la persona de forma similar a como era antes, si bien con modificaciones en diversos casos, mejorando o empeorando su inteligencia, por unos mecanismos que aún se nos escapan, estamos concluyendo que lo que sea que defina a la persona, el objeto invisible que podríamos llamar "alma", esa molesta huella platonista que parece perseguirnos desde el principio de los tiempos, queda atada de alguna manera al cuerpo físico, y además puede migrar a fragmentos del cuerpo si éste es dividido, como reflejaron los primeros experimentos de Herrman Jonesy en la Universidad de Krakovia, actualmente prohibidos por el Acta de Corrección de los Derechos del Hombre Vivo y el No Muerto. Entonces ¿A dónde han migrado las almas de tantos y tantos seres como han vivido antes de nosotros? ¿Dónde está ese lugar? ¿Existe, o es ahora cuando el fenómeno zombie ha aparecido cuando las almas pasan a ser inmortales, como consecuencia de una enfermedad vírica? Las consecuencias llamarán a futuras generaciones de filósofos a replantearse casi todo lo que antes se daba como seguro. Los modelos han desaparecido en la "no-muerte".

Hans Terry. Filósofo. "No-Muerte. No-Vida. Los muertos que andan y la metafísica del neoplatonismo zombie."

Artículo. Annals of Philosophy. Oxfort University Press.

Puede resultar extraño recurrir al viejo concepto, antes obsoleto, del Campo de Forma, pero sólo así podremos concebir un modelo válido que respete las leyes de la física, y que se base en modelos que conocemos de alguna forma. Así, la Teoría M puede mantener un estado de vibración en el que se produzca una transferencia entre universos de ciertas formas de campos y de partículas gauge. Esto no implica necesariamente que estemos ante nuevas leyes de la física, sino a una interpretación nueva de los modelos que hemos obtenido en los últimos 60 años, utilizando las mismas herramientas, pero de una forma diferente. Así, podría caber la posibilidad de que los zombies se mantengan animados y con características de "vida" (andar, expresarse, mantener la personalidad, etc.) con ciertos cambios (inteligencia, fuerza física), pero sin características estándar de vida animada "basal" si podemos crear una transferencia de un "campo de forma" propio de cada individuo a través de un agujero de gusano hacia una malla en vibración. Así, cada zombie implicaría el nacimiento de una malla vibratoria en alguna de las dimensiones plegadas que permite la teoría M. Si aceptamos esta posibilidad, que implica que existe una fuerza que no ha sido definida aún y que sólo se manifiesta entre Mallas, a través de agujeros de gusano, y que matemáticamente podría ser compatible con lo que sabemos de la llamada "energía oscura", podríamos tener una base física compatible con los modelos existentes de No-Muerte. La forma biológica en la que el ADN es modificado por el ARN del Zomvirus para que esta propiedad íntima de la materia se vea manifiesta, es otro asunto, que no compete a nuestro modelo, pero que otros, especialmente los expertos en cromodinámica cuántica, en íntimo diálogo con físicos de altas energías, podrían relacionar con procesos químicos que podrían llevar a un "modelo de subespacio molecular" o de "incertidumbre de microcampos" que teóricos como James Freefold definieron, sin encontrar utilidad práctica, en sus tratados sobre nueva matemática. En resumen, el campo es apasionante, y generará probablemente un nuevo paradigma, con la salvedad de que en estos días contamos con las herramientas para poder conjeturar con éxito un modelo válido. Y quien lo haga funcionar, tendrá un Nobel bajo el brazo con total seguridad. Un Nobel Zombie."

Marie-Claire Palin. Directora del Proyecto Gran Colisionador. "Nuevas formas para viejos modelos: el misterio de la no-muerte y su relación con la Teoría M y la Energía Oscura." Conferencia.

PARTE II

17- Las Sombras

Las sombras oscuras la agarraron por los cabellos.

Sólo acertó a verle a él, desnudo, miserable, arrodillado, mientras dos sombras le golpeaban y le cubrían la cabeza con un saco negro. Dos cañones de armas automáticas se detuvieron, amenazantes, a ambos lados de la cabeza del Médico Surfero.

Luego, cuando otro saco negro tapó sus ojos, ya no pudo ver nada.

Oyó entonces una voz, terriblemente ronca, domo de alguien que tiene una traqueotomía, dando órdenes cortas entre pausas asfixiadas.

"Los dos con nosotros… la puta… es una muerta… se viene…"

18- La visita

Pasaron media hora dando botes en el interior de un vehículo. A su alrededor nadie dijo una palabra. A Amelia le pareció que iban en una camioneta cerrada, y sus secuestradores debían estar en la cabina; eran dos personas. Probablemente tuvieran otro coche de escolta, dado el número de sombras que invadió la casa. Ella llamó al Médico Surfero un par de veces, pero al no hallar respuesta decidió que lo mejor era guardar silencio.

Pensó que a lo mejor aquello era una broma, podía ser alguno de aquellos programas de Cambio Radical que los canales especializados para Zombies producían. Se trataba de secuestrar a un no muerto especialmente deteriorado y mejorarlo quirúrgicamente. Los zombies no sufrían el rechazo de órganos y se les podía añadir miembros sin mucho problema. Así, en aquellos ejercicios televisivos de crueldad, había infelices que por un pago módico por parte del estudio de TV o a causa de una broma pesada de sus familiares, se encontraban secuestrados sin comerlo ni beberlo, y con varias piernas añadidas quirúrgicamente, o varios brazos.

Fue famoso el caso de Shiva, una mujer india de Brooklyn a la que le añadieron tantos brazos que se dedicó a ir por el mundo haciendo representaciones en circos y espectáculos como la personalización de la diosa de la guerra hindú. En Las Vegas se representaba un musical sobre ella.

Había tipos de varias cabezas, y auténticas aberraciones humanas, como personas que habían quedado decapitadas y aceptaban que sus cabezas fueran injertadas en cuerpos de animales para regocijo de un público sediento de nuevas experiencias. Curiosamente, la mayoría de aquellos crudos canales de temática zombie, que incluían luchas con desmembramientos, algo que para un zombie no era tan terrible, los consumían -eran todos de pago- básicamente ciudadanos vivos, en una especie de venganza por la envidia que despertaba entre los mortales la ausencia de caducidad de la condición de los no muertos.

Se estaba imaginando acabar con varias piernas y cabezas, o algo peor -así era el reclutamiento de aquellos programas de leva,

por la fuerza, exactamente como el de la flota británica cuando necesitaba marineros en el Siglo XVIII- cuando finalmente el vehículo en el que iban llegó a destino. El motor se detuvo y los ocupantes de la cabina salieron de él. Luego, silencio.

Volvió a llamar al Surfero.

"Cállate" -le dijo él- "No digas nada. Déjamelo a mi."

"¿Quiénes son?"

"Debe ser un malentendido, un maldito malentendido" le oyó mascullar en voz baja. Notó latir fuertemente el corazón del Surfero. Se sorprendió de poder oír tan finamente el pulso de una persona.

Les extrajeron violentamente del vehículo y les llevaron casi a rastras por lo que parecía un descampado -apenas podía oír el eco de sus pies- y entraron en algún tipo de edificio. Ella se dio cuenta de que el único pulso que oía a su alrededor era el del Surfero, por lo que la gente que los había secuestrado compartían con ella la condición de muertos vivientes. Finalmente, les retiraron las capuchas. Era bien entrada la mañana. Pensó tontamente en que llegaba tarde a clase. Tuvo que recordarse a sí misma que no había problema, el profesor estaba con ella…

Estaban en una enorme nave industrial abandonada. El techo en algunas zonas estaba a medio caer. El lugar era vasto y los techos altísimos. La vegetación invadía el suelo, y varias máquinas de enorme tamaño lo presidían todo, cubiertas de herrumbre y moho. La luz matinal entraba por las largas ventanas destrozadas y formaba halos de luz que le daban al lugar un extraño aspecto de catedral industrial.

Ante ellos, un grupo de personas. Bueno, según la definición renovada de los Derechos Humanos, los zombies eran también personas.

Pero lo que tenían delante requería un esfuerzo consciente para declararlo personas. Eran zombies mutilados, enfermos, algunos reconstruidos con trozos de diversos cuerpos… El escenario parecía sacado de una pesadilla nacida de la mente del Doctor Frankenstein. Aquellos tipos habían participado en tiroteos, escaramuzas, guerras sin nombre en los más pútridos estercoleros del mundo… y habían sido reparados crudamente. Uno de ellos tenía medio cuerpo destrozado y apenas remendado. Otro tenía la cabeza surgiendo de su pecho. Un tercero tenía dos cabezas, una de las cuales estaba muerta y momificada… Una tercera cabeza de serpiente le salía de la espalda, en una versión extrema de modificación corporal combinada con la afición a las mascotas exóticas. Aquello parecía un concurso de horrores.

Entró en la sala un tipo que estaba sentado -carecía de piernas-

sobre unas caderas y unas piernas que no le pertenecían. Su rostro era un puzzle espantoso, y el tipo era enorme. No sólo por las piernas que usaba. Todo en él era el doble del tamaño de una persona. Se detuvo ante ellos.

"¿Qué hace aquí esta?"

Uno de los Soldados respondió, algo preocupado.

"Estaba con él. Tuvimos que traerla. Fue lo que se ordenó. Él y quien estuviera con él."

Amelia miró sorprendida al Médico Surfero, que no le devolvió la mirada esta vez. ¿Qué estaba pasando?

El gigantesco hombre sentado sobre unas caderas postizas la miró de arriba abajo. Se acercó a ella y la examinó de cerca.

"Vaya, está fresca. Te gustan así ¿Verdad, César? Recién llegadas."

César, que así se llamaba el Médico Surfero, miró al suelo y no respondió con un tono de voz bajo y siniestro, irreconocible para Amelia.

“Ella no tiene nada que ver con nuestros negocios.”

"César, nos estás dando muchos problemas." –fue la respuesta del gigante.

"No sé lo que quieres decir, Fforde."

Fforde, el horroroso zombie de medio cuerpo, giró apyando sus manos en sendos huesos de las caderas que usaba como asideros y tras unos segundos sus piernas caminaron hacia César.

"No me tomes por tonto. Podemos tener el cerebro podrido y reseco, pero pensamos más rápido que vosotros, aún. Sé que has añadido un ingrediente secreto a la linfa que vendes. Se comenta mucho, tu producto se está poniendo de moda. ¿De dónde sale?"

"La linfa la obtengo por medios legales. Bueno, quiero decir, de fuentes legales."

"Eso ya lo sé. La policía me informa puntualmente. Se te tolera, pero uno de estos días te meterán un susto para que les sobornes. No hablo de la linfa. Quiero saber de dónde sacas las glándulas pineales. Quiero saber quién es tu proveedor."

"Fforde, creía que eras tú" -respondió César preocupado-. “Se las compro a Harry el Sucio, ese tipo que vive en las alcantarillas. Él dice que te los compra a tí."

Fforde miró fijamente a César.

"César, me sorprendes… no dejas de sorprenderme.” –El gigante se giró usando de nuevo las asas de hueso de las caderas sobre las que reposaba, y miró a sus mutilados subordinados- “¡Traedlo!"

Un zombie con 3 brazos usó un walkie que tenía cosido a la cara para comunicar con alguien.

Como respuesta, un grupo de zombies de aspecto tan lastimoso

como el de los presentes, entró en el lugar. Portaban el cuerpo despedazado de un zombie de aspecto repugnante en una tina, medio sumergido en un líquido pestilente. Un hedor atroz invadió el lugar.

"¿Le reconoces?"

"Joder… Harry…"

"César, es tu amigo, tu proveedor. Dejó de comprarme hace ya un año. Fuimos a verle para saber lo que pasaba con él y a quién estaba comprando material, no sea que fuera otra vez esa porquería que venden los chinos, que lo mezclan con sesos de mono… Y le encontramos así."

César miró fijamente el cuerpo. No se movía. Estaba…

"Está muerto." -dijo asombrado César.

El cuerpo estaba cubierto de una leve capa de moho, como si llevara tiempo descomponiéndose.

El hedor era insoportable.

"Es la primera vez que vemos un zombie muerto, César. ¿Sabes lo que eso significa?"

César miró al repugnante no muerto. Prefirió no responder.

"Se nos puede matar. Alguien ha encontrado la forma. Por eso te hemos ido a buscar tan pronto y con tan pocos modales. Harry está muerto, César. Cuando un antiguo comprador mío al que no se le puede matar lo matan, yo me pongo nervioso. Y tú en estos momentos eres… eras su mejor cliente… Es más, según mis informadores, fuiste a visitarle antesdeayer. Si yo fuera policía, serías el primer sospechoso. Esto, César, no ha pasado nunca. Y es normal que nos alarme. ¿No crees?"

Uno de los zombies se acercó a César y le agarró por el cuello con una mano huesuda.

"Lo bueno de los que estáis vivos es que se os puede matar aún. Así que quiero que me digas qué significa ésto, César."

César notó la mano cerrándose alrededor de su nuez de adán como unas tenazas. Pronto dejaría de respirar. El miedo le invadió todo el cuerpo y una sacudida de adrenalina le hizo tensarse. Amelia notó todos estos fenómenos en el cuerpo de César, a pesar de la distancia que les separaba.

"No sé nada, Fforde, sólo soy un aficionado… un… don nadie que hace cosas con la linfa para hacerse un dinero extra…" César se quedaba sin respiración. El zombie aflojó ligeralmente su presa sobre la garganta del hombre, que pudo respirar para seguir hablando. "Esto es demasiado grande para mi… Fforde, nos conocemos desde hace años, sería un necio si causara ese daño a mi único proveedor. Además, tendría una tecnología que nadie tiene. No soy tan listo, lo sabes. Alguien que no conocemos ha hecho esto,

y estoy contigo. A tu lado, Fforde. Estamos juntos en esto. Te juro por mi vida que no tengo ni idea de lo que le ha pasado a Harry."

Fforde dejó que su servidor siguiera apretando.

"No estoy de acuerdo, amigo. Eres un emprendedor. Un empresario, como yo. A los dos nos gusta lucarnos con lo que hacemos, y además lo pasamos bien. Tu negocio es el más próspero de la zona. Voy a quedarme con un 50% de los derechos de lo que vendes, y a partir de ahora yo te proveo de chucherías especiales para añadir a tu producto. Quiero que estés con los ojos bien abiertos. Esto no se ha visto nunca, y nos preocupa ¿Entendido?"

El cepo sobre la garganta de César terminó y cayó al suelo sin resuello.

"Y tu hembra, que es de los nuestros, se queda. Vamos a darle una oportunidad en el mundo del espectáculo."

"¿Qué?"

La pregunta salió a la vez de la garganta de Amelia y de la magullada tráquea de César.

Los Zombies que estaban tras Amelia la agarraron bruralmente y la sacaron del lugar. Amelia gritaba y pedía ayuda. César la miraba impotente.

"César, agradece que te mantenga vivo. Y no olvides lo que te he dicho."

"Con todo el respeto debido, Fforde" -dijo César, sacando valor de donde no tenía. -"La… la mujer… es una recién llegada, estamos dándole el cursillo de adaptación, apenas sabe nada todavía…"

"Nos ocuparemos de que saque buena nota. Puedes irte, César."

César fue agarrado de nuevo por dos zombies y llevado casi en volandas al exterior del lugar.

19- En el país de los ciegos…

Amelia pasó de la incredulidad al asombro y de ahí a la furia cuando comprendió que había sido convertida en algo parecido a la esclava de aquel grupo de tipos a medio podrir.

Cuando César salió del lugar, cabizbajo y con el cañón de un arma en su cogote, le lanzó una última mirada. Ella apenas pudo mirarle, pues el tipo que había agarrado a César por el cuello aferraba sus brazos y la arrastró a una camioneta que en aquel momento se detenía junto a la nave abandonada. Fforde salió de la nave dando órdenes a los presentes.

"Esa para el club de La Niña. Tenemos una deuda con ella y nos vendrá bien como deasagravio."

Fueron las últimas órdenes que oyó de Fforde, el repugnante zombie que se desplazaba sobre unas piernas ajenas.

Luego, la introdujeron en el vehículo, cayó en el interior golpeándose la cadera. Lanzó un grito de dolor. Tras unos minutos de espera, el vehículo abandonó el lugar.

El viaje fue duro y corto. La arrastraron al interior de una especie de enorme sala llena de luces. Algo parecido a un club de striptease. En el local, unas chicas de aspecto bastante deteriorado, todas ellas no muertas, se balanceaban mortecinamente con aire abandonado de yonki ante unos parroquianos que las jaleaban ruidosamente. Los clientes parecían todos personas vivas. El zombie que la agarraba por el brazo la arrastró sin contemplaciones hacia una especie de despacho de diseño decadente y elegante. Y allí la dejaron.

Entró al lugar una niña. O al menos eso parecía. No más de 12 años. Estaba muerta, y vestía de encajes. El aspecto de la pequeña era grotesco, una especie de fantasma infantil pálido. La miró y encendió un cigarrillo. La sorprendió la cazallosa y rajada voz de la cría.

"Así que esto es lo que manda Fforde. ¿Qué sabes hacer?"

Amelia se quedó mirando atónita a la cría. No dijo una palabra.

"No tengo todo el día".

"Soy… soy ama de casa… Estudié psicología_"

La niña se echó a reír.

“Supongo que no sabrás desnudarte ni hacer cabriolas en la barra vertical… Ese cuerpo aún está muy bien, y puede dar buen dinero…”

En aquel momento se le encendió una luz en la cabeza. Aquella gente parecía haberle encontrado un destino laboral, así que decidió reconducir la situación.

“Soy… soy experta en comportamiento… Sé cuando la gente miente y cuándo no… Tengo… tengo experiencia vendiendo linfa… Y fabricándola con… alicientes especiales… Glándula pineal, por ejemplo…”

La Niña la miró con ojos interesados.

“Vaya, eso suena bien… Eres lista. Me interesa si de verdad puedes averiguar cuando alguien miente. Claro que puede ser un farol. Fforde dice que estabas con César, no es mal tipo. Ponte a bailar.”

“¿Qué?”

“Ya lo has oído. Baila”.

La Niña señaló una barra metálica a un lado de la habitación. Puso una canción muy ruidosa de “Ztrer” un grupo de no muertos de moda en un viejo y minúsculo iPod conectado a un monstruoso amplificador y el lugar se llenó de un sonido atronador.

“No sé bailar….”

La Niña sacó un arma de su vestido y encañonó con ella a Amelia.

“Tengo balas explosivas. Es muy incómodo vivir el resto de la eternidad con medio cuerpo, créeme. Baila. Ahora. No lo voy a repetir.”

Amelia se puso a bailar ante la Niña.

“Sensual, coño, que pareces un palo… Eso es. Usa la barra que para eso está.”

Amelia obedeció. Y lo que hizo parecía gustar a medias a la cría.

“Vale. Está visto que no es lo tuyo, pero con un poco de entrenamiento mejorarás. Al menos lo intentas. Hoy vas a poner copas en el bar, y si el cliente te lo pide, de pones en tetas. Esto es una barra americana ¿Vale? Si se te ponen violentos, sólo tienes que apretar los botones rojos que hay repartidos debajo de la barra, ya te los mostrarán. Y los chicos se encargarán de ellos. Te buscaremos algo más adecuado a tus talentos. Ah, y ni se te ocurra pensar en escapar. Se duerme arriba, ya te enseñarán donde. Si Fforde te ha mandado aquí es que eres su mercancía, y nosotros la mercancía de Fforde la mantemos a buen recaudo.”

20- En la barra

Desde el primer momento tuvo que permanecer en la barra del local sirviendo bebidas con sólo un leve y ligero tanga. Descubrió que el local no tenía demasiado de especial, con la excepción de la condición zombie del personal femenino, algo que atraía a los hombres de la zona. Era increíble el imán que el sexo con zombies tenía entre los vivos, y aquello le recordó a César, su amante surfero por un día, que la había dejado tirada en mitad de aquella situación.

Los clientes disfrutaban de aquellas mujeres en distintos grados de deterioro y desecación postmortem que bailaban en las barras del local, mientras ella y un par de chicas en mejor estado que las danzarinas (llamadas Juanita y Lourdes, ambas de origen ecuatoriano, negras y preciosas) servían copas y se dejaban magrear los los clientes, y las clientas, que de todo había.

El morbo de ver cadáveres ambulantes, algunos de ellos casi sin piel sobre los huesos, haciendo grotescas sesiones de striptease y lap dancing era bastante penoso, y convertía al local en una especie de versión zombie del Circo Barnum con su colección de rarezas.

Durante su segunda noche de trabajo en el local llegó a ver cómo una zombie en estado terrible de deterioro se partió los dos fémures al saltar sobre la barra, quedando convertida en un guiñapo ante el jolgorio general. La mujer fue retirada por dos gruesos no muertos con aspecto de gorilas y pronto otra de aspecto igualmente espantoso la sustituyó. Se preguntó a dónde irían a parar aquellos despojos humanos, y el tratamiento que recibirían.

Amelia, Lourdes y Juanita eran afortunadas, pues dormían en un cuarto en el piso superior, no lejos de donde vivía la Niña que dirigía el local. Las mujeres que se desnudaban se comentaba en voz baja que malvivían –no existían aún nuevos verbos para describir la vida de los no muertos- en los sótanos en condiciones infrahumanas, en medio de detritus, devoradas por las ratas y los insectos, algo que sin duda contribuía al deterioro de los cuerpos de las bailarinas, que parecía ser la seña de la casa. Sorprendentemente, cada día les pagaban puntualmente y al contado. No era apenas dinero, pero al menos recibían algo a cambio de su trabajo. Al cerrar el local

limpiaban y preparaban el lugar para el día siguiente. Lourdes la entrenaba entonces en la danza erótica con barra. Amelia demostró ser mucho mejor alumna de lo que ella misma esperaba.

La Niña mantuvo un tratamiento indiferente hacia Amelia los primeros días de trabajo, y ella intentó incluso llegar a algún plan de fuga con sus compañeras, pero no tuvo éxito: el miedo reinaba en el local, y las chicas que compartían la barra con ella no querían meterse en líos.

El décimo día de estancia en el local, la Niña la llamó a su despacho. Al parecer habían investigado su relación con César, que ella conocía bien como traficante de linfa, y su farol del primer día podía estar funcionando. La Niña la mandaría a la calle al día siguiente a acompañar a unos negociadores que iban a visitar a unos conocidos traficantes chinos al por mayor, para que se fogueara. Los chinos tenían una especial atracción por las no muertas en buen estado, y seguramente con ella en el grupo las posiblilidades de éxito serían mayores. Amelia debería actuar de consejera de su negociador y averiguar si los chinos tenían alguna agenda oculta. Ella no tenía mucha opción, excepto asentir, y pasó el resto del día pensando en si podría aprovechar la salida para escapar o si no sería mejor dejarlo correr en aquella ocasión y aprovechar otro momento más propicio.

El local estuvo atestado durante toda la noche, y la clientela se mostró entusiasta con un horroroso número de lucha entre dos zombies en un estado de deterioro tal que apenas podían mantenerse en pie. Amelia sintió náuseas al identificar a la mujer que se había roto los dos fémures un día antes. Se los habían atado con tablas y unas cuerdas, y el resultado era terrible. Las dos mujeres, casi dos esqueletos, pelearon con una agonía tal que llevaba al asco más crudo. Finalmente, la mujer con los fémures rotos perdió los dos brazos, que su rival usó para golpearla hasta decapitarla. No satisfecha con aquello, golpeó la caja torácica de la perdedora contra el suelo repetidas veces, hasta destrozarla. La mujer ganadora, en un estado horrible, habiendo perdido uno de sus pies, recibió una catarata de billetes y monedas saltando a la pata coja. Aquello paraba cada semana, y era un éxito de público. Las entradas se revendían a precios exorbitantes, y gente con mucho dinero acudía a aquellas peleas espantosas.

En el suelo de la tarima donde se había producido la lucha, la cabeza de la perdedora parecía mirar a Amelia con ojos suplicantes. Ella tuvo que bajar la mirada. Intentó pensar en otra cosa, olvidar aquella mirada fijada en la suya por unos instantes. Y su capacidad de acelerar el tiempo fue entonces una bendición.

Aquella noche no durmió. Había visto cómo los gorilas zombies

que protegían la entrada recogían los restos, los metían en unas bolsas negras y salían con ellos en dirección a los sótanos del local. Se sintió sola y sucia. Lourdes y Juanita intentaron bromear con ella, pero estaba rota por dentro.

Cuando conseguía dormirse, en el momento de transición de la vigilia oyó de nuevo aquella voz que sonaba en su interior, viniendo de ninguna parte, que había oído días antes en mitad de un orgasmo…

"No tenemos prisa… no tenemos prisa…”

21- La espuma de los días

No entendía muy bien si su mentira iba a ayudarla o iba a ser una maldición para ella, pero estaba claro que la Niña que dirigía el lugar, a pesar de ser una perversa hija de puta que se dedicaba a mostrar zombies despedazándose unos a otros, era aún realmente una cría. Le había soltado lo de la linfa y su capacidad para detectar mentiras casi sin pensar, pero parecía que había funcionado, la iban a dejar salir, e iba a poder aprovechar el mejor momento posible para escapar.

Pero no pasó nada. No hubo salida al exterior. Al parecer los chinos habían desconvocado el encuentro y lo habían postpuesto sine die.

Los días pasaban, y Amelia seguia haciendo su trabajo, y durmiendo malamente en su catre con Juanita y Lourdes. Las dos mujeres vivían en un estado de terror permanente, y se dedicaban a algunos de los trabajos más repulsivos del lugar, como limpiar los despojos de las peleas. Ella, en cambio, bautizada "La Princesita" por algún cliente gracioso, recibía buenas propinas si se dejaba magrear, y su cuerpo mantenía un aspecto estupendo a pesar de su condición. Empezó a tener una clientela fija y alguno de ellos le empezó a pedir privados. Ella al principio se negó, pero empezaron las pujas y le ofrecieron mucho dinero. Y aunque tenía que dar la mitad de las propinas a la Niña, aceptó un par de veces con uno de los clientes chinos que llenaban el local, a los que la Niña siempre daba el mejor trato posible. El infeliz sólo quería un poco de manoseo, nada más, y nunca le dió problemas. Así, nunca tuvo que usar los botones rojos que se escondían bajo la barra. Alguna de sus compañeros no se hacía respetar por los clientes, pero de alguna manera Amelia lo conseguía de forma natural.

Poco a poco fue acumulando una pequeña cantidad de dinero, que soñaba poder utilizar cuando se escapara de aquel agujero. Porque la idea de escapar la perseguía cada día al despertar y cada noche al tenderse agotada a dormir.

Sobre todo le preocupaba su hijo.

Emilio podría haber hecho cualquier cosa, llevaba muy mal cualquier frustración, así que se temía que hubiera abandonado al

crío. Ella no tenía familia a la que pedir ayuda, era la única hija de un matrimonio que hacía tiempo había fallecido en un desgraciado accidente de avión, en los primeros años de la plaga, por culpa de un piloto al que no se había diagnosticado su condición de no muerto. Sufrió su primer ataque de hambre en mitad de un vuelo de línea y se comió a su copiloto. Cuando empezó a comerse a sí mismo el avión se estrelló sobre una urbanización suburbial, donde vivían los padres de Amelia. Les cayó literalmente el avión sobre la casa. Oyó el contenido de las cajas negras en el juicio. El calcinado piloto asistió a la sesión y pidió disculpas. La explosión lo había despedazado y quemado, y apenas le quedaba la mitad del cuerpo. Se preguntó qué habría sido de aquel desgraciado.

Así que el tiempo pasó y pasó, y pasó un mes, y luego otro…

22- La primera salida

No esperaba que la sacaran de la cama a las 4 de la mañana, ni que la aleccionaran de las técnicas que había que usar al visitar al grupo de chinos traficantes de glándulas pineales. Le dieron un pequeño transmisor por el que enviar sus impresiones sobre la sinceridad de los otros al líder de la expedición. Si el lugar estaba dotado de inhibidores radio, ensayaron con ella un código de signos, que si bien era algo tosco, parecía efectivo.

Un no muerto de unos 40 años le explicó las formas de los traficantes chinos, su estricto protocolo, y la posibilidad de que se le pidiera algún tipo de tráfico carnal con alguno de ellos al final de la negociación, como prueba de buena voluntad. En fin, que Amelia tenía más razones que nunca para escapar lo antes posible.

La condujeron a un vehículo, la sentaron en el asiento trasero y le cubrieron la cabeza con una bolsa negra, sentándose a ambos lados de ella dos zombies sicarios de la Niña, de un aspecto tan repulsivo que ella agradeció la bolsa. Aquello la inhibió durante el camino de tomar decisiones respecto a saltar del coche en marcha. Los zombies iban armados hasta los dientes. Les colgaban armas de todas partes. Su aspecto era casi gracioso. El conductor también iba armado. Llevaba el pecho descubierto y un agujero en el cuerpo a la altura de las costillas le permitía llevar varias pistolas al alcance de la mano almacenadas dentro de la caja torácica.

Tras casi una hora de viaje, la llevaron al interior de alguna sala con amplio eco, y le quitaron la bolsa. Ante ella, un chino, vivito y coleando, la miraba con una lascivia considerable. Estaba rodeado de envases plásticos llenos de glándulas pituitarias humanas desecadas, los llamados “higos del diablo”, capaces de llevar a unas alucinaciones típicas del ácido a los zombies.

Se decía que los “higos del diablo” tenían propiedades místicas y podían llevar a sus consumidores a una suerte de visión profunda, reveladora de enigmas y clarividente.

El chino hablaba en mandarín y a su lado una cabeza separada del cuerpo conectada a un tosco mecanismo de bomba de aire fabricado con una aspiradora eléctrica que le suministraba el chorro de aire necesario para que se pudiera escucharse el sonido de su voz

hacía de traductor simultáneo.

La cabeza miraba de hito en hito a Amelia y al chino. Este al parecer quería demasiado dinero, y el zombie que estaba más cerca de ella protestó porque aquello no era lo acordado inicialmente entre la Niña y los representantes de los intereses del chino.

Pero este montó en cólera y dijo que aquello era su última oferta, y que si no les interesaba podrían irse a buscar su mierda a otro lado. Los gritos del chino combinados con la traducción monocorde de la cabeza zombie tirada en la mesa sucia en mitad de la sala desierta daban un tono demencial al encuentro.

El zombie miraba de hito en hito a Amelia que había intentado usar sus sentidos hiperdesarrollados para encontrar algo que reflejara alguna trampa, como latidos ocultos en algún lado que reflejaran alguna emboscada, o algún tono en el chino que la hiciera sospechar de alguna mentira. Sabiendo que usar el transmisor era inútil hizo las señas convenidas de que los interlocutores parecían sinceros, y aquello no parecía una trampa.

El zombie quiso quitar hierro al asunto, ofreció a Amelia como mercancía, a modo de obsequio de buena voluntad, y el chino la miró de arriba abajo con lascivia. Asintió lentamente e hizo un gesto, tras el cual ella fue acercada a él y sus ropas le fueron arrancadas casi de un tirón. El Chino no se anduvo con delicadezas y empezó a lamer el pecho de la mujer. Amelia dio un paso atrás con asco. El Zombie que la agarraba la mantuvo firme.

“No nos jodas, estamos a punto de cerrar el trato.”

Ella sintió el hedor del aliento del chino. A pesar de que en el lugar no había perfumes que disimularan el hedor de su propio cuerpo, Amelia sintió una profunda repugnancia. La boca de aquel pobre cabrón estaba más podrida que muchos muertos vivientes.

El chino asintió tras varias lametadas más y, acariciando el sexo de Amelia, dijo algo en su idioma, que la cabeza convirtió en una aceptación de la oferta si la mujer le era entregada para consumo personal. El zombie le preguntó si podía pedir su devolución tras un período razonable, pues trabajaba en el local de la Niña, y el chino negó con la cabeza, sonriendo. Cuando acabara con ella, usaría su cabeza como la del traductor que le acompañaba. Era usual usar las cabezas de los zombies como medios de correo que luego se podían destruir o desmenuzar. Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Amelia. Intentó zafarse del Zombie, y en un giro inesperado para él, logró golpearle en la nuca, haciéndole caer al suelo, y perdiendo ella misma el equilibrio.

Cuando se incorporó, un extraño silencio la rodeaba. Miró hacia el chino y lo que vio ya no era el chino.

El chino era una especie de papilla.

La cabeza que estaba a su lado tenía los ojos abiertos y gritaba con un tono monocorde, incapaz de articular palabra.

Los dos zombies que la habían acompañado estaban en el suelo, reducidos a polvo.

Desnuda en mitad de aquella espantosa masa de carne muerta, muerta de verdad, Amelia lanzó un alarido.

23- La trampa

Pasaron unos segundos de completo silencio.

Unos pasos llegaron corriendo.

Varios chinos salieron de las sombras, como fantasmas silenciosos y empezaron a disparar al otro zombie que quedaba, que se lanzó al suelo y devolvió el fuego.

Los disparos del zombie fueron certeros. Ella se lanzó al suelo viendo algo que parecía pasar junto a ella.

Ralentizó el tiempo para observarlo bien.

Era una forma fugaz, imperceptible, algo que se movía muy rápido, y que estaba allí, con ellos.

Cerró los ojos en un acto reflejo hasta que una mano se cerró en su brazo y la arrastró al exterior de la nave.

Los chinos yacían en el suelo, acribillados por el zombie que aún estaba de pie.

¿Qué había pasado?

El Zombie conductor agarró con la mano libre un par de bolsas que contenían las glándulas pineales desecadas, los “higos del diablo” y con la otra agarrando a Amelia salió del lugar hacia el vehículo.

Ella forcejeó, pero el tipo era fuerte. No tenía cuerdas vocales ni prácticamente nada en el cuello, sólo vértebras, así que no podía comunicarse con ella. La arrojó al interior del coche junto a las bolsas, entró en él y arrancó el motor, alejándose del lugar a toda velocidad.

Amelia, desnuda en el asiento trasero sólo pudo mirar alrededor.

“¿Esto pasa siempre que salís a comprar esta mierda?”

El zombie ni se molestó en mirarla por el retrovisor. Volvían al local, y Amelia prefirió en aquel momento al menos ponerse algo encima antes de plantearse huir. Pero algo la seguía rondando en la cabeza. Una pregunta machacona:

¿Qué había pasado?

24- Dormitando

Tuvo que hacer un resumen a la repugnante Niña zombie sobre todo lo que había pasado. La cría se quedó muy preocupada, hizo un par de preguntas, y recogió las bolsas, que le habían salido gratis, amén de recuperar el maletín repleto de dinero que había viajado en el portabultos del vehículo sin salir de él.

El zombie sin tráquea intentó comunicar algo, pero no había forma de entenderle. Parecía que su inteligencia estaba bastante deteriorada.

La Niña mandó a Amelia a la barra.

Amelia salió del lugar y oyó que la cría se echaba a llorar dentro del cuarto y llamaba a alguien pidiendo ayuda. A gritos.

El resto de la noche transcurrió como siempre: manoseos en su pecho y su sexo, billetes, consumiciones, y una pelea entre mujeres zombie especialmente repulsiva, con ácido arrojado indiscriminadamente. Asqueroso.

Amelia se fue a dormir pronto, estaba cansada y desolada. No había podido escapar por razones obvias, y se juró a sí misma que lo intentaría de cualquier manera la próxima vez que le encargaran salir a la calle. Estaba claro que era de las pocas no muertas intactas en el lugar y la usarían como mercancía en breve. Por otro lado, la Niña le parecía muy peligrosa; no sólo por la inestabilidad emocional que demostraba, sino porque claramente había en aquella habitación, en aquel despacho decorado con figuras modernistas, alguien que movía los hilos.

Lo había presentido mientras presentaba su informe a la Niña, que parecía furiosa y algo ida, como si estuviera en otro lado… Niña… pensó en la palabra, y llegó ante ella el rostro de su hijo. ¿Cómo estaría? Le surgió la necesidad imperiosa de llamar a su casa, de oír su voz… No tenía teléfono móvil encima ni manera de acceder a ninguno…

El dolor apareció instantáneamente, sin avisar. Debían ser las 3 de la madrugada. Se había quedado dormida pensando en su pequeño… y se había olvidado de comer.

El hambre la taladró como un gigantesco trozo de hierro al rojo que entrara por su cuerpo por la vagina y saliera por la bóveda del

cráneo. Se lanzó a comer su propia mano. La mordió levemente. Notó el sabor… Y en un esfuerzo titánico, se tuvo de agarrar por dentro, como quien tira de las bridas de un potro desbocado, como quien intenta parar una locomotora a toda velocidad…

Salió corriendo del cuarto, tropezando y despertando a Lourdes, bajó las escaleras y corrió a la nevera del local donde se guardaban los alimentos para no muertos. Abrió la puerta de la cámara de refrigeración.

Estaba vacía.

Bueno, había un brazo.

Le bastó.

Lo mordió salvajemente, comiéndoselo como si fuera un enorme polo de hielo hecho de carne. El dolor en las encías y dientes causado por el frío era intolerable, pero más lo era el sentir la agonía del hambre. Mordió y mordió, y masticó… Entonces el brazo se movió… Estaba vivo, como todo buen brazo de zombie. Estaba comiendo carne infectada, como la suya… Pensó si estaba haciendo bien… No había estado el tiempo suficiente en clase para saber si era sano comerse a otros zombies. Pero aquello detuvo su hambre. Dejó el brazo en el congelador. Y se sentó en la oscuridad, junto a la barra. Se echó a llorar un rato. Y la calma fue volviendo.

25- Bullet time

Sentada en la oscuridad del local, pensó en dirigirse a una de las puertas, intentar forzarla e irse a ver a su hijo. Pero estaba claro que estaban bien encerrados en aquel lugar. Cerró los ojos y suspiró.

Entonces apareció ante sus ojos la imagen de la escena de aquella mañana, con el chino, ella girándose y golpeándole… Comprobó lo bien que lo recordaba todo, lo bien que se veía todo en su memoria.

Podía detenerse en detalles que no había contemplado entonces, y se podía mover en el tiempo adelante y atrás, ralentizando el tiempo o acelerándolo, como quien se mueve por una grabación de vídeo.

Y sintió curiosidad. Y se puso a mirar en sus recuerdos, adelante y atrás, parando el tiempo o acelerándolo. Vio la imagen fugaz, pasando junto al rabillo de su ojo derecho, justo cuando caía al suelo. Fuera lo que fuese aquello, ella lo había esquivado accidentalmente al estrellarse contra el suelo, cuando pretendía esquivar al Chino. Un accidente la había salvado. Vio en la periferia del otro ojo al Chino deshaciéndose de dentro afuera, como si explorara, disolviéndose, con su piel reventando en decenas de rendijas y rajas que se ampliaban, como si su interior fuera un pan en un horno y la levadura lo hiciera crecer.

Conocía aquella imagen. Había visto algo similar, claro que sí. Aquella espantosa proyección en clase. El desgraciado infectado por el hongo Cordyceps. Era el mismo fenómeno.

El ojo derecho le mostró a uno de los zombies, al que le pasaba exactamente lo mismo, pero de una forma diferente. Parecía resecarse a toda velocidad, quedando cubierto por una especie de mancha negra opaca que lo cubría rápidamente. Rebobinó su memoria. Lo que fuera que había causado aquello se movía muy, muy rápido, y en línea recta, a una determinada altura… por encima de la altura de las rodillas. Justo la zona debajo de la cual había caído. ¿Era aquello un gas? Podría tener sentido. Hay gases que se mantienen en una determinada altura… ¿O era aquello algo dotado de voluntad? Le pareció una idea absurda, pero en un mundo en el que la gente muerta caminaba por la calle, el término

"absurdo" había cambiado profundamente.

Luego el Zombie sin tráquea la agarró, cogió las bolsas y salieron. Echó una última mirada a su espalda, y sobre los cuerpos estaba creciendo… algo… Unas figuras blancas como la leche. Como en aquella filmación, una forma lechosa había tomado las formas de los cuerpos que habían quedado desintegrados, como si fueran moldes de panadería.

Pero a los otros, les había pasado otra cosa. Estaban quietos, a medio consumir, en mitad de un charco de algún líquido negro.

Aquellos zombies estaban muertos.

Eso debía ser lo que le pasó a Harry el Sucio, el proveedor de César.

Y aquello tenía que ver con los “higos del diablo”, con aquellas bolsas condenadas… Se quedó paralizada. Pensó si debía acudir a la Niña y contarle lo que había visto.

Prefirió guardárselo para sí misma. No quería ayudar a aquella pequeña loca más que lo justo.

Pensó que estaba viva de milagro, por puro azar, y que aquella suerte que había tenido no se repetiría.

Se fue a la cama para intentar dormir. Cuando cerró los ojos su pensamiento se fue de nuevo hacia su pequeño. Tenía que llamar a casa. Lo intentaría, al día siguiente.

Se preguntó el por qué de la necesidad del sueño. Cuando estaba viva de hacía aquellas preguntas a menudo. Era una pérdida de tiempo. Pasar la mitad de tu vida durmiendo no tenía ningún sentido. Ahora que estaba muerta se preguntaba exactamente lo mismo: para qué necesitaba dormir. Por qué mantenía aquellos absurdos hábitos que no eran sino herencia de un momento en que era inferior, menos inteligente, más emocionalmente dependiente.

Cerró los ojos, y se quedó profundamente dormida.

26- Aire fresco

A pesar de los temores de Amelia por el desastre de su primera salida al exterior, la destinaron a más misiones en la calle, acompañada siempre de un par de zombies de confianza, especialmente el Zombie sin Tráquea, que no le quitaba ojo de encima. Amelia pensó que aquella cosa sentía algo parecido a atracción sexual por ella, pero el estado semimomificado del cadáver ambulante invitaba a cualquier cosa menos al intercambio carnal. Desistieron del uso de comunicadores por radio y ella mantenía el código de signos para informar a sus acompañantes de la actitud que intuía en los interlocutores que visitaban, que básicamente eran traficantes de algún tipo.

Ella había intentado escapar en dos ocasiones, y en ambas el Zombie sin Tráquea se ocupó de ella, devolviéndola a la misión encomendada con algo parecido a una sonrisa en las tiras que quedaban sobre los carrillos que alguna vez habían sido parte de su cara. Ella estaba segura de que el Zombie sin Tráquea no había comunicado nada a la Niña de aquellos conatos de huida frustrados. De alguna manera, la estaba protegiendo de la cólera de su diminuta jefa.

Las dos salidas siguientes fueron rutinarias, para recoger unos cargamentos de linfa y médula llegados a los muelles, y para responder a una llamada de unos chinos que habían decidido pedir más dinero por su mercancía. En todos los casos ella era, además de una informadora sobre posibles agendas ocultas de los otros, una especie de moneda de cambio siempre disponible.

A los chinos les excitaba su presencia. En el segundo viaje tuvo que hacer uno de sus números de lap dance para uno de ellos, que reconoció como aquel cliente que le pedía los privados. Con aquel "regalo de la casa" pareció bastar para que el pobre bastardo reconsiderara sus exigencias económicas.

Pero las dos siguientes salidas fueron sendos infiernos. En los dos casos, iban a recoger pequeñas partidas de “higos del diablo”, que habían alcanzado unos precios desorbitantes a causa de un sistemático robo que se estaba produciendo de aquellos pequeños objetos que parecían higos secos, en todos lados del país. En los dos

casos ocurrió el mismo fenómeno que había vivido en la primera visita.

Gente licuándose, otros reventando y siendo sustituidos por criaturas totalmente blancas, seguramente colonias de hongos.

Caos, tiros, ella inmune al fenómeno, y el Zombie sin Tráquea también. Parecía que de alguna forma el destino les favorecía.

En el primer incidente, iban a recoger en los muelles una partida de un grupo de mafiosos del Este, gente de muy mala fama. Apenas habían empezado a regatear sobre el dinero los zombies que iban con ella, uno de los mafiosos se encaprichó de Amelia y se acercó decidido a ella para meterle mano por todos lados.

No llegó a rozarla. Tras unos instantes de confusión todos los presentes, menos ella y el Zombie sin Tráquea estaban reventando desde dentro como panes llenos de levadura o convirtiéndose en charcos malolientes.

En el segundo viaje, la entrega fue más discreta. Alguien había dejado un paquete en un lugar determinado y sólo debían recogerlo. Pero llegaron demasiado pronto y vieron a los transportistas dejando la mercancía y, casi al instante, desapareciendo licuados en sendos charcos oscuros. En los dos casos, las bolsas con las carísimas glándulas desecadas no aparecieron. Alguien se las había llevado delante de sus propias narices. Ella hizo sus habituales ejercicios con el tiempo y el recuerdo, y por mucho que se esforzó no encontró nadie allí que pudiera llevarse las bolsas. Simplemente estaban y un instante después no. Fuera lo que fuera lo que se llevaba aquel material era más rápido que su acelerado límite de percepción. Algo bastante inquietante, la verdad.

Lo que sí vio a su alrededor en las dos ocasiones fue un sutil aire cargado de motas de polvo que parecían ser movidas por las menores corrientes de aire, aleatoriamente, como semillas de diente de león.

En el segundo escenario pudo examinar mejor a las criaturas blancas. Cuando se alejaban en el coche del lugar, con el Zombie sin Tráquea nervioso, pisando el acelerador y temiendo por la cólera de La Niña, ella se giró a mirar el lugar donde se iba a intercambiar la mercancía. Y donde estaban los charcos en que los traficantes se habían convertido ahora había dos figuras.

Totalmente blancas. Sin ropas. Con forma humana, pero de una blancura sobrecogedora. Las figuras se movían torpemente. Parecían hacer algo con el aire, moviendo las manos. Y de repente dejaron de estar allí. Rebobinó aquellos escasos fotogramas de su memoria, entrevistos mientras giraban una esquina y el lugar desaparecía para siempre. Aquellas cosas blancas, una y otra vez, ralentizadas a millones de fotogramas por segundo… se esfumaban

en el aire ¿Qué eran aquellas cosas?

Los dos nefastos incidentes casi seguidos no le gustaron nada a La Niña, que le prohibió hacer más salidas al exterior y volvió a destinarla al local y al tap dancing. Se extendió por el recinto que La Princesa era gafe. A ella no le disgustó la idea. Los chinos la manosearon menos a partir del momento en el que su posible capacidad para atraer la mala suerte se extendió entre la clientela.

Unos días después llegó la noticia de que el grupo de Fforde, el gigantesco zombie sin piernas que caminaba usando piernas de otros cuerpos, había sufrido un ataque similar. Todo el grupo había sido exterminado, y según los confusos testimonios de un par de testigos oculares, un par de figuras blancas rondaron el lugar por unos minutos antes de desaparecer en el aire.

La Niña heredó las reservas de Fforde, que pasaron a sus almacenes. Como era de esperar, lo único que había desaparecido de los almacenes del zombie fueron las reservas de "higos del diablo".

Los medios de comunicación se ocupaban aquellos días de una alarmante plaga de robos de cargamentos de glándulas pineales desecadas, que algunos zombies usaban como alucinógenos, en todo el planeta. En todas partes había escasez de aquellas *delicatessen* para no muertos. Se atribuía, sin pruebas, todo aquello a alguna guerra entre clanes de traficantes para controlar el mercado y aumentar el precio de aquellos "Higos del diablo" que nadie sabía por qué, pero causaban estimulantes efectos en los zombies.

Los testimonios de los extraños robos contenían unos sospechosos detalles comunes: en todos ellos, los escasos testigos supervivientes afirmaban haber sido testigos de la aparición de extrañas figuras blancas de aspecto vagamente humano, que se movían torpemente, siempre alrededor de los lugares en que ocurrieron los misteriosos robos. Otros testigos, poco fiables, juraban que habían visto a otros traficantes morir reventando por dentro, como si algo creciera dentro de ellos y los hiciera, literalmente, eviscerarse. En cualquier caso, todo lo que tuviera que ver con malas noticias para los traficantes resultaba bueno para la policía, así que no se menearon mucho aquellos testimonios.

27- Las voces

Durante las noches siguientes, cuando intentaba descansar, tras alimentarse, en unos momentos en los que el silencio se adueñaba de la habitación y Lourdes y Juanita se quedaban dormidas, Amelia oyó voces.

Todo había empezado a su regreso de la última salida. El mensaje continuo en oleadas estaba dentro de su cabeza. El soniquete perpetuo de "no tenemos prisa"… Pero en los siguientes días, otras frases aparecieron en su mente. Voces que canturreaban, a coro… "queremos pensar"… "queremos verte"… "somos amigos, no sientas temor"…

Las dos primeras frases eran impersonales, monótonas. Pero las dos últimas eran directas, la hablaban a ella. La estaban llamando.

La última frase que oyó fue su propio nombre: "Amelia".

28- La Niña

"Amelia", las voces dentro de su cabeza la llamaban una y otra vez mientras dormitaba el duermevela sin sueños de los zombies. "Amelia… Amelia…" Y de repente fueron cortadas en seco.

Los gritos la despertaron de madrugada. Algo pasaba en el despacho de la Niña. Unos gritos espantosos surgían del lugar. Chillidos, golpes, carreras… Amelia se incorporó y vio a Juanita y Lourdes, sentadas en sus catres, asustadas.

Hizo amago de levantarse de la cama. Lourdes la detuvo con la mirada.

"Ya está otra vez…"

"¿Qué le pasa?" –preguntó Amelia.

"Esa cría… ese monstruo… no vive sola… Hay alguien con ella en ese cuarto. Nadie sabe quién es, excepto sus hombres de confianza. A veces pasan esas cosas."

Los golpes eran brutales, inhumanos. La cría chillaba y suplicaba por su vida.

"¿No vais a hacer nada?" –inquirió Amelia, tensa.

Las dos mujeres bajaron la cabeza. Amelia se levantó, salió del cuarto y se dirigió a la puerta del despacho de la cría, que estaba al fondo de un oscuro y sucio pasillo. Cuando se llegó a aquella, un golpe hizo que la puerta se abombara unos instantes. Dentro, alguien había sido lanzado contra ella. Amelia empujó y entró en el lugar.

La Niña estaba en el suelo, con las ropas destrozadas. Ante ella, había una especie de cosa que ella no pudo identificar inicialmente. Cubierto de cadenas, un cuerpo que parecía pertenecer a una mujer monstruosamente gorda, cubierta de llagas, sentada en un par de sillas de ruedas soldadas una a la otra, babeaba sobre la cría, a la que estaba estrangulando con una de las cadenas que la rodeaban.

Amelia miró a la criatura, espantada.

"Amelia, lárgate. Estamos negociando" –dijo la cría mientras la cosa la asfixiaba con la cadena. "No me va a pasar nada, ya estoy muerta."

La cosa soltó a la Niña, que cayó al suelo, agotada.

"Así que tu eres la nueva" – comentó la cosa.

“¿Qué está pasando aquí?”

La cosa la miró con interés. La silla de ruedas, motorizada, la acercó a ella. La miró. Emitía un espantoso olor rancio, a podredumbre reseca.

“Estás nuevecita. No te falta nada. Buena pieza, cariño. Tienes buen ojo.”

“Gracias mamá” –dijo la cría.

Amelia miró a la cosa con repugnancia y altivez. Así que aquello parecía ser la madre de la Niña. La cosa sacó la lengua, una especie de cosa llena de piercings en forma de púa que podía causar auténticas carnicerías en alguien vivo.

Observó que parte de los carrillos de la cara de la cosa estaban agujereados por aquella lengua llena de cuchillas.

“La sacarás esta noche al ring. Haremos una sesión especial. Es la gran noche, tenemos invitados…”

Amelia empezaba a estar harta de que la trataran como a un fardo, pero se guardó el comentario.

La Niña la miró, agradecida, y negó con la cabeza, intentando tranquilizar a Amelia.

“Gracias por preocuparte, sigue durmiendo. Esto es trabajo. Sólo trabajo.”

Amelia salió del lugar, dejando a la Niña a solas con su madre. La invadió una ola de asco intensa. No podía aguantar un minuto más allí.

29- Huída

En su cabeza resonaban las últimas palabras que había oído de la Niña. “Esto es trabajo. Sólo trabajo.” Pensó en su vida hasta entonces, convertida en una especie de esclava de un club de zombies en el que ponía copas y enseñaba las tetas. Era una esclava, aunque siempre había sido así, si bien ahora la cosa era más explícita. Había sido esclava de Emilio y sus veleidades sexuales, de su amargo carácter y su nulidad humana. También había sido esclava de Emilito por el lazo de amor que toda madre tiene con su hijo. Había dejado de estudiar a los 22 años, a punto de terminar tercero de Derecho, para acompañar a Emilio, cuidarle, hacerle la comida, quedarse preñada, criar a su hijo, y hacer de máquina vibradora de tamaño natural siempre que él quisiera. Había permanecido siempre doblada al viento, sin oponer resistencia, resignada a que su vida era aquello y nada más. Las madres que iban al colegio con ella le causaban lástima, porque al menos ella podía pensar en ellas con lástima. Era un absurdo pensamiento circular, pero es que siempre las había visto como animalitos inofensivos, infusorios contentos de estar vivos pero que ni saben cómo ni por qué, ni para qué, ni pueden articular el pensamiento adecuado para darse cuenta de ello. Estaba en un sitio repugnante, rodeada de gente muerta, dejándose tocar por clientes babosos, pero al menos aquello le hacía sentir algo, algo que no sentía cuando estaba en casa pudriéndose en vida.

Entonces tomó la decisión. Iba por el pasillo en dirección al cuarto donde dormía, alejándose del despacho de La Niña. El Zombie sin Tráquea pasó a su lado, y la miró, saludándola con un gesto. Ella le miró y le sonrió. La criatura, de aspecto maltrecho, se quedó sorprendida de que la mujer le mirase, y se detuvo unos instantes. Ella aprovechó la vacilación para darle una fuerte patada en lo que quedaba de su entrepierna, partiéndole la cadera en dos. Una emisión de polvo formado por hueso seco y piel cuarteada llenó el pasillo. Ella agarró el arma que el Zombie sin tráquea llevaba en la mano, una Uzi herrumbrienta, y le golpeó con ella en la cabeza, decapitándolo. El zombie la insultaba, pero ningún sonido era audible. Entonces Amelia echó a correr. En los días que

llevaba en el lugar se había hecho un mapa mental del sitio. Tendría que ser inteligente, pensar más rápido que los demás. El ruido que había producido la pelea con el Zombie sin Tráquea llevó a que a su espalda la puerta del despacho de la Niña se abriera. La cría salió tras ella. Amelia siguió corriendo. Disparó a ciegas hacia atrás, y la Niña salió proyectada en dirección contraria por la inercia salvaje de los dos balazos que entraron en su cuerpo muerto.

La Madre de la cría lanzó un alarido desde el interior de la oficina y salió del lugar. Amelia entonces corrió a través del local, que aún estaba a oscuras. Intentó abrir a tiros una de las puertas que llevaban al exterior, sin éxito. Eran puertas pesadas, de seguridad, diseñadas para aguantar un ataque desde el exterior. En los tiempos zombie no era extraño que pequeñas guerras de guerrillas estallaran entre los diversos grupos que controlaban el tráfico ilegal en la ciudad. Así que aquellos lugares estaban realmente acorazados. Pensó en qué opciones le quedaban para huir de aquel fortín.

Lo más rápido sería escapar por la parte trasera, por donde salían los despojos tras las peleas entre zombies. No fue una buena elección. Enseguida se dio cuenta de por qué.

30- Los cadáveres del sótano

La puerta por la que se sacaban los despojos la llevó a otra puerta que debió abrir a tiros. Entró corriendo en una nave enorme, en la que varias montañas de lo que parecían trozos informes, permanecían en un ambiente enrarecido y pestilente. Se detuvo, buscando otra puerta que la llevara al exterior. En aquel momento se dio cuenta de que las montañas la llamaban.

Eran gemidos, leves susurros pidiendo socorro y piedad… llantos desesperados, gruñidos, ruidos inconexos… Eso los que podían hablar aún. Porque las montañas estaban repletas de los restos de los zombies que se habían peleado en las espantosas luchas que organizaba el local. Allí estaban, esperando… sabe dios qué…

"Por favor, destruye esto, acaba con este lugar…" Le suplicó la voz de media cara que estaba en el suelo, conectada a unos pulmones y media caja costillar. Una mano aislada se las ingenió para agarrarse a uno de sus tobillos. Trastabilleó y cayó, en el momento en que veía la puerta de salida al otro lado de la nave, sobre las espantoras criaturas amontonadas. La recibió una lluvia de trozos diminutos de zombie, astillas de hueso, cabellos, trozos de piel, que lo alfombraba todo como un polvo macabro. No olvidó que todos y cada uno de aquellos fragmentos estaban de alguna forma aún en el mundo, se podían mover, sentían, eran parte de cuerpos despedazados que seguían animados a pesar de haber sido reducidos casi a granos de arena.

Le invadió un terrible asco, una espantosa repugnancia irracional, y de debatió intentando ponerse de pie. No oyó los pasos que resonaban en el lugar, y cuando logró incorporarse, se encontró con varios zombies apuntando con sus armas hacia ella, y la Madre, que llevaba a la Niña en brazos, que había perdido un brazo por sus disparos, mirándola rabiosa desde su silla de ruedas.

"Has mutilado a mi pequeña, puta de mierda. Lo lamentarás. Vas a lamentarlo por toda la eternidad. Vas a desear estar muerta, y no podrás estarlo nunca."

Notó cómo las cosas muertas que la rodeaban gimieron más intensamente que nunca, aterrorizadas. Las montañas de muertos a su alrededor estaban tan asustadas como ella.

Tras la monstruosa mujer de la silla de ruedas, alcanzó a ver al Zombie sin tráquea. Llevaba su cabeza bajo el brazo, como un viejo caballero que portara su sombrero. Se había atado la cadera con una tosca soga y avanzaba arrastrando una pierna.

31- La hembra

La agarraron y la arrastraron sin contemplaciones por unos pasillos subterráneos que ella no conocía, y que estaban llenos de despojos humanos abandonados, como el sótano. La dejaron en el suelo un buen rato, como si esperaran alguna orden, y luego la arrojaron a un lugar que llamaban la "sala del trono", donde la niña permanecía tendida en una camilla bajo una delicada lluvia de linfa. Junto a ella, la Madre.

Era un lujo la lluvia de linfa, había que tener mucho dinero, muchos litros de aquella preciada sustancia. Tenía un milagroso poder casi curativo para los zombies, y era uno de los escasos recursos existentes de la farmacopea zombie. Ella permaneció de pie ante las dos criaturas. La Niña la miraba con odio. La Madre… bueno, el rostro de la Madre era tan repulsivo que no sabías leer la expresión que se dibujaba en el. Mantenía un rictus atroz, y la ausencia de labios dejaba una eterna mueca de rabia salvaje en aquel rostro torturado, una especie de Dorian Gray femenino. La Niña tenía el brazo que había perdido cosido al cuerpo en una especie de cirugía tosca.

"El cirujano de a bordo ha hecho lo que ha podido. El daño que has hecho a mi niña lo pagarás, espero que al menos pueda volver a usar el brazo."

La fina lluvia de linfa podría restablecer el tejido del brazo y probablemente volviera a ser utilizable. Llevaría un par de días. Lo que Amelia no sabía era que, para que la lluvia de linfa fuera realmente efectiva no se podía utilizar linfa embotellada o conservada en frío. Debía usarse linfa caliente, recién salida del torrente sanguíneo de una persona.

Entonces miró al techo.

Sobre la Niña, un aparato formado por retorcidos y delgados tubos realizaba la aspersión de la linfa sobre la pequeña, creando una finísima lluvia, un delicado aerosol que se iba depositando sobre ella. El líquido era recogido de… un grupo de tres cuerpos que colgaban del techo, a unos cuatro metros de altura. Tres personas atadas, amordazadas, vivas… colgadas de los tobillos y con sus cuerpos repletos de pinchazos de los que salía la linfa por

delgados tubos. Tres personas vivas, pensó. Estaban utilizando personas vivas. Eran tres mujeres jóvenes, desnudas, claramente drogadas. Una de ellas la miró, suplicante. Aquella mirada directa a sus ojos la hizo dar un pequeño paso atrás. Amelia sintió una oleada de rabia y asco.

La Niña la miró, furiosa.

"Mamá, tiene todo su dinero guardado debajo del catre donde duerme. Coge su dinero. Lleva ahorrando meses".

La Niña se echó a reír.

"Claro, cariño, eso haré."

La Madre miró a los Zombies que habían traído a Amelia.

"Que el Médico de a bordo la convierta en una cosa fea, y que mate mucho".

Se abrió una puerta tras ella. Y entró algo parecido a una jaula sobre ruedas, un objeto repulsivo, sucio, terriblemente oxidado, que recordaba las pequeñas jaulas de tortura medievales en las que se dejaba morir a los reos en las plazas públicas. La jaula era arrastrada por varios zombies ataviados con sucísimas batas blancas, de aspecto macilento y enfermo. La agarraron, la introdujeron en la jaula y la sacaron del lugar.

La jaula fue llevada por una especie de raíl a una sala amplia y mal iluminada, cubierta de azulejos sucísimos y repleta de ratas. Una alfombra de insectos cubría el suelo. El lugar estaba repleto de jaulas como la suya que colgaban del techo vía un sistema de garfios, y dentro de cada una de ellos había un zombie reconstruido. Unos tenían varias piernas, otros varios brazos. Algunos eran cruces espantosos entre especies animales. Un zombie con una bata blanca sucísima se acercó a ella. Llevaba unas gafas llenas de porquería. La miró y esbozó algo parecido a una sonrisa.

"Soy el Médico de a bordo… estas son mis creaciones. A medida que se van despedazando, recojo los trozos en las montañas de ahí al lado, y voy haciendo criaturas interesantes… Tú acabarás siendo una de esas cosas, a medida que te despedacen en las luchas. Estás buena…"

El Médico de a bordo la miró, lascivo, y sacó una lengua hecha de trozos de carne, dedos, párpados, uñas… todo ello cosido de cualquier manera. Intentó lamerla, pero ella de alejó al otro lado de la jaula. Pero la lengua era larga y flexible, y recorrió sus piernas, subiendo por sus muslos. Notó los pequeños deditos de la lengua acariciándola. Fríos, como los dedos de todos los muertos. Como sus propios dedos.

"Estoy deseando usar tus trozos para hacer gente hermosa…"

El Médico de a bordo siguió camino. Le seguía un zombie que parecía una araña monstruosa, que portaba un carro de

supermercado lleno de trozos de cuerpos humanos que se movían libremente. Se quedó paralizada, y entonces miró alrededor. En cada jaula, las criaturas la miraban. Las miradas tenían una mezcla de envidia y callado desespero. Entonces, algo hizo vibrar su jaula.

En la jaula que estaba a su izquierda, un ser vagamente femenino estaba zarandeando su jaula con unos brazos poderosos y repletos de músculos atados entre las articulaciones de cualquier manera.

"Mañana me han dicho que tú y yo vamos a luchar. Te voy a hacer trocitos. Te voy a masticar y te voy a escupir. Puta."

Aquello, que alguna vez había sido una mujer, sonreía con una doble hilera de dientes construida seguramente por aquel doctor enloquecido. Aquello era llamado Desperdicio. Y hacía honor a su nombre.

Amelia sólo pudo hacer una cosa.

Gritar.

32- La noche

Amelia podía acelerar el tiempo. Y aquello fue una bendición durante su estancia en aquel agujero atroz, repleto de cosas que habían sido personas, rediseñadas para las espantosas peleas que se producían en el local durante las noches. Comprendió de dónde salían aquellas monstruosidades resecas que se despedazaban con una energía y una rabia indescriptibles. Aquello debía de dar mucho dinero, si la Niña y su Madre se podían permitir todo aquel sistema, aquella especie de feria de los horrores salida de la mente de un médico demente que debía tener el cerebro podrido y comido por los gusanos.

El Médico pasó un par de veces ante su jaula, pero no le prestó atención. Se dedicó durante un rato a coser a un par de criaturas que chillaban de pavor, mientras las ataban a una mesa portátil de operaciones sus servidores zombies usando gruesas correas de cuero.

Entendió por qué el suelo estaba repleto de insectos. Las jaulas estaban colgadas de garfios, y por tanto a unos centímetros del suelo. Y de ellas caían infinidad de efluvios corrompidos de los cuerpos de los zombies más deteriorados. Aquello parecía hacer increíblemente felices a aquellas criaturas reptantes. Como siempre en el planeta, ya fuera cosa de vivos o de muertos, todo era circular, todo formaba un ecosistema. Siempre había alguien que podía comerse lo que nadie quería.

En algún momento, un gas invadió el lugar, y todas las criaturas allí almacenadas cayeron en un intenso sopor. Amelia también.

33- Pesadilla

Soñó con gritos, con personas chillando, con carne sin forma dando alaridos. Carne roja, húmeda, carne viva. La inanición rondaba su sueño, llevaba un día sin comer, y empezaba a visitar sus sueños la agonía del hambre zombie. Entonces su cuerpo se sacudió y abrió los ojos. El despertar fue brusco, brutal. Se vio en una camilla, en mitad del pasillo formado por las jaulas enfrentadas, con su jaula vacía, la puerta metálica y herrumbrienta abierta de par en par.

Notó algo húmedo en su brazo, algo pegajoso y repugnante. Se separó para mirar. Su brazo estaba dentro de algo. Ese algo se movía.

Lanzó un alarido. tiró de su brazo, y vio que estaba cosido. Cosido a algo que parecía una criatura con patitas terminadas en cuchillas. Una especie de criatura-arma con una cara furiosa y unos dientecitos dimitutos de metal, que la miraba, y gruñía. Lanzó otro grito.

¡Su brazo! ¡¿Dónde estaba su brazo?! Estaba dentro… dentro de aquellla cosa… lo notaba. La cosa respondía a los movimientos de su brazo, como una marioneta de guante… como un teleñeco. Chilló horrorizada al ver que algo parecido a una monstruosa masa informe de la que salían dedos, ojos, pedazos de piel… parecía coser parte de su brazo a aquella cosa. La monstruosa masa informe tenía dedos por todos lados. Chilló y tiró del brazo hacia sí. Tenía el otro brazo atado con una correa a la camilla. Tiró de él violentamente y la correa saltó. Agarró la cosa y sacó su otro brazo de dentro. No iba a tolerar mantener un segundo más una parte de su cuerpo en las entrañas de aquella monstruosidad. La cosa chilló al ser eviscerada. Vio que sus manos y dedos habían sido cosidos a los órganos internos de la monstruosidad, que chilló de espanto al ver sus órganos internos fuera de su cuerpo. La cosa chillaba y chillaba, y ella estaba cubierta de los jugos internos de la cosa.

Chilló también, se arrancó a gritos y a golpes aquellas porquerías, y notó el dolor de romper las coseduras que cubrían su brazo. Aceleró el tiempo para intentar huir hacia adelante de aquel espanto sin nombre. La cosa sin forma se puso furiosa y empezó a

acercarse a ella. Llevaba en sus diversos dedos escalpelos de varios tamaños, cosas que cortaban seriamente. Entonces vio que la cosa tenía una especie de apéndice que colgaba de ella. Algo parecido a un globo desinflado.

Era el Médico de a bordo.

Y reconoció la forma sin forma… era la lengua que la había acariciado y sobado… El Médico de a bordo sólo era un envoltorio, un pútrido disfraz para aquella cosa no muerta, aquella especie de gigantesca lengua amorfa, llena de manos, dedos, trozos de gente, y cosas que no se atrevía a nombrar, que se coordinaban para operar a aquellas criaturas. Se incorporó furiosa de la camilla, entendiendo que había sido sedada por un gas para ser operada, y golpeó a lo que se suponía era el Médico de a bordo, haciéndole caer, si es que aquella especie de objeto gomoso podía tener un arriba y un abajo.

Ella cogió un bisturí de una bandejita metálica que sobresalía de la camilla y rajó un trozo de la enorme lengua, haciéndola chillar. La cosa se replegó sobre sí misma, dolorida, y la piel, el colgajo y las ropas que pendían de ella, el Médico de abordo, se hinchó como un globo. Le salieron dos ojos por los agujeros con cejas de la cabeza, y la piel se infló. El Médico de a bordo entonces la miró. Su gesto era indescifrable, porque la cosa que lo rellenaba no movía correctamente su cara. Amelia se dio cuenta entonces de el Médico tenía las patillas de las gafas clavadas en la piel de la cabeza, para que no se le cayeran nunca, seguramente. El Médico habló torpemente.

"Eso no ha estado bien. El Serrador me ha costado meses de trabajo. Es un zombie-arma, te habría hecho poderosa para las luchas…"

"Aléjate de mi"

Amelia acompañó su respuesta con su brazo sano, que seguía portando el bisturí. Lo clavó una y otra y otra y otra vez en el cuerpo del Médido de a bordo.

"¡Puta de mierda!"

El Médicho se puso a chillar y empezó a soltar líquidos por los diversos agujeros que le estaba abriendo Amelia, como si fuera un odre repleto de sustancias putrefactas. El hedor infló de asco la pituitaria de Amelia, que tuvo que dar un paso atrás. La cosa se estaba vaciando por dentro, y los líquidos de mezclaban en el suelo, causando gran algarabía en la alfombra de insectos que les rodeaba. Pensó en que aquel líquido que formaba aquella monstruosidad tenía de alguna manera la esencia del zombie, y vio en su mente a luna miríada de cucarachas devorándola ávidamente, sin que por ello perdiera la consciencia ni la identidad. Alejó el pensamiento todo lo que pudo de ella.

En ese momento dos zombies malencarados de los que vigilaban el local, la agarraron y la arrojaron a la jaula.

"Despedazadla, reducidla a papilla…"

Dijo el Médico de a bordo mientras terminaba de desinflarse.

"Ni hablar, la jefa la quiere luchando esta noche. El que eres papilla eres tú, Doc…"

Los Zombies se echaron a reír.

Ella se quedó sentada en su jaula. Vio entonces que sus piernas estaban cubiertas de cucarachas. Se las sacudió, chillando, rabiosa. Chilló y chilló, intentando sacarse de dentro el asco que se la comía como si fuera algo vivo, y sintiendo que poco a poco, por encima del asco, la rabia, la incredulidad, el horror, trepaba el incontenible dolor furioso del hambre. El hambre llegaba. Y no tenía nada que llevarse a la boca.

Excepto a ella misma.

34- There's no business like show business

El público rugía. En el exterior del local, un cartel improvisado con clip-arts de hacía 20 años mostraba a dos luchadoras arrancándose los miembros, con el texto: "Hoy gran velada de lucha de muertas" "Apuestas abiertas. Roja contra La Rabia. La Perra contra El Injerto. Desperdicio contra La Princesita." El aspecto de Amelia de "prácticamente viva", tan raro de ver en aquellos antros subterráneos, multiplicaría el éxito de la velada. Desperdicio era una mujer recosida por el liquidado (nunca mejor dicho) Médico de a bordo. La habían llenado de miembros extra, le habían clavado cuchillas en las rodillas, le habían amputado las manos y las habían sustituido por sierras mecánicas, era una carnicera, que gustaba de destrozar a sus rivales, reventarlas y esparcirlas por doquier. Su aspecto era brutalmente espantoso, luciendo los músculos injertados de otras muertas ya olvidadas cosidos y recosidos en diversas capas por el Médico hasta que casi no había espacio para nada más. Era una monstruosidad llena de brazos, cuchillas, sierras y jirones de carne reseca. En el corazón de aquella cosa había un rostro que una vez había sido hermoso, el de una mujer que había sido estrella de cine y modelo, deseada y famosa. Aunque nadie se acordaba ya de ella en aquel nuevo mundo. Su rabia y odio eran intensos, y eso la había convertido, junto a los injertos del Médico, en una de las escasas supervivientes con récord de 10 peleas en el local. El ring improvisado, en la pista de baile donde las zombies enseñaban sus resecas entrañas, daba el aspecto de un campo de lucha libre lleno de porquería. Aquella noche la expectación era grande. La Niña y la Madre estaban sentadas en el palco de honor. La cría estaba sumergida en un traje transparente relleno de linfa curativa. Las apuestas corrían. La excitación por ver despedazada a la nueva, La Princesita, era enorme entre los asistentes; como siempre, todos vivos. De vez en cuando la Madre señalaba discretamente -desde luego no aquella noche; había en el lugar demasiada gente influyente- a alguna chica joven y despistada en mitad de su "noche salvaje" o de su despedida de soltera, y aquella chica desparecía para siempre en el camino de regreso a casa. Se las usaba como fuentes vivientes de linfa para ella y para su hija, y como secreta

fuente de salud para algunas de sus luchadoras más rentables, las que aguantaban por encima de las 6 veladas. Desperdicio había accedido a aquel estatus de privilegio, era una VIP, aunque no fuera más que un despojo humano con sus entendederas abotargadas por la corrupción y los gusanos que solían comerse por dentro los cerebros zombies, causando una especie de encefalopatía espongiforme humana irreversible. La inmortalidad tonta, como lo llamaban por ahí.

Habían peleado ya Roja contra La Rabia, y ambas habían quedado convertidas en sendos troncos sin miembros. Era un auténtico combate en tablas. La Perra había sido vencida por El Injerto, que la había convertido en una montaña de polvo, porque sus huesos con el tiempo -era de las zombies más viejas- se habían resecado como los de una momia.

En la jaula, esperando a salir, Amelia estaba comiéndose sus propias manos cuando se la llevaron. Tuvieron que gasearla y agarrarla entre 9 zombies. Aquel hembrón, con un cuerpazo de diosa, se había mordido las manos hasta casi llegar al hueso. Estaba poseída por el hambre, tal y como había pedido la Madre. Estaba lista para ir a por Desperdicio.

La sacaron al ring, donde Desperdicio ya la esperaba, encendiendo con sus múltiples manos las dos sierras mecánicas, que rugieron salvajemente y lanzaron chispas cuando las pasó, con una lujuria atroz, sobre la barra de baile. Las chispas cayeron sobre una señora del público, prendieron en su pelo y la infeliz se puso a chillar. Tuvieron que desalojarla. Era la mujer de un concejal, así que el trato fue lo más educado posible. Si hubiera sido una mujer normal, sin más pedigrí, a lo mejor la hubieran reventado en la esquina trasera del local. Los zombies de la Madre desfogaban así sus instintos, matando de vez en cuando a algún cliente, porque sí. La satisfacción de negar la vida a un sano ser vivo, mientras se vivía en una agonía eterna de corrupción y salvajismo, era todo un placer.

Junto a la Madre, el Zombie sin tráquea salió a ver el espectáculo. Lo iba a disfrutar. Llevaba la cabeza en la mano, y la elevaba para ver por encima de la multitud.

Y empezó la pelea. No había asaltos; las luchas no se solían detener, ya que los zombies no se cansaban. El árbitro, una cabeza colocada sobre una mesa fuera del ring, y que sólo se usaba en las grandes ocasiones como aquella, daba órdenes casi inaudibles en mitad del espantoso ruido ambiental. Se decía que era la cabeza de un aristócrata inglés. La Madre la guardaba cuidadosamente al final de las veladas especiales en una caja de madera de tea forrada de terciopelo rojo.

Amelia estaba completamente enloquecida por el dolor. El hambre se la comía por dentro, y Desperdicio nunca había tenido que enfrentarse a alguien así.

Amelia recibió un par de cortes de las cuchillas de Desperdicio, pero las sierras mecánicas pronto fueron amputadas, y Amelia las usó con una atroz habilidad para ir cortando, podando, amputando, mutilando, a la infeliz Desperdicio, que en su cara semioculta entre sus múltiples patas, mostró la certeza del espanto de la aniquilación, significara lo que significara aquello para una no muerta.

Lo peor fue cuando Amelia empezó a comerse a Desperdicio. Le arrancó la cara y la masticó. Los dedos los mascó como quien come una delicia de cangrejo. Los ojos los hizo explotar en su boca, llenándola del casi seco humor vítreo que aún conservaban.

Se la comió. Desperdicio ahora era parte de ella.

Estaría viva en su interior por mucho tiempo, como aquel brazo zombie congelado que había devorado días antes. Aquello era algo que no se había estudiado bien, los resultados de combinar la incapacidad de morir de los zombies y sus partes, y el canibalismo. Despertaría encendidos debates filosóficos décadas después, pero ahora nadie se preocupaba por aquello que se llamaría "mente compartida" en el futuro.

Amelia terminó saciada, con sus manos mordidas por ella misma, su brazo izquierdo desgarrado por las coseduras que se había arrancado, ante una multitud que rugía de felicidad, mientras aún masticaba una de las manos de Desperdicio.

Las zombies que habían dormido con ella todos aquellos días, Lourdes y Juanita, se llevaron los restos de la infeliz Desperdicio, y Amelia quedó sola ante una cerrada ovación. Aquella noche La Princesita había hecho rica a mucha gente.

La Madre miró a la Niña. Aquella mujer las había hecho muy ricas también a ellas, pues los deseos de venganza no eran incompatibles con unas apuestas inteligentes. Tomaron una decisión.

35- La recompensa

Amelia lloró con lágrimas secas en su jaula. Los prisioneros que la rodeaban la miraban desde la oscuridad, en silencio. La rodeó una corriente de compasión que ella misma notó con sus sentidos afinados.

"No llore, mujeee" -le dijo una compasiva cosa cosida al cuerpo de un perro. "El dotor que nos iso sufril ahora esta comío por los bicho… grasias… grasias… ere güena…"

"Noz da pena vezzte yorazzz"…

"No yore, no yore, diganrlez que no yore… o yo yoro tambié…"

Las desdichadas criaturas la miraban, compungidas. No podían resistir ver a una mujer llorando, aunque estuviera tan seca que no produjera lágrimas. Aunque estuvieran todas tan remendadas que su parte humana estuviera escondida en un rincón de sus cuerpos podridos y resecos.

Amelia se quedó tensa cuando su jaula empezó a elevarse y la grúa que movía aquellas prisiones metálicas la dejó sobre un depósito lleno de un líquido incoloro.

Pensó que la disolverían en ácido o algo peor. Pero cuando la jaula entró en el gran depósito y notó el reconfortante tacto curativo de la linfa sobre ella, y vio cómo sus heridas se iban cerrando a ojos vista, comprendió que la estaban recompensando por algo.

Les habría ido bien con ella. Ralentizó el tiempo todo lo que pudo para disfrutar el momento. Era como meterse en una deliciosa bañera llena de agua cálida y sales… Y se dejó llevar, saciada…

Por unos instantes olvidó los fragmentos que su cerebro había grabado vívidamente, mientras se comía a una cosa que alguna vez había sido una mujer…

Entonces la grúa se cayó sobre varias jaulas, liberando a sus ocupantes, y sonaron los primeros disparos en el piso superior. Varias criaturas, liberadas, corrieron entre las jaulas, rugiendo de felididad.

Tras unos instantes de silencio, la puerta del lugar explotó y cayó sobre uno de los zombies que había escapado de su jaula, reduciéndolo a polvo.

36- El asalto

La puerta del lugar había reventado, y tras una pausa de varios segundos un grupo de tres personas vestidas de negro, armados con cascos de realidad aumentada que tapaban sus rostros y con armas automáticas, entraron en el lugar.

Dispararon a los zombies vigilantes con balas explosivas que los hacían explotar en mil pequeños pedacitos, inutilizándolos y reduciéndolos a un granulado chamuscado. Uno de los hombres de negro corrió por encima de las jaulas, saltando de una a otra con una agilidad sorprendente y mirando alrededor, utilizando la información que su casco de realidad aumentada le proporcionaba.

Iba por la fila que estaba ante la de Amelia, y se detuvo ante su jaula. Sin descender de la jaula sobre la que estaba, apuntó su arma contra la puerta de la jaula de Amelia y disparó certeramente sobre la cerradura.

La puerta saltó por los aires. Amelia podía salir de la jaula, pero se quedó paralizada por el miedo, sin saber qué hacer.

El hombre de negro se quitó el casco y sonrió a Amelia.

Era César, el Médico Surfero.

"Espero no llegar demasiado tarde"

Ella salió de la jaula, él saltó al suelo, causando que los insectos huyeran, y ella le abrazó apretándose a él con todas sus fuerzas, no fuera que aquello fuera un sueño.

37- Decisiones

La interrogaron durante un par de horas en una comisaría de aspecto frío, casi clínico. Los maltrechos zombies que habían sido rescatados de aquel agujero infecto repleto de jaulas corroídas por la herrumbre y de las montañas que crecían en los sótanos del local nocturno estaban siendo trasladados en ambulancias a varios hospitales cercanos.

Las cámaras de los canales televisivos cubrían la redada desde el aire, usando aquellos pequeños cuadricópteros ligeros inteligentes que se habían puesto tan de moda años atrás, y que no requerían operadores. Los reporteros zumbaban alrededor de los policías y sanitarios que entraban y salían del lugar. Las camillas con aislamiento biológico, cubiertas de grandes lonas de plástico, protegían a las desdichadas criaturas de la visión de los curiosos.

En fin, el lugar estaba siedo limpiado con intensidad. Se encontraron decenas de miles de litros de linfa, varias decebas de envases conteniendo glándulas pineales desecadas, “Higos del diablo”, a la espera de ser enviadas a sus compradores, y varios cadáveres humanos no zombies -o sea, que estaban muertos de verdad, sin remisión-, que habían fallecido al ser usados como productores de linfa y se guardaban en congeladores para ser despiezados y revendidos para Sushi.

La operación, que había sido bautizada “Cabaret Negro”, había sido diseñada durante casi medio año, y César, el Médico Surfero, era uno de los principales agentes de paisano responsables de la investigación. Se había introducido en el menudeo de linfa y glándulas pineales, y gracias a estos datos había llegado a contactar con la Niña y su Madre. No había contado con la posibilidad de que Amelia fuera víctima de sus investigaciones, pero cuando las cosas se complicaron, unos meses atrás, y Amelia fue secuestrada, decidió no sacrificar su tapadera y seguir adelante, intentando precipitar la investigación. Eso sí, en varias ocasiones entró en el local disfrazado y comprobó que ella estaba bien.

También tenía varios informadores que le contaron el incidente con los chinos, algo que estaba ocurriendo sospechosamente cada vez más, siempre en relación con el tráfico de glándulas pineales.

Amelia fue reconocida por varios médicos especializados en no muertos, que declararon que se encontraba bien. Sus heridas habían curado por el baño en linfa que le habían obsequiado la noche anterior, aunque le fue recetada una ducha de linfa embotellada (y legal) como tratamiento final.

Así, llegó la noche. Le entregaron varios snacks anti-hambre de consumo rápido que le garantizaban 24 horas de olvido del dolor del hambre. Eran fabricados para el ejército y tenían una alta efectividad. Obviamente los zombies eran considerados excelentes soldados por su falta de temor a la muerte, por lo que casi todos los ejércitos del mundo ya eran exclusivamente cosa de no muertos, que se presentaban voluntarios en masa, sólo con tal de poder comer cada día aquellos snacks.

Ella pasó la noche con César. Estuvieron tendidos en la cama mucho rato, haciendo el amor y durmiendo, una y otra vez. Ella estaba sedienta de él, como si llevara meses arrastrándose por un desierto. Era como si necesitara tenerlo dentro de ella constantemente.

Copularon con furia y al final se dejaron llevar por el sueño. Ella tuvo varios orgasmos seguidos. En uno de ellos, la voz que había oído en otras ocasiones, apareció en su mente, como una oleada, con el volumen yendo y viniendo; parecía una emisora mal sintonizada. "No tenemos prisa… no tenemos prisa… no tenemos prisa…"

A la mañana siguiente se despertó, se giró en la cama y miró a César, con los ojos aún medio cerrados. Le dolía todo el cuerpo, lo que era normal tras meses de maltrato, golpes y con las lesiones que la linfa apenas había sellado. Pero algo le dolía mucho más, dentro.

Despertó a César, llena de ansiedad.

"Tengo que ver a mi hijo".

César la miró, asintió, y se incorporó de la cama.

38- Emilito

"Pues eso es lo que quiero que sientas, es como me sentí yo, así que lo llevé por ahí, y, ya ves, se le pegó lo tuyo, la enfermedad se su madre…"

Amelia mantuvo la calma.

César estaba en el exterior, en su coche, esperando.

Amelia estaba congelada en el portal de la casa. Emilio había engordado, tenía el pelo cortado a cero y se había hecho un par de tattoos más. Uno de ellos mostraba un Zombie vestido de Marine, y alrededor de la figura giraba la divisa "Semper Fidelis". Emilio siempre había querido ser militar, pero desde que era "cosa de zombies" lo había desechado. Eso sí, era un asiduo suscriptor de revistas online como Soldier of Fortune, y le gustaba toda aquella parafernalia orgullosa de los mercenarios.

Emilito estaba ante ella, con los ojos medio en blanco, algo normal en los críos en su estado. Tenía la boca medio abierta y babeaba. Su tez grisácea pedía a gritos una de aquellas cremas de "Color Human Natural by Lovelace" del kit de bienvenida.

Claro que nadie le había dado tal kit al crío, que llevaba a todas partes una GamePad 3D de última generación y no paraba de jugar con ella, en un profundo aislamiento autista.

Los casos de retraso mental en la infancia en caso de infección del Zomvirus no eran raros. Muchas veces la enfermedad causaba los mismos síntomas de la enfermedad de Creutzfeld-Jacobs o que el mal de Alzheimer, y lo hacía de forma fulminante e irreversible. Los resultados eran diversos grados de retraso mental, desde leve retraso a estados vegetativos. Emilito había tenido mala suerte. Era un zombie tonto.

Amelia miró unos instantes a Emilio. Su rostro de disfrute, su expresión, que mezclaba una estulticia bovina y unos ojos malignos, el gesto malicioso del que no sabe lo tonto que es.

"Tú me jodiste la vida, te convertiste en una puta zombie, me dejaste solo con el crío, y yo sólo hago valer mis derechos. Si tienes un crío zombie y encima tonto, te dan una pensión del carajo. No tengo que trabajar. No tengo que preocuparme. Se lo van a llevar a un colegio para zombies tontos."

"¿Cómo le contagiastre? No eres tan listo."

"Soy mucho más listo de lo que tú te crees. Sólo hay que tener un poco de dinero y hacer un par de llamadas. Te contagian a quien quieras, y luego te lo compran. La misma gente que te compra a los moribundos para hacer sushi. Siempre se puede hacer negocio en este mundo. Ah, y estoy saliendo con una negrita estupenda. Es una bestia en la cama, y la mama como los ángeles. Así que he salido ganando sin ti, guapa. Sólo me queda pena de que no tuvieras a la cría. Por dos zombies tontos te pagan tres veces más. Lo llaman 'Tasa de compensación del cuidador'. Me encanta."

La cría.

Ella había perdido a su segundo hijo en mitad del embarazo. La cosa se complicó en el cuarto mes, y la criatura murió. Tuvieron que sacársela. Fue el peor momento de su vida mientras estuvo viva.

Entonces fue cuando decidió lo que haría con Emilio.

Le dijo que esperara un momento, se giró y se alejó de la casa, encaminándose hacia el coche donde César la esperaba.

El jardín estaba abandonado. Tristemente dejado. Le dio pena. Las casas de los alrededores mostraban verdes y preciosos setos cuidados y bien cortados.

Se acercó al vehículo. César la miró, alarmado por la expresión en su cara. Amelia estaba haciendo un par de cálculos mentales rápidos.

"Te lo explicaré luego. Necesito 24 horas. Pásate por aquí mañana a esta misma hora. Te daré algo para que lo hagas desaparecer. No quiero preguntas. ¿Estás conmigo en esto?"

César la miró incrédulo, unos instantes. Entonces salió Emilito de la casa, corriendo, tras su madre. Se detuvo junto a ella, y la cogió de la mano. El hilillo de baba colgaba de su pequeña barbilla. La miró con sus ojos lechosos y emitió una especie de extraño sonidito que parecía cariñoso.

"Por el amor de Dios…" -exclamó César. Y lo comprendió todo.

"Ha sido ese hijo de perra. Necesito que te lo lleves contigo. No te dará problemas. Está todo el día jugando con esa cosa. En eso no se diferencia demasiado a cuando estaba vivo."

"Tenemos un área para niños en la zona de personal de la comisaría. Se lo pasará bien, y le daré de comer barritas alimenticias con sabor a chocolate. ¿Vale guapo?" -El niño le miró y emitió una especie de chillido agudísimo, que hizo ladrar al perro que dormitaba en la casa de los vecinos- "Mañana paso por aquí a esta hora".

"Gracias."

No costó nada que Emilito, dócil e ido, entrara en el vehículo. El

coche se alejó y ella saludó con la mano a un niño que ya no la miraba.

El coche desapareció por la esquina más cercana.

Ella se giró hacia la casa, donde una puerta abierta parecía invitarla a lo que iba a hacer.

Caminó por el jardín. El perro de los vecinos no dejaba de ladrar. Entró en la casa y cerró la puerta.

Emilio la miró. Tenía una lata de cerveza en la mano.

El golpe le partió la mandíbula.

El obeso cabrón tatuado cayó al suelo como un fardo.

39- La cena

Había puesto a sonar en el equipo de música unas canciones de Zombie Metal en loop, a un volumen suficiente para sus propósitos, no tan ruidoso como para que sus vecinos llamaran a la policía, pero que sirviera de colchón sonoro.

Emilio estaba encadenado a la cama. Cada brazo esposado a un lado. Ella había tensado las cuerdas a las que había unido sendas esposas de modo que no fuera agradable para él estar así. Ella se había quedado mirándole un buen rato. Silenciosa, los brazos en jarras. Él al principio se había quejado, había gritado, los típicos "¿Qué pretendes?", los amenazadores "Suéltame, o te juro que te…", los impotentes "Por favor, Amelia, hablemos…", los patéticos "Me duelen las muñecas…" Ella seguía allí parada, mirándole, brazos en jarras silenciosa. Un zombie puede estar mucho rato en una misma posición, no les duele; su percepción del dolor y la molestia es muy diferente a la nuestra. Ella quería mirarle durante mucho rato, dejar que aquel momento se quedara bien fijado en su mente para el futuro. Notó la primera punzada a eso de las 20 horas, un momento un poco temprano, pensó. Y él seguía balbuceando, comportándose como una onda… ahora violento y chillando, luego pacífico y suplicante… Crestas y valles, pensó ella. Cuando las manos de Emilio se tintaron de azul por la falta de riego sanguíneo causada por la presión de las ataduras, ella sintió de nuevo las punzadas, y él se echó a llorar. Lloró mucho, gimió, moqueó, babeó, y ella le dejó que se cubriera en sus propios jugos. Luego se orinó encima, justo cuando se cumplieron 14 horas desde que ella lo había atado a la cama. Ella empezó a sentir la rabia interior atravesándola, entrando en sus músculos, en su cerebro, en su conciencia, a eso de las 00 horas. Él ahora se dormía y se despertaba, recordaba, gemía… sus manos azules eran lastimosas, parecía un payaso con su nariz enrojecida por el llanto.

El hombre estaba desnudo y a las 03 horas ella se desnudó ante él. Estaba acostumbrada al lap dancing, se le daba bien. Y como si nada, improvisó un striptease que duró media hora. Él tuvo una erección y se rió, presintiendo erróneamente que iba a ser liberado. Entonces, cuando ella empezó a sentir que la dominaba el dolor sin

nombre, él comprendió y empezó a pedir perdón. A las 20 horas de estar allí atado empezó a cagarse de miedo, literalmente. Ella se contuvo, se aguantó, apretó los dientes hasta que estaba a punto de romperlos, cuando el dolor se clavó en ella con aquella conocida sensación de agonía que la atravesaba como una lanza. Cerró los ojos, pues sabía que al abrirlos ya no podría pararse. Pero pudo contenerse, y esperar más. Esperó con un control de si misma inmenso, pasando una hora por encima del momento en que el hambre la había hecho perder el control y empezar a comerse a si misma en otras ocasiones. Tras esa hora no pudo más, y se dejó llevar.

Empezó por su abdomen. Era lo más obvio, y así no se soltaría. El infeliz empezó a chillar como un animal, inarticuladamente, construyendo extrañas estructuras sonoras hasta que la garganta empezó a sangrarle, y las cuerdas vocales se le rompieron. Le mordió en el bajo abdomen y tiró hacia arriba, descubriendo toda el área de las vísceras. Y empezó a masticar, dejándose llevar por el hambre monstruosa. Y no paró. Tardó exactamente 3 horas. Al final le dolía todo, estaba totalmente cubierta de sangre, pero fresca por la linfa recién cosechada que el cuerpo de Emilio había contenido. Parte del cuerpo era un esqueleto mondo. Otra conservaba jirones de carne y piel. Había dejado la cara para el final, como los que dejan la cabeza del pescado para el último momento. La consumió ya por gula. Poco a poco, centímetro a centímetro.

Se quedó sentada en la cama. Había sido bastante pulcra. Casi toda la sangre la había aprovechado y su aceleradísimo metabolismo de muerta estaba saciándose y convirtiendo aquella materia orgánica humana fresca en materia muerta, en proteína muerta, en energía muerta. Todo aquello traía de cabeza a la ciencia desde el inicio del fenómeno zombie, y era un misterio hasta para los físicos. Sin embargo, así ocurría.

Sonrió sentada en la cama. Se dejaría aquella capa de sangre sobre el cuerpo un rato más, y luego se ducharía, cuando su piel hubiera absorbido la linfa. Luego limpiaría la habitación, metería los restos en un par de bolsas de basura, y dormiría hasta que llegara César.

César le había hecho un enorme favor permitiéndole hacer aquello, aquel pequeño momento de intimidad en que se había comido a su marido.

Amaba a César. Entonces lo comprendió. Un pequeño eructo la sorprendió y la hizo sonreír levemente. Sintió al sonreír cómo la sangre seca se cuarteaba sobre su rostro haciendo un leve ruidito.

40- Todos muertos

Entraron en la comisaría a paso rápido. Ella, gracias al poder reconstructivo de la linfa y a su buena naturalieza, apenas se podía distinguir de una mujer viva: no necesitaba cosmética especial para tintar su piel. Sus ojos eran brillantes, su cabello precioso, a pesar de haber dejado de crecer para siempre. Sólo las encías violáceas, cuando sonreía, daban la pista inequívoca de su condición de no muerta. César había llevado por el camino el contenido de la bolsa negra de basura que ella había traído consigo al coche a una incineradora en la que todavía funcionaba su tapadera, y los huesos mondos de Emilio fueron calcinados y convertidos en materia prima para pienso zombie, una nueva moda que consistía en alimentar a las mascotas zombie con restos calcinados de personas; básicamente osamentas.

Los incineradores eran el grado más bajo del sistema de comercio de materia humana, y trituraban y quemaban los restos que nadie quería; los huesos sin médula, sobre todo. No hacían preguntas sobre el origen del material y pagaban al peso. Así que finalmente Amelia había obtenido algo de dinero por los despojos finales del padre de su hijo.

Emilito por su parte había dormido en el ala de guardería zombie de un hospital que era compartida con la comisaría, atendido por las amables enfermeras no muertas del lugar y el crío parecía estar bien. Vivía en su mundo, formado por su Gamepad y sus auriculares, y apenas les hizo un gesto a Amelia y César cuando le saludaron desde la puerta de la guardería.

Amelia se planteó por primera vez qué haría con el niño, qué destino les esperaría. El crío necesitaría un cuidado especial, y seguramente la enfermedad había causado daños irreversibles en su cerebro.

Entonces notó algo. La voz. La había oído en varias ocasiones antes, y sólo la oía desde que había pasado a la condición de muerta andante. O mientras se corría, o aquel fatídico día con el grupo de traficantes chinos. Venía sutilmente, como una oleada que se aproximaba. "No tenemos prisa… no tenemos prisa… no tenemos prisa…" Se quedó paralizada, mirando a César. El la devolvió la

mirada, extrañado. Ella sabía qué hacer. Dejó que su cuerpo tomara las decisiones.

Miró a su hijo, y éste explotó, reventado, ante sus ojos.

Aquel era el final que el destino había reservado a su pequeño, un destino que unos segundos antes había llenado su mente. Lanzó un grito de dolor y cayó arrodillada al suelo, con la cara pegada a la vitrina que llevaba a la guardería. No se podía entrar en el lugar, ya que la ley obligaba a mantener aquellas instalaciones con acceso de seguridad; era una herencia de los viejos tiempos, cuando no se conocía aún que la fase contagiosa de la enfermedad desaparecía cuando ésta se manifestaba. Miró el charco ante ella, una sucia mancha de varios litros de una especie de caldo proteico, que desentonaba en el color luminoso y primario de la decoración de la guardería. Una mancha en un mundo de colorines.

Su hijo estaba muerto de verdad. La plaga, lo que fuera que hacía que los zombies murieran, aquello que había visto en sus salidas acompañada del Zombie sin Tráquea, estaba allí. En aquel mismo lugar. Alrededor de ellos.

Miró una y otra vez el momento de la explosión de su hijo, jugando con el tiempo. Vio las partículas en el aire, entrando por las fosas nasales de Emilito. Y la casi instantánea reacción idéntica a un pan cuando la levadura lo hincha. El crío fue reducido a una sopa de sus aminoácidos básicos en 9 segundos. El proceso era terrible, pero fascinante. Jugó con las imágenes dentro de su mente, repasando otros momentos en que se había librado de la muerte en circunstancias análogas. Notaba que algo estaba pasando, algo que tenía que ver con ella. Sopesó las posibilidades y concluyó un par de hipótesis, pero todas eran demasiado absurdas. No sintió dolor al final. Había pasado el equivalente a varios días dentro de su mente, corriendo de un lado a otro, sufriendo la pérdida definitiva de alguien que ya había perdido el día anterior, y sintiendo el consuelo de la reflexión y el vacío existencial que todo ser humano experimenta tarde o temprano. Pasó el momento del duelo dentro de ella, en pocos segundos, y llegó el momento de las decisiones.

En el mundo exterior a su mente habían pasado unos segundos.

Ella lanzó un alarido, y permaneció un tiempo mirando por el cristal que llevaba a la guardería. César estaba asombrado y espantado. Le agarró por una mano y corrieron hacia la comisaría contigua.

41- Los higos del diablo

En el interior de la comisaría, que en aquel momento debía estar lleno de algarabía, gritos, protestas y peticiones de detenidos, reinaba el silencio. El lugar estaba lleno de pequeños charcos de un líquido oscuro. Aquello habían sido personas. Vivas o muertas, todas habían tenido el mismo destino. Ella no se preguntó la razón por la que ni ella ni César estaban vivos y no habían sido reducidos a pulpa. Porque lo sabía. Sus sentidos la habían informado. Había visto las partículas en el aire en el interior de la guardería, saliendo del tubo del aire acondicionado. La comisaría y la guardería compartían el mismo sistema de reciclado de aire. El área hospitalaria al otro lado, no. Aquello entraba en la gente por los pulmones. Aquellas partículas que parecían cantar, en oleadas, una cancioncilla absurda que sólo sonaba en la mente. "No tenemos prisa… no tenemos prisa… no tenemos prisa…"

César la acompañó a la sala de pruebas. Sólo había una cosa en común que ella pudiera asociar con aquel extraño fenómeno, aparte de que su mente se abriera en mitad de un orgasmo, y eran las glándulas pineales. Al menos aquello sospechaba. En la sala de pruebas habían desaparecido las bolsas con glándulas pineales desecadas que habían sido confiscadas a la Niña y la Madre.

"Esa bebida que haces, con linfa y glándulas pineales disueltas ¿Es de verdad?"

"Claro, si no no sería una buena tapadera."

"Mi interior cambió cuando bebí esa sustancia. Esas glándulas desecadas, me abrieron la mente. Sólo nos pasa a nosotros. Vosotros los vivos no tenéis conciencia de ello. Desde entonces, oigo voces, a veces durante los orgasmos, otras veces simplemente por estar en el lugar adecuado… Vienen por el aire, como motas de polvo, pero son algo más… Mi hijo ha sido contaminado por unas partículas que viajan en el aire, que me hablan… dentro de mi cabeza…"

César la miró como quien mira a ese amigo que se tomó un tripi sin saberlo y que se ha quedado colgado para siempre.

Pero ella sabía que no estaba desencaminada. A lo mejor no tenía todas las piezas del puzzle, pero su cabeza la estaba llevando en la dirección adecuada.

"¿Este lugar tiene algún servicio de vigilancia por circuito cerrado?"

42- El visitante

La sala de seguridad de la comisaría apestaba. Dos charcos producían aquel hedor pútrido; los caldos proteicos que hasta unos minutos antes habían sido los dos guardas de seguridad que custodiaban el lugar y supervisaban las cámaras de circuito cerrado.

El vídeo mostraba un plano fijo de la sala de pruebas. En otros monitores se podían observar diversas escenas de la comisaría. César hizo retroceder las grabaciones de las cámaras de vigilancia hasta el momento previo al incidente.

La gente iba de un sitio a otro. Vivos y muertos se cruzaban en una algarabía típica de una de las comisarías más atestadas de la ciudad. Los detenidos esperaban en una fila, quejándose. Varios agentes de la ley entraban para hacer sus papeleos tras el turno diario. En una sala al fondo, había una reunión alrededor de una larga mesa. Varios oficiales tecleaban en sus pads, mientras paseaban de mesa en mesa, y sentados a ellas otros policías rellenaban informes en máquinas de escribir pasadas de moda, o en obsoletos ordenadores de mesa que casi parecían soldados a la madera de lo viejos que eran; las congelaciones presupuestarias habían llevado a reciclar toneladas de electrónica con más de 30 años de uso.

El fenómeno pasó durante unos segundos.

La imagen no tenía resolución suficiente, pero Amelia pudo ver un leve vapor surgiendo de las rejillas del aire acondicionado. En unos diez segundos la gente estaba reventando como si estuvieran llenos de levadura y licuándose. Sus ropas quedaban depositadas en pequeños charquitos de tono pardo.

César estaba paralizado mirando a las pantallas. Allí habían sido aniquilados todos sus compañeros de trabajo: amigos, jefes, compañeros de tapadera, policías secretos, algunos de los agentes de choque zombies que les habían acompañado en el asalto al local de la Niña la noche anterior, ciudadanos vivos y muertos, todos parecían haber quedado hermanados en una aniquilación brutal, rápida y silenciosa, algo que les había convertido en una especie de pulpa maloliente. Eso había sido todo.

César estaba en shock. Era un policía curtido, y su tapadera lo

había endurecido aún más. Aquel día había ayudado a su novia zombie a destruir los despojos de un hombre, y había preferido no preguntar sobre lo que ella había hecho aquella noche con aquel desgraciado. Estaba acostumbrado a casi todo. Pero ver la aniquilación casi instantánea y simultánea de decenas de personas en su propio centro de trabajo, tenía algo de irrealidad, de ficción absurda, de espanto pulp, que le dejó perplejo, incrédulo, pensando que todo aquello era una broma gigantesca y que pronto las taquillas a su espalda se abrirían y sus compañeros y amigos saldrían riendo de ellas y diciendo que que aquello era para un programa de cámara oculta. Pero nadie salió de las taquillas.

A Amelia lo que le interesaba era la imagen que ofrecía el video de la sala de pruebas. Unos segundos después del trágico fenómeno, alguien entraba en la sala, cuya puerta estaba abierta, ya que la desintegración había sorprendido a varios agentes de la ley en el interior haciendo inventarios rutinarios. Ese alguien estaba encapuchado y enguantado. No era visible parte alguna de su cuerpo. La persona entró en la sala directamente hacia una zona determinada. Sabía perfectamente a dónde iba. Cogió las bolsas con los “Higos del diablo”, y salió del lugar.

"Esto ocurrió hace cinco minutos" -Dijo Amelia. "¿Podemos averiguar a dónde va ese tipo?"

César cogió un pad que había sobre la mesa, seguramente del vigilante de turno, que yacía en el suelo en forma de un uniforme arrugado en mitad de un charco parduzco, e inició una aplicación que ponía las cámaras de la comisaría en secuencia.

"Vamos" - Dijo César. "Lo miraremos por el camino."

Siguieron el trayecto que minutos antes había seguido el ladrón, libre de vigilancia, para salir del lugar. El pad les ofrecía por geolocalización la imagen obtenida por las cámaras justo cinco minutos antes, mostrando el camino del encapuchado, que llevaba al exterior de la comisaría, y a un vehículo en el que se alejó del lugar. Tenían la imagen y la matrícula. No hablaron. Entraron directamente en el coche de César y salieron del lugar. Eran las únicas personas que quedaban en pie en aquel edificio.

César conectó el computador de a bordo, tecleando el número de matrícula. El coche policial tenía una pantalla de realidad enriquecida instalada en el parabrisas, por lo que la trayectoria del coche en el que había huido el ladrón había sido establecida. César pisó a fondo.

"¿Cómo sabías que vendrían a por las glándulas pineales?"

"Lo he vivido ya, en otras ocasiones. Pero hasta ahora no supe qué es lo que querían. ¿Cuánta gente ha consumido tu cóctel de glándulas y linfa?"

"Unas 30 personas, los clientes a los que proveo desde mi tapadera. ¿Por qué?"

"Porque creo que alguien está interesado en que las glándulas no lleguen a tus clientes, o a ningún cliente. Prueba a buscar una estadística de robos similares"

César programó el pad con unos gestos. El resultado fue sorprendente. Decenas de robos, escasez de la sustancia, elevación de precios. Se pagaban fortunas por cada gramo.

"Están subiendo precios. Exorbitadamente."

"Hay algo más. No sé lo que es, pero esto tiene mucho más alcance de lo que pensamos. Tenemos que encontrar a ese tío." -Dijo Amelia señalando al parabrisas, que mostraba el coche al que seguían y que empezaba a ser visible ante ellos.

43- Tropismos

El coche estaba aparcado en mitad de un descampado rodeado de edificios de oficinas abandonados. Era una de aquellas Ciudades que se habían construido en tiempos mejores en la periferia de la ciudad. Aquella Ciudad de la Banca permitía atraer a muchos grandes bancos, casi regalando el suelo, para que construyeran enormes rascacielos donde poner sus oficinas. Aquella era una de las mayores que se habían construido. Seis torres de cristal, ahora abandonadas y a medio saquear, compartían el espacio con sus formas retorcidas y extrañas, que se habían puesto de moda con los nuevos materiales. Desde el gran estallido de la enfermedad, los bancos habían pagado gran parte del pato del cambio del mundo, con pagos de seguros médicos masivos, clientes que se convertían en no muertos y perdían sus empleos, dejando de ofrecer sus nóminas como dádivas bancarias, y el caos se había adueñado por años de la economía mundial. Aquella Ciudad de la Banca era un esqueleto de los fastos de aquellas empresas que se habían corrompido a sí mismas a base de vender dinero a personas que dejaron un buen día de dejar de ser personas vivas. La cosa empezó poco a poco a enderezarse, como siempre pasa, y los zombies pasaron a ser los clientes mimados de la nueva banca, llamada Zb. La Zb era muy especial, y estaba concebida para seres no mortales que podían pasar siglos trabajando para las llamadas Empresas Zombie, que habían empezado a contratar exclusivamente a no muertos, empresas que permanecían 24 horas abiertas con turnos continuos de muertos andantes trabajando en condiciones salvajes. Especialmente los zombies más atontados eran excelente carne de cañón para aquella neoesclavitud.

Los edificios cantaban, pues a su través pasaba el viento que recorre las grandes extensiones llanas de terreno, y en los primeros pisos, totalmente saqueados, las vigas desnudas componían una extraña sinfonía de tonos superpuestos.

Amelia y César se bajaron del coche y miraron alrededor, perdidos en la enorme explanada invadida por malas hierbas, sin saber qué hacer. Ella cerró los ojos y se dejó llevar. Estaba sorprendida de sus nuevas capacidades, no dejaba de sorprenderse

de algún detalle nuevo en el que todavía no había reparado. Pensó en las voces que había oído ya varias veces, y se concentró en ellas. Detuvo el tiempo, con los ojos cerrados, y en el tiempo concentrado del que disponía, aceleró una especie de búsqueda silenciosa, como quien aguza el oído.

Oyó la cantinela, lejana, traída y llevada por el aire, como un mantra monótono. Miró a su alrededor y enfocó su mirada, jugando de nuevo con el tiempo. Las partículas que había visto en el polvo en otros momentos estaban allí; las mismas que había respirado la gente en la comisaría y que las había convertido en zumo de persona. Se preguntó entonces algo que no se había planteado hasta aquel momento. Cómo entraban aquellas pequeñas motas de polvo, de tono blanquecino y ligero, mecidos por los movimientos brownianos del aire, en el cuerpo de los zombies, ya que muchos de ellos no respiraban, aunque otros conservaban el acto reflejo de la respiración, que era para ellos totalmente inútil. Hizo retroceder el tiempo y vio a su hijo mirándola al otro lado de la cristalera de la guardería. Y vio a las partículas saliendo de la rejilla del aire acondicionado y posándose sobre la piel cuarteada del crío. Y entrando debajo de ella, lanzando unos diminutos tentáculos que crecían a partir de cada mota. Hongos. Aquellas motas de polvo eran hongos en suspensión en el aire. El proceso de disgregación tenía entonces toda la forma del crecimiento acelerado de una colonia de hongos… Hongos Cordyceps, aquellos que crecían dentro de los insectos, también crecían dentro de los zombies… y de los vivos.

Se centró en el eco, y como si tuviera un ecolocalizador en la cabeza, se hizo un mapa mental del lugar del que salían aquellas partículas cantarinas, porque el “No tenemos prisa” que sonaba en suaves oleadas en la periferia de su mente, salía de aquellas diminutas partículas. Durante un instante, antes de volver al tiempo real, le preocupó por qué no les estaba pasando nada en aquellos momentos. Las partícula que les rodeaban salían de uno de los edificios, eran como un reguero de miguitas de pan que se podía seguir, y estaban rodeándoles, posándose en su piel, y entrando en los pulmones de César. Pero no les pasaba nada.

Abrió los ojos, y miró a su acompañante. Él la miraba intrigado.

"¿Tienes algo combustible en el coche? ¿Y un mechero?"

César asintió.

"Tengo una lata de gasolina para emergencias, y un mechero, sí. En alguna parte del salpicadero. Dejé de fumar hace un par de meses, pero ahora fumo cannabis, así que…"

"Policía modelo… Será para mantener tu tapadera ¿No?"

"Eso es…"

"Coge la lata y el mechero, y sígueme.” - le dijo. Y empezó a caminar hacia el enorme rascacielos que formaba el centro de la ciudad bancaria, el esqueleto de una titánica catedral abandonada, hecha de hierro, hormigón y cristales rotos.

44- Cordyceps

Entraron en el edificio. Les recibió un enorme hall abandonado, casi del tamaño de un campo de fútbol, con decenas de puertas de ascensores vacías. Había estado adornado con mármol y esculturas clásicas, pero nada de aquello quedaba ya.

Avanzaron poco a poco por el hall. Ella veía claramente el reguero de diminutas partículas, las esporas que ella había confundido con mero polvo, marcando una estela, un caminito luminoso que sólo sus sentidos superactivados podían mostrarle. Las siguió, segura de que era lo que tenían que hacer. Dentro de ella había una certeza ineludible e indiscutible.

Descendieron por unas escaleras, dirigiéndose al único ascensor en activo, y entraron en él. Sólo había una tecla funcional. El piso 140. Lo presionó y notó el efecto de la presión al acelerar el aparato a toda velocidad, llevándoles a varios cientos de metros sobre el suelo. Cuando el aparato se detuvo, Amelia aspiró profundamente. Había olvidado el reflejo de respirar hacía tiempo; ni se había percatado de ello. Pero ciertos movimientos entre reflejos y emocionales, seguían ahí, como los suspiros, o aquella aspiración que pretendía acumular algún tipo de energía interior.

La puerta se abrió. Ante elos, un espacio diáfano cubierto de blancura. De extrañas formas que crecían desde el suelo. Eran los hongos, que habían invadido aquel piso. El lugar era alucinante, como la superficie de un planeta lejano. En un lado, el encapuchado que les había llevado allí, les esperaba. Hizo una inclinación y les indicó que le siguieran. Fueron caminando tras él. A cada paso que daban, la estructura fúngica que lo llenaba todo se apartaba para no ser pisada, dejándoles ver el suelo enmoquetado de aquella planta de oficinas. La extraña cobertura de hongos cubría oficinas, cubículos, mesas, sillas, sofás… todo.

Llegaba a media altura, y en algunos momentos caminar por el lugar era como desplazarse en el interior de un campo de centeno, con tallos de dos metros de altura.

Llegaron a un claro, y en su centro les esperaba una figura sentada. una figura totalmente blanca. Tenía la forma de un ser humano, pero estaba formada por hongos. El encapuchado avanzó

hacia la figura, se detuvo ante ella, y las dos se fusionaron. Las ropas del encapuchado cayeron al suelo. Y la criatura giró la cabeza y se acercó a pausadamente a Amelia. Sus andares eran pausados y elegantes.

César estaba en silencio, aterrorizado, con el corazón yéndole a mil.

La criatura se aproximó a Amelia. La examinó y ella pudo examinarla también. Su textura parecía esponjosa. Estaba formada por cientos de miles, millones de partículas, de pequeños hongos que se habían unido unos a otros en una pequeña, diminuta red. Era una colonia de Cordyceps. El aspecto era humano, y conservaba una especie de memoria de ciertos detalles, como la nariz del rostro, la boca, unos remedos que parecían gestos, el movimiento de las manos… La figura parecía levemente femenina.

La criatura rompió a hablar, dentro de la mente de Amelia.

"Conservamos el aspecto de las personas que invadimos. Cuesta mucha energía, pues implica desarrollo, y copia de la conciencia. Tenemos dentro de nosotros parte de la conciencia de la mujer de la que crecimos. Para nosotros sois como la tierra fértil".

Ella entendió que sus preguntas mentales serían respondidas con respuestas mentales. Se preguntó si César estaba escuchando aquella conversación silenciosa.

"No, él no puede oírnos. Sólo tú. Ente todos, vivos y no vivos, en esta tierra, eres la única que nos puede oír. No podemos simular una tráquea o unas cuerdas vocales, no sabemos de vuestra tecnología para transmitir sonidos usando aparatos a través del aire. Preferimos las mentes. Eres un caso único, eres la primera persona que nos oye. Por eso estás aquí."

Ella tenía muchas preguntas en la cabeza, que se le agolpaban, una sobre otra, apilándose. Amelia ralentizó el tiempo, porque las respuestas llegaban tan rápido como ella dejaba salir sus preguntas. En décimas de segundo obtuvo horas de información.

"Comemos y el residuo es la proteína que viste cuando acabamos con todas esas personas. Tenemos que comer a veces, y es una forma eficiente de anularos, ya que obtenemos a cambio energía para reproducirnos. Diez unidades de alimentación, diez de vosotros, permiten que desarrollemos algo como esto que ves. Una colonia compleja de cien millones de nosotros."

"¿Qué pretendéis? ¿Por qué habéis matado a tanta gente?"

"No queremos que trafiquéis con esas partes de vuestros cuerpos, son sagradas. Abren los ojos a cierta gente. A ti te los han abierto, por eso puedes comunicar con nosotros. Queremos tener ese mercado y decidir nosotros quién puede oírnos y quién no. Por eso te necesitamos. Necesitamos a alguien que pueda convertir nuestros

mensajes en sonidos. Esa podrías ser tú."

"Habéis matado a mi hijo."

"Tu hijo ya estaba muerto."

Ella dio un paso atrás. La respuesta había sido cruda y hostil, brutal y dura. Pero cierta. César se acercó a ella.

"¿Estás bien?"

Ella asintió, turbada por unos instantes.

"Llegamos hace mucho tiempo, caímos en esta tierra en una de esas piedras que llamáis meteoritos. Nuestra biología es compleja, nos reproducimos dentro de huéspedes usando un virus que es el otro lado de nuestra especie. Es el equivalente a la reproducción sexual de vuestra especie. Nos reproducimos cuando juntamos el virus con nosotros."

"El Zomvirus."

"Eso es, cuando llegó pudimos empezar a reproducirnos de esta manera. Cuesta mucho esfuerzo. Somos una conciencia colectiva, muchos pensando a la vez. Pequeños, pero muchos. Eso nos da fuerza."

"A ver si lo he entendido. Todo esto que nos pasa, el Zomvirus, la gente muerta como yo que camina, todo esto, es sólo un efecto secundario de vuestra reproducción."

"Lo has entendido perfectamente, mujer. Es estupendo que la primera persona que nos oye sea tan brillante. El virus te ha hecho mejor, y tomar la linfa con glándulas pineales te abrió la mente, pudiste oírnos."

"No somos más que… un vector reproductivo… ¿No es así?"

"Es bueno ser parte de nosotros. Somos una especie superior. Llevamos miles de millones de años llevando nuestra semilla por todos lados. Panspermia lo llamáis ¿No es así? Somos un esperma que recorre el espacio y que necesita su óvulo, así lo entenderéis mejor, ¿No es así?"

"Pero si necesitáis destruir diez para construir uno, estamos hablando de que sois una especie de parásitos. Destruís las especies sobre las que os reproducís."

"Les damos una nueva razón de ser. Las tenemos, de alguna forma, dentro de nosotros. Como cuando vosotros coméis. La comida pasa a ser parte de vosotros."

"Pero eso implica que extinguiréis mi especie para crecer y reproduciros."

"La extinción es un término sobrevalorado en criaturas parciales y escasamente listas como vosotros. Os damos una razón de ser más bien. Sois fruto del azar evolutivo. Estáis llenos de defectos, y vuestras vidas son miserables. Nuestro virus os da la opción de vivir

para siempre, os ayudamos a mejorar. Y podremos convivir si nos dejáis ejemplares de vuestra especie para poder hacernos realidad, para poder llegar a la vida…"

"Eso no me gusta."

"Te gustará. Serás nuestra embajadora. Nos llevarás a todas partes, podemos viajar usando el viento, como puedes ver, pero al menos en este lugar todavía somos pocos, y vulnerables. Queremos la colaboración de vuestras autoridades. Podemos darles inmortalidad, y cosas que vuestra especie no ha ni soñado, a cambio de alimento continuado. Necesitamos que nos traigáis vuestros cuerpos aquí, viajar en el viento es costoso y cuesta mucho recuperar la energía a distancia… podemos enseñártelo. ¿Quieres verlo?"

En el interior de su mente, Amelia asintió.

45- El Nuevo Mundo

Amelia miró alrededor. Estaba en una especie de esfera de luz, rodeada de diminutas esporas que, como pequeñas mariposas, parecían volar a su alrededor. La Criatura estaba ante ella, como en el mundo real.

"Nosotros tenemos una parte de nuestras mentes en una especie de continuo, en el que el espacio es sólo otra dimensión más. Eso nos permite mirar en el tiempo, hacia el pasado y hacia el futuro. Y podemos ver razonablemente lejos. A medida que el tiempo pasa, las probabilidades y los acontecimientos bailan de formas aleatorias, por lo que no lo vemos todo, pero sí podemos ver lo más probable. Somos gentes que hemos aprendido a mantenernos vivos con un gasto de energía mínimo. Permanecemos en estado de espora por millones de años en burbujas líquidas dentro de trozos de roca, y eso da mucho tiempo para pensar, sopesar posibilidades, y hacer planes. Así que podemos ver tu futuro junto a nosotros, Amelia. Y es brillante."

El tiempo a su alrededor empezó a fluir, y Amelia asistió como espectadora, en una especie de movimiento vertiginoso, a su propia conversación mental con la Criatura en el rascacielos abandonado. Finalmente, la conversación terminaba y ella daba la mano a la Criatura, sellando un acuerdo.

Recibiendo órdenes mentales, se dirigía inmediatamente a la comisaría de policía y conseguía una entrevista con el Alcalde de la Ciudad, y se creaba una comisión de recibimiento en la que se producía el primer encuentro entre los humanos y una raza alienígena, pues eso eran los hongos. Reuniones en la ONU, visistas a la Casa Blanca, y Amelia siempre siendo el único interlocutor de una serie cada vez mayor de criaturas alienígenas blancas, formadas por colonias de esporas.

Se negociaba con las criaturas el consumo de personas para su propia reproducción. De iniciaban proyectos de recolección de zombies moribundos en el tercer mundo para este menester, con la promesa de la raza de hongos de que las gentes sacrificadas no lo eran en realidad, dado que, al no poder morir los zombies, ni siquiera a nivel molecular, pasaban a ser parte del gran archivo

mental de la raza visitante.

Los Hongos, que así se les llamaría, empiezan luego a adquirir más y más poder en las sociedades y en las naciones, y en unos años un presidente Hongo dirige las Naciones Unidas. Se controlan ejércitos, se organizan cacerías masivas de humanos, y finalmente Amelia, en unos 5 años, queda como la única persona libre existente en la Tierra, rodeada de seres blanquecinos.

Se produce la siguiente emisión de esporas, y se crean gigantescos aparatos que permiten lanzar rocas al espacio que después de miles de millones de años llegarán a otros mundos habitados que colonizar. La mano de obra son humanos esclavos, ya que se necesitan millones de personas para crear los poderosos cañones que ponen en el espacio las rocas llenas de semillas. Esos esclavos, al final del proceso, son convertidos en energía para la reproducción.

Amelia tiene el dudoso honor de ser la última persona consumida, y pasa a ser parte de la mente de los hongos. Siente a su alrededor la sensación del abandono, de la pérdida y el renacer a una nueva realidad. Y es confortable. Cálido. Como liberarse de una prisión.

En aquel momento Amelia chilló y se despertó.

Miró a su alrededor. Algo estaba ocurriendo. César estaba paralizado por el terror, mirando a su alrededor. Ella giró sobre sí misma y miró al exterior.

El edificio estaba desnudo, sin cristales, en esqueleto, así que pudo ver claramente cómo la materia blanca que rellenaba el lugar estaba creciendo hacia abajo, y llenando el suelo repleto de vegetación salvaje de tentáculos blanquecinos. Y de cada tentáculo, sobre el suelo, surgía una figura blanca con forma similar a la humana. Decenas, cientos, miles, millones, en una rapidísima y atroz progresión geométrica, crecían ante su vista, amenazando con cubrir todo el suelo del lugar.

Un ejército de seres blaquecinos a imagen del que tenía delante.

46- Decisiones

Amelia estaba mirando a la criatura. César las miraba intrigado. En el mundo exterior habían pasado unos minutos desde que ella se había detenido ante la criatura. La voz apareció de nuevo en su mente.

"Nuestra forma de vida puede parecerte extraña, pero funciona. Hemos hecho esto desde el principio del Universo. Somos los mismos que entonces, hace catorce mil millones de vuestros años. Venimos del otro lado, ocultos entre la energía de la gran explosión. Y guardamos en nuestra memoria la de cientos de civilizaciones que han pasado a ser parte de nuestro recuerdo. Civilizaciones que no podrías ni concebir. Biologías que te harían llorar de espanto. Formas que no podrías ver con tus ojos humanos, pero sí con nuestras mentes multidimensionales. Somos antiguos, y hemos estado en lugares iluminados por estrellas que tuvieron que morir para que tuvieras hierro en tu planeta. Hemos estado en planetas habitados en los universos anteriores al universo en el que vivís ahora. Somos una cualidad de la naturaleza, una regla de la física, una condición del mundo. Por eso sabemos lo que va a pasar, y por eso estamos tan contentos de que alguien como tú nos escuche y esté de nuestro lado. Dentro de nosotros conoceréis las preguntas a todas vuestras dudas, y algunas más. ¿Aceptas ser nuestra embajadora, Amelia?"

Amelia miró a la criatura, que simulaba esforzadamente una sonrisa moviendo las conexiones entre los diminutos hongos que la formaban. Ella elevó la mano y la ofreció a la criatura.

"Me sorprende que me pidáis permiso. Os podríais meter dentro de mi, y dirigirme hacia donde quisiérais. A mi y a todos los seres humanos, vivos o no. Como cuando os metéis dentro de las hormigas y las forzáis a trepar hacia las copas de los árboles para encontrar luz solar. Para entonces poder crecer dentro de ellas."

La criatura se quedó paralizada. Ella miró en su mente. Y vio la verdad. Estaban haciendo exactamente eso. Toda la visión del futuro era mentira. Todo era una ilusión. Estaban a punto de tomar el mundo para reproducirse y volver al espacio. Iban a extinguir a la humanidad en cualquier caso. Todo aquello eran buenas

palabras, señales equívocas, todo era una inmensa trampa. Los zombies estaban allí para permitirles reproducirse. Cada zombie podía llevar a una colonia. Y vio con los ojos de las criaturas la metamorfosis en la comisaría, ante los ojos asombrados de los forenses, policías y periodistas que estaban cubriendo la zona. Vio del charco que había sido su hijo surgir una cosa blanca, hecha de hongos y esporas. Y así con cada persona que había sido reducida a líquido.

“Nos necesitáis para reproduciros, eso es todo. Los zombies no son más que la fase inicial. El Zomvirus sois vosotros.”

"Bien, os hemos hecho inmortales, no es tan malo ¿Verdad?"

"Nos habeis jodido la vida y la muerte a todos."

En el exterior, la alfombra de millones de criaturas blancas idénticas se perdía en el horizonte, unos conectados a otros, todos entre ellos y todos con la Criatura que Amelia tenía delante, de cuyos pies salían miles de conexiones, como extrañas raíces.

"¿Tenéis la conciencia repartida" -pensó ella, interrogadora, aparentemente relajada.

"Estamos creciendo. Todos nacen de mi. Yo soy el centro de todo. Tenemos la mente oculta, debajo del suelo, en los aparcamientos de todos esos edificios, es nuestro cerebro. Estamos orgullosos de él."

Amelia comprendió. Aquellas cosas necesitaban una mente colectiva, pero no estaba descentralizada. Estaba en un lugar. Y estaba cerca de ella, a unos pisos más abajo. Ahora lo notaba. Por eso podía comunicar con ellos. Una mente. Eso hacía frágil el sistema. Interesante.

"¿Juegas al póker?"

La criatura la miró extrañada, e hizo una extrañada interrogación mental que la mente de Amelia tradujo por un corto "¿Qué?"

"Hay una cosa que deberíais aprender de los humanos, y es no mostrar todas vuestras cartas en la primera mano."

"No te entiendo…"

Amelia miró a César, que esperaba alguna señal, retirando su mano de la de la Criatura. Miró a un lado. El espacio estaba lleno de tablones de madera y sustancias combustibles. La moqueta no era ignífuga.

Los bancos habían ahorrado muchos costes al iniciarse la crisis. Ella le sonrió y asintió. Él no necesitó nada más. Regó a la criatura de gasolina. Eso hizo que el ser chillara dentro de la mente de Amelia.

"Debe dolerte. La gasolina mata a millones de los tuyos, es mala para los hongos. Pero además tiene una propiedad muy curiosa…"

César vació la lata en la moqueta y en varios muebles a su alrededor. Las cosas que le rodeaban intentaban detenerle, formando brazos que intentaban agarrarle, sin éxito. Ella sacó el mechero de uno de sus bolsillos y se lo lanzó a la criatura blanca.

"Se combina con un gas común del aire de este planeta, que llamamos oxígeno, en una reacción química que llamamos combustión. Los que están vivos la usan para vivir, pero más lentamente."

La criatura, sin duda podía ver algo en su mente, y podía entender sus intenciones, porque la voz mental se llenó de miedo, un miedo brutal, ese tipo de miedo del que siente que puede volver a la nada tras haber salido de ella por una corta temporada. Debe ser muy duro desaparecer tras pasar millones de años en un asteroide dando vueltas por ahí.

"Tonta… tonta… estas cometiendo un error… “

Luego hubo un silencio mental. La criatura estaba demasiado ocupada ardiendo. El fuego se extendía rápidamente por toda la planta.

Fuera, las cosas blancas se disgregaban en millones de esporas que iban cayendo al suelo, muertas, sin energía que consumir, sin contacto con la mente central que las guiaba. La imagen era sobrecogedora. Las criaturas se habían extendido cientos de kilómetros alrededor de la ciudad bancaria. Y ahora se desintegraban en una nieve de hongos muertos que parecía ceniza.

César y Amelia volvieron al ascensor mientras los secos muebles y la moqueta barata ardían por doquier.

En el ascensor ella oyó en su mente gritos inarticulados, como el chillar de miles de millones de cositas pequeñitas que agonizaran en una especie de coro desconcertado. Estaban desconcertados. sí. Y muriendo en masa.

Llegaron al hall y salieron del edificio. Ella miró hacia arriba y vio la planta ardiendo. El incendio se propagaba a todos los pisos. Las esporas que la rodeaban parecían en shock y caían al suelo, como si la muerte que estaba ocurriendo allí arriba las afectara de alguna manera y las hiciera morir también.

Entraron en el coche. La estructura del enorme rascacielos no aguantaría por mucho tiempo. Se alejaron del lugar.

César miró a Ameila.

"Ya me contarás lo que hemos hecho."

"Hemos detenido una invasión alienígena."

"Eso no me vale para el informe; esos tipos eran los que robaron las reservas de glándula pineal ¿No? Y los que han matado a toda la gente de mi comisaría. Tendrás que darme una explicación menos fantasiosa."

"¿En un mundo en el que los muertos caminan por las calles? Ya te lo contaré con pelos y señales."

Se alejaron del lugar. El fuego, mientras, estaba pasando por el aire, como las esporas, de un rascacielos a otro, arrastrado por el viento ululante. Estaba anocheciendo, y la enorme hoguera pronto iluminaría el horizonte de la ciudad. En mitad de una nevada de cenizas que recorría ya cientos de kilómetros.

Sin embargo, Amelia sabía que sólo había sido una pequeña victoria. Los hongos no se pueden detener tal fácilmente. Estaban aquí antes de que los humanos llegáramos, y tenían muchos recursos.

Y algo en su cabeza iba y venía. Una frase. Dos palabras: “demasiado fácil”.

47- Navidades Blancas.

Al día siguiente algo cambió en el mundo. Muchos zombies empezaron a suicidarse. Si podemos entender suicidarse a ser reventado por un hongo que tienes dentro y que te convierte en un charquito de aminoácidos pestilentes. El caso es que se empezó a tomar por suicidio lo que en realidad era una cosecha de energía por parte de los hongos. Por cada diez muertos aproximadamente, a través de un mecanismo que la física no podía comprender, una persona se disgregaba y bajo ella surgía un ser inmaculado, una figura fúngica blanca, formada por miríadas de esporas interconectadas.

Los hombres-hongo, que podían generar millones de congéneres que respondían a las órdenes de uno solo de ellos empezaron entonces una guerra.

Y los zombies infectados por los hongos se pusieron de su lado, controlados mentalmente por las esporas que les habitaban, en contra de los vivos. Aquellas batallas luego se llamarían La Guerra Cordyceps.

Amelia no pudo explicar a los gobiernos a tiempo lo que estaba pasando, que todo aquello, desde el primer día, no era sino una invasión alienígena perfectamente premeditada, y que los hongos que habían convivido con otras criaturas en la Tierra por millones de años no eran sino seres de otro mundo, que habían esperado pacientemente la llegada de los virus, sus gametos, que les permitirían cobrar inteligencia, voluntad, y deseo de conquista.

La guerra iba a ser desigual. Humanos mal armados contra zombies en estado de tropismo, siendo controlados por esporas de Cordyceps, una conciencia colectiva.

Era una guerra de extinción.

PARTE III

48- La Primera Guerra Cordyceps

Todo empezó una mañana fresca y soleada en la costa Oeste norteamericana. Un grupo de personas salía riendo de un conocido restaurante mexicano en Santa Monica, una de las ciudades del condado de Los Angeles. El local, llamado Lulla's, era uno de los más “in” de la ciudad, porque estaba atendido por zombies, y porque muchos platos tenían esencia de Higos del Diablo. Tolerado por las autoridades, el negocio de Lulla's ofrecía un leve “toque de riesgo” a las vidas de las estrellas de Hollywood. En el soleado patio interior del restaurante, los camareros, especialmente esqueléticos o elegidos por tener transformaciones corporales peculiarmente grotescas hasta para un zombie, iban y venían a toda prisa.

Nadie se fijó en lo que crecía en una esquina, de cómo en una de las paredes blancas del local, a medias decorada por un graffiti que representaba a la Santa Muerte, empezaron a crecer brazos, piernas, cabezas, y a salir inmaculadas figuras que caminaron entre los presentes.

Y poco pudieron hacer los clientes cuando aquellas formas, con una velocidad imparable, empezaron a deslizarse a sus pies, a ascender por sus piernas, y a entrar por sus cuerpos por el primer orificio que encontraron. Los Cordyceps no se encontraban demasiado bien en los cuerpos de los vivos, pero podían al menos acabar con ellos, mientras poseían los cuerpos de los camareros zombies. Y aquello fue sólo el principio. Los 33 muertos de Lulla's llevaron a varios centenares en el área de Santa Monica durante aquel primer día, y a una legión de zombies poseídos por el hongo que empezaron a robar armas automáticas en las comisarías de la zona.

Al día siguiente, una sábana de no muertos armados hasta los dientes corría por las calles de Los Ángeles disparando a todo ser vivo que se moviera. Las televisiones y medios informativos mostraban con datos contradictorios y confusión, pues los atacantes no mostraban intenciones de conquista, búsqueda de objetivos, ni reivindicaciones. Aunque pronto apareció un líder en los ataques, una mujer llamada Victoria, que pronto fue identificada como una prostituta zombie, más bien parecía un títere que apenas

balbuceaba unas consignas ininteligibles con el trozo de lengua que le quedaba.

Lo peor de todo era precisamente lo que Victoria representaba, que aquella extraña guerra que parecía tener como objetivo a los vivos, no tenía razones, ni ideología, ni política tras ella. Al menos aparentemente, era como una balsa de aceite que se iba extendiendo por el mundo poco a poco, sin otra razón aparente que el exterminio. Porque lo que había empezado en Santa Monica empezó a vivirse en otros lugares del planeta tan lejanos unos de otros como Ciudad del Cabo, Wellington, Toulouse, Oporto, Shanghai, Nueva Delhi, Lima, Buenos Aires, Casablanca o Munich.

En cada lugar simplemente los zombies enloquecían, se apoderaban de las armas disponibles y se dedicaban a exterminar todo ser viviente a la redonda.

Lo que la gente no veía era el proceso que sufrían aquellos zombies que poco a poco iban siendo cubiertos por una leve capa de lo que parecía un vello blancuzco, pero en realidad era una pelusilla de hongos que tomaban el control de sus cuerpos y sus almas, si es que en un zombie había tal cosa.

49- Una casa en la Playa

Amelia tenía que decidir qué hacer. César tenía una casa en la playa, y se dirigieron al lugar. Había que planear una estrategia. Decidir un camino, comunicar con quien pudiera tomar decisiones. Gracias a las gestiones de César, Amelia había sido reconocida como la primera persona que se había enfrentado a los hongos Cordyceps, y había pasado unas semanas de entrevistas, invitaciones, encuentros con gobernadores y embajadores, y había sido aceptada socialmente. Pero todo había sido eclipsado por las violentísimas acciones zombies que se producían en todo el mundo. Al mismo tiempo, aquello tampoco ayudaba nada a la causa de normalización de las relaciones entre vivos y no muertos.

Los hongos, pensaba Amelia, no eran tan inteligentes como parecía, y sus estrategias parecían carecer de espíritu de engaño, o de dobles intenciones. No sabía cuánto tardarían en aprender esas arteras artes de sus rivales humanos, pero lo mejor era no dar tiempo a que ocurriera.

Los medios de comunicación se ocupaban de la invasión profusamente; empezaron a aparecer realities que seguían a las tropas de defensa, y los debates en los canales hervían en teorías sobre la relación entre Cordyceps y zombies. Aquellos hongos que invadían a los zombies, los dirigían como a títeres y los convertían tras una fase en que quedaban reducidos a caldo de proteínas en unas esbeltas criaturas blancas tenía tanto poder evocador que los cultos y religiones no tardaron en adorar a los seres hongo como mensajeros de la divinidad que venían a anunciar el final de los tiempos, puesto que el hecho de que los muertos se levantaran de sus tumbas llevaba ya tiempo ocurriendo.

Millones de seres hongo acababan ocupando ciudades enteras que eran limpiadas previamente por hordas de zombies sin control de sus voluntades. Las calles se llenaron de seres blancos, a los que las gentes, vivas o no, miraban con extraña veneración e inequívoco pavor. Las criaturas no podían comunicar con los humanos, se intentó algo con expresión escrita o con lenguaje de signos, pero aquellas colonias de hongos no eran capaces de entenderse, o no querían hacerlo. Sólo Amelia conocía sus pensamientos. Aunque

desde su encuentro con ellos, habían mantenido un completo "silencio de radio" con su mente.

Victoria y los suyos hicieron varios intentos de negociar con un representante de las Naciones Unidas, mientras la Guerra Cordyceps se extendía por el planeta y los seres humanos eran convertidos en amasijos de carne muerta, sin posibilidad de resurrección. Un grupo de negociadores de la CIA concertaron un encuentro con Victoria y los suyos en un lugar secreto de California, donde la mujer apenas alcanzó a balbucear algo de que "sólo hablaría delante del jefe de todos los jefes". Tras una reunión urgente de la ONU, se encargó la tarea de negociar al Secretario General de la institución, un italiano llamado Rómulo diPalma.

Así que Victoria viajó a Nueva York y se sentó ante diPalma y los representantes del Consejo de Seguridad, para presentar sus condiciones.

En aquellos momentos, decenas de ejércitos eran diezmados por grupos celulares que sin la menor piedad exterminaban de forma sistemática barrios enteros en todas partes de la Tierra, desde el Ártico a Cabo de Hornos, en un asesinato masivo que estaba alcanzando en aquellos momentos a un 5% de los seres humanos vivos. Así que Victoria llegó con todo su poderío, se sentó ante los negociadores de la ONU, abrió la boca…

Y de ella salió una extraña forma blanca. Algo parecido a un gusano.

El gusano la rodeó y Victoria estalló, rezumando hongos por todas partes desde su interior.

DiPalma y los presentes no entendían nada. Entonces uno de los acompañantes de Victoria, un joven de aspecto no demasiado depauperado, habló.

50- El trato

El joven sin nombre había sido zombificado unas semanas antes, al salir del instituto y ser atropellado por el coche que conducía un profesor. Este, aterrorizado por lo sucedido, llevó al joven agonizante a una clínica de zombificación, donde los casos sin esperanza eran "curados" por el sencillo procedimiento de convertirles en no muertos. Pagó los 400 dólares que costaba el proceso, y el joven sin nombre salió por su propio pie de la clínica, volviendo a casa de sus padres, que nunca tuvieron tiempo de darse cuenta del cambio, ya que en pocos días las hordas zombies arrasaron su casa y el joven sin nombre se adhirió a la masa asesina que estaba exterminando a los vivos.

Así que el joven sin nombre, cuya estructura cortical estaba menos dañada que la de Victoria, y conservaba su lengua, explicó lo sucedido. Contó a los miembros del Consejo de Seguridad que en aquel momento las hostilidades se estaban deteniendo en todo el planeta como prueba de sus buenas intenciones, un dato que pronto fue confirmado. El joven sin nombre reveló que la civilización de seres de base fúngica que en la Tierra se conocía como Cordyceps no estaba detrás de aquellos asesinatos en masa, sino todo lo contrario; habían decidido detener aquella masacre poseyendo a los no muertos. Así, los zombies que se habían mostrado hostiles, a causa, según el joven sin nombre, de una mutación del Zombivirus que sólo afectaba a los no muertos, en aquel momento estaban siendo convertidos en "hongos", criaturas formadas por miríadas de esporas que conformaban una estructura parecida a la humana.

Los miembros del Consejo de Seguridad se lo tragaron todo. El joven sin nombre les contó también que él mismo estaba invadido por los hongos, lo que le había curado del virus mutado que convertía a los zombies en asesinos, y que el fin de las hostilidades por parte de los zombies obedecía a una toma de control de sus cuerpos por parte de aquellos generosos hongos, que estaban en aquel mismo instante devorando los cuerpos de los no muertos y creciendo dentro de ellos para generar nuevas criaturas. El problema es que una vez nacido un ser-hongo del interior de un zombie, no podía comunicarse con los seres humanos, vivos ni

muertos, por lo que el joven sin nombre informó a los presentes que mantendría su forma actual para ser el interlocutor oficial de aquellos recién llegados.

51- Pax Romana

El caso era que en todos lados, los zombies enloquecidos que horas antes habían estado masacrando a infelices vivos en las calles de las grandes urbes del mundo se habían detenido como si alguien hubiera presionado un interruptor mágico. Todos a la vez, en una coreografía sobrenatural, habían arrojado sus armas, y se habían disuelto, convirtiéndose en criaturas blancas, de rostros inmaculados que dibujaban algo parecido a sonrisas, y que se limitaban a pasear por las calles, sin rumbo aparente.

Las noticias extendieron lo ocurrido en la Sede de la ONU, y la explicación oficial, que los zombies habían enloquecido a causa de un virus, y que las esporas de Cordyceps habían detenido su locura asesina, fue generalmente aceptada sin discusión.

Después de todo, poco se podía hacer, excepto constatar que la violencia exterminadora se había detenido y que la paz volvía a las calles.

Los zombies no afectados por la locura asesina fueron los que pagaron el pato. Se inició inmediatamente una política de apartheid en todo el mundo, que llevó a los zombies a enormes campos de concentración, en lo que se llamó “la cuarentena de los 3 meses”, temiéndose otro brote de la misteriosa variante mutante del Zombivirus.

Y se pusieron de moda las criaturas de blanco que estaban por todos lados, que caminaban por las calles día y noche, que no interactuaban con los vivos y que parecían vivir en un estado de calpa perpetua, de nirvana eterno.

Amelia sabía perfectamente que todo aquello era mentira, y que los hongos habían aprendido arteras estrategias de engaño. Le sorprendió que aprendieran tan pronto.

Al final de “la cuarentena de los 3 meses” los zombies volvieron a las calles, al menos en los países más desarrollados, y se reintegraron a sus puestos de trabajo. Poco a poco se fue olvidando la locura ocurrida unos meses atrás. Muchos zombies iban convirtiéndose discretamente en criaturas blancas, pero el proceso era lento y sutil.

Surgió entonces una fiebre pasajera por volverse zombie, ante la

perspectiva de convertirse después en uno de aquellos seres inmaculados. Varias sectas apocalípticas comandaron aquella locura, que duró unas semanas, pero supuso la zombificación de al menos 40 millones de personas en todo el mundo. Una ola de desinformación dio la vuelta al planeta. La gente no entendía la realidad de la situación. Ni la gente, ni sus gobernantes.

Amelia fue una de las principales activistas contra los Hongos; utilizó todo lo que estuvo en su mano para desacreditar la versión oficial, en medios de comunicación, blogs, twits, snerls, coloquios, artículos de opinión y presión política. Porque Amelia sabía perfectamente cuales eran las intenciones de aquellos seres blanquecinos. El único objetivo de aquellas esporas era reproducirse, y lo hacían con gran eficiencia sobre los zombies. Habían conseguido que los habitantes vivos de la tierra aceptaran tranquilamente el fenómeno y, a través de un retorcido plan, que muchos vivos pasaran a hacerse zombies con el deseo de convertirse en aquellas figuras blancas.

Nadie sabía lo que le pasaba a un zombie cuando era devorado por los hongos y desaparecía, digerido por sus diminutas esporas. Y nadie se lo quería preguntar. Después de todo los vivos temían a los zombies desde siempre, y verles desaparecer poco a poco no era una mala noticia.

En el borde de la conciencia de Amelia varias preguntas llevaban rondando sin atreverse a aflorar del todo, por semanas: Por qué los hongos no se estaban comunicando con ella. Por qué no estaban controlándola como hacían con el resto de los zombies que habían iniciado revoluciones en todo el mundo.

La respuesta apareció clara ante ella.

52- Inmune

Los robos de “higos del diablo”, los mensajes en su cerebro, el encapuchado al que tuvieron que seguir para encontrar al líder hongo en el rascacielos… Los hongos no podían controlarla. Ella había tomado linfa con glándulas pineales disueltas. Los “higos del diablo” inmunizaban a los zombies de las órdenes de los hongos. Por aquella razón los hongos estaban tan interesados en robar cuantos más cargamentos de glándulas pineales mejor. Así que aquella era la respuesta. Ella era inmune y a la vez era la única persona que podía escucharles, interferir sus pensamientos. Podría hasta espiarles. Pero para hacerlo necesitaba estar cerca de la mente hongo, y desde hacía mucho tiempo notaba perfectamente que la mente de aquellas criaturas estaba demasiado lejos, fuera de su alcance.

Al tener la conversación con el hombre-hongo en el edificio abandonado, Amelia había archivado en silencio parte de la memoria colectiva de aquellos seres. Su mente le permitía hacer cosas asombrosas. Ahora necesitaría buscar en los archivos de su cerebro algo, un punto débil, un secreto bien guardado, que la permitiera dirigir un contraataque. Porque ella sabía perfectamente que aquello no había terminado.

El tiempo iba en su contra. Pero por de pronto sabía que un centro de pensamiento dirigía en aquel momento la conciencia hongo, y localizarlo y acabar con él podría causar gran daño al enemigo. Incluso detenerlo para siempre. El problema era averiguar dónde estaba aquel centro de pensamiento.

De una mujer aplastada por un marido necio al que se había comido, había pasado a estar muerta, a desnudarse y pelear en una barra americana para zombies y a ser finalmente la última esperanza de supervivencia de la humanidad.

No estaba mal.

53- Estado de duda

Amelia explicó a los medios de comunicación su capacidad única para comunicarse con los hongos, y los beneficios de los "Higos del Diablo", y el tráfico de glándulas pineales volvió a florecer. El joven sin nombre se había atrincherado hábilmente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y sería difícil convencer a los Estados miembros de que las intenciones de los hongos no eran todo lo buenas que parecía, y que su paz sólo era parte de un plan de exterminio.

Así que Amelia sin darle más vueltas se cogió un avión a Nueva York y se plantó ante la Asamblea General de las Naciones Unidas luciendo sus acreditaciones de salvadora de la humanidad, e intentó despejó las dudas sobre las intenciones de aquellas criaturas inmaculadas. Sus frases aún se estudian en los libros de Historia Zombie.

"***He venido aquí para mostrar al mundo la verdadera cara de estos falsos amigos que afirman que han venido a ayudarnos y nos han separado de vosotros, los vivos. Desde que empezó toda esta nueva era, ha sido complicado convivir y más aún comprendernos. Yo misma experimenté el shock de pasar a ser una zombie un buen día. Simplemente me desperté, salté de la cama y mi corazón estaba parado, pero yo seguía caminando. Es imposible de explicar para quien no lo haya vivido, y eso nos convierte en gente diferente, ya no somos lo que éramos. Es como si hubiéramos nacido de nuevo. Precisamente porque he pasado por eso, y porque por algún azar, he tenido acceso a lo que se ha llamado "Higos del diablo", puedo escuchar la voz interior de los que afirman haber salvado a la humanidad viviente de la humanidad que no está viva. Sé cuales son sus planes. Y os puedo asegurar que os mienten***".

El discurso tenía su parte de farol; Amelia no oía en su mente las voces de los Cordyceps desde hacía mucho tiempo, pero tenía una corazonada y sus corazonadas no fallaban. Se armó un tremendo revuelo en la Asamblea General que aún se recuerda. Los gritos de muchos de los representantes presentes, todos ellos vivos -la "cuarentena" de los tres meses había terminado hacía poco y

muchos zombies habían sido expulsados de la carrera diplomática; se tardaría años en recuperar la integración zombie previa como es bien sabido- llenaron el lugar. Desde los alemanes, que exigían la expulsión de aquella "enferma mental, representante de lo peor de los no muertos" a los coreanos del Norte que querían abrirla en canal para estudiar sus supuestas capacidades de comunicación con el colectivo hongo, pasando por el joven sin nombre, que, desde su asiento del llamado "Raza-Estado Hongo no Asociado" exigía una retractación.

Sin embargo, DiPalma, y dos países con derecho de Veto pidieron que Amelia pudiera seguir su discurso. Y el resto es historia.

"***No he venido a mostrar nada que no sospechéis ya. Ese virus mutado que enloquece a los de mi condición no existe, o al menos no existe como os han hecho creer. No nos controla ni nos vuelve locos, es el zombivirus de siempre. No, son las propias esporas de Cordyceps las que han controlado a los de mi especie para que os asesinemos en masa. Invadiendo nuestros centros neuronales, pueden controlar nuestra voluntad y convertirnos en marionetas. En realidad lo que quieren es reproducirse, y para hacerlo necesitan nuestros cuerpos. Y sólo los nuestros. Por eso necesitan tenernos cerca, para poder saltar de unos cuerpos a otros, por lo que los campos de concentración de zombies les han venido estupendamente. Y para poder crecer dentro de todos los no muertos que puedan necesitan que la mayor cantidad de vivos posibles quieran convertirse en zombies. Todos, en mayor o menor medida, hemos sido los títeres de esas diminutas esporas. Piensan como un gigantesco cerebro colectivo, sus plantes se organizan mediante constelaciones de trillones de neuronas en un gigantesco cerebro colectivo que ocupa algún lugar del planeta. Saben cómo somos, piensan más rápido que nosotros, y quieren multiplicarse. Eso es lo único que quieren al final; toda su estrategia está destinada a la reproducción. Como muchos parásitos, que atraviesan diversas formas y siguen caminos increíblemente retorcidos dentro de los cuerpos de sus huéspedes, así los hongos están intentando convertir este planeta en un gran cultivo, y sólo pueden crecer gracias a nosotros, los no muertos, y a la energía que contenemos, de alguna manera que no alcanzo a explicarme, pero no soy científica. Sólo he venido aquí a revelaros sus verdaderas intenciones, a desenmascararles como lo que son: unos agresivos conquistadores***."

Entonces Amelia señaló furiosa al Joven Sin Nombre.

"***Ese pobre chico ya no es quien dice ser. Los hongos le usan para hablar con vosotros, pues en su forma normal no pueden***

comunicarse. No tiene nada dentro, es una carcasa, un títere. Y os está mintiendo."

El joven sin nombre se abalanzó contra el atril donde Amelia arengaba a los presentes, y tuvo que ser reducido por varios Agentes de Seguridad. Se convirtió entonces en uno de aquellos seres blancos y se disolvió en el aire. Amelia pidió a gritos que se desalojara la sala. Las esporas de los hongos ahora estaban en el aire y serían respiradas por todos los presentes. Los hongos se hacían más y más inteligentes cuanto más volumen ocupaban en la Tierra, y a lo mejor se podían ya introducir en los cuerpos de los vivos. Cundió el pánico, fueron arrollados varios delegados y la sesión terminó en un clima de histeria general.

Pocos se dieron cuenta de ello en aquellos días, pero en aquella reunión se produjo el Cisma de Zanzíbar. La isla se estaba llenando desde hacía unas semanas de zombies desterrados por las políticas de apartheid de varios países, zombies que se habían hecho a la mar en diversas embarcaciones en sus países de origen o que simplemente se habían arrojado a las aguas y habían sido arrastrados por las corrientes, formando enormes balsas de cuerpos parecidas a las que forman las hormigas cuando se arrojan por millares a las corrientes de agua.

Usando esas peculiares formas se navegación los zombies iban convergiendo en la isla africana, donde varios meses después fundaron el Estado Zombie Independiente de Zomzíbar, un Estado que pronto causaría terribles problemas a toda la Humanidad, problemas que Amelia resolvería en su día. Pero eso es otra historia…

54- Estado de Pánico

Los Estados en duda se alinearon ante las revelaciones de Amelia en su legendaria conferencia y la ONU declaró la guerra a los Hongos y a los Zombies que el colectivo hongo podía controlar, que en realidad eran potencialmente todos.

Aquello reforzó el apartheid zombie en muchos países, especialmente en aquellos en los que ni los derechos humanos ni los derechos zombie estaban especialmente desarrollados.

Por otro lado, el prestigio de Amelia tras su histórico discurso se disparó, y la ONU la nombró casi inmediatamente Delegada del Asunto No Muerto, en sustitución de los Consejeros Zombie que habían sido expulsados durante la Cuarentena de los tres meses.

Ella alquiló un apartamento en Nueva York, cerca de Central Park, donde se trasladaron César y su hijo.

Sí, su hijo. Emilito.

55- Emilito II

No era exactamente el mismo, pero ella le había dado el mismo nombre. Desde la muerte del crío, Amelia se había sentido vacía, rota, deprimida. En aquellos tiempos perder un hijo seguía siendo tan doloroso como antes. César sabía lo difícil que era para ella; el niño estaba en su mente en todo momento. Habían intentado que ella se quedara embarazada repetidas veces, sin éxito aún, aunque los médicos les habían dado esperanzas; no era raro el caso de embarazos en parejas mixtas. Pero César decidió hacerle un regalo un buen día a Amelia.

Al principio ella lo odió. Le pareció una especie de esclavitud que le trajo malos recuerdos de otros tiempos en los que ella había sido tratada como mercancía, pero luego acabó aceptando; las reglas de lo que era bueno y lo que no lo era tanto estaban cada vez más difuminadas en aquel mundo de vivos y no mueros. Emilito II era un crío que César había adoptado en un orfanato de críos zombies que estaba a punto de cerrar. El crío era precioso, estaba sano para ser un zombie, y la enfermedad de la no muerte apenas se le notaba. Aquello no era una compra de esclavos, ni un regalo. César quería que Amelia recuperara de alguna forma a su hijo. No le buscó un crío sano, le buscó un crío zombie. Ella se lo agradeció. Emilito II era precioso, bondadoso, tranquilo, y de un sorprendente parecido con el primer Emilito que se había disuelto en un charco de aminoácidos. Pronto el crío fue aceptado en el pequeño núcleo familiar.

Así, la vida vida transcurría plácidamente para Amelia y “sus dos chicos”, como solía llamarles, en medio de grandes medidas de seguridad, y su apartamento pronto fue equipado con medidas antiesporas, filtros micrométricos y otros artilugios de defensa pasiva anti hongo que se estaban extendiendo rápidamente por el mundo.

Los Hongos, que habían cerrado desde hacía mucho tiempo toda comunicación con Amelia, mantenían un absoluto mutismo, que fue interrumpido por un claro mensaje, una soleada mañana de mayo.

56- El día en que Central Park ardió

La bomba estalló en mal momento y en la esquina equivocada. Estaba claro que los hongos aún no controlaban bien el mundo exterior, y sus simulacros de cuerpos humanos blanquecinos no veían ni oían bien. Toscamente, habían infiltrado a varios de los suyos, disfrazados para ocultar su condición fúngica, en una empresa de transportes, y habían preparado un camión-bomba que portaba varios cientos de kilos de TNT mezclado con napalm. Cuando el vehículo se detuvo a tres manzanas y media del apartamento de Amelia, bajo un edificio muy similar al que ella habitaba, explotó.

La deflagración arrasó un radio de 250 metros alrededor del lugar, mató a 3800 personas, e inició un incendio que redujo Central Park a cenizas. El Napalm rebotó en las paredes de los edificios y llovió fuego sobre el parque, convirtiendo a sus tranquilos visitantes en dantescas esculturas calcinadas que recordaban por sus posturas atormentadas a las de Pompeya.

Es más, aquel día aciago fue revivido por un grupo contemporáneo, Dark Doyds, en un disco conceptual titulado precisamente Central Pompeii, que se vendió mucho en aquellos años. Luego lo convirtieron en un musical, 20 años después. Aún están de gira. Los actores son zombies, y algunos llevan décadas interpretando los mismos papeles. Pero eso también es otra historia…

El caso es que el atentado fue atribuido a un extraño Movimiento Zombie por la Liberación Fúngica, que pronto fue identificado por un grupo de miembros del colectivo hongo enviados en misión suicida - si es que puede entenderse como suicidio la inmolación de unos organismos que no son sino extremidades con apariencia humana de una gran mente colectiva-.

Un par de atentados más contra la vida de Amelia, llevados a cabo por hongos que se pintaban toscamente para semejar estar formados por piel humana y un par de zombies poseídos por los hongos, atestiguaron para los pocos incrédulos que quedaban que Amelia estaba resultando molesta a alguien.

Los Hongos se hicieron mucho más agresivos entonces y

empezaron a invadir los cuerpos de los zombies de forma masiva, sin disimular. Ya no hacía falta, sus planes estaban patas arriba.

Se desató una nueva cuarentena fúngica mundial, se volvió a confinar a los zombies en campos de concentración -de exterminio en algunos países- y se llamó a los ejércitos, formados en su mayoría, paradójicamente, por no muertos, inmunizados con glándulas pineales, para que incineraran a todos los Hongos que encontraran.

Las patrullas iban por las ciudades con lanzallamas, quemando cualquier lugar que tuviera señales de estar invadido por los Hongos.

57- Magnicidio

Calvin D. Gilliam nunca había sido plato de gusto para los medios más conservadores. Primero, porque era el primer Presidente abiertamente gay, que convivía sin ocultarse con su pareja, el comediante Rob Ramos -a quien llamaba jocosamente "el primer caballero"- en la Casa Blanca, y segundo porque se había convertido en zombie, y desde su conversión, la campaña anti Gilliam arreció. No sólo el Tea Party lo había convertido en objeto de sus puyas más crueles, sino que él mismo había creado un género humorístico, el gayz, o chistes sobre zombies gays.

Gilliam era un buen tipo, pero su pecado original era ser demócrata, y estaba por ampliar los derechos homosexuales, el derecho al aborto, la educación pública, la sanidad… esas cosas que tanto molestan a los más amigos del liberalismo. Y desde su llegada al mundo zombie, entre sus causas se habían iniciado varias Actas Zombie que defendían en términos de discriminación positiva a los ciudadanos no muertos. Aquello ponía furiosos a los conservadores, y varios predicadores del Cinturón Bíblico habían olvidado el humor gayz y habían pasado a pedir su cabeza.

"Vale que los zombies no pueden morir, pero también si los reduces a papilla o a polvo, el resultado es el mismo", había indicado el Predicador Parker Jones, uno de los más seguidos, sobre su presidente.

Y algunos le tomaron la palabra. Lo asombroso es que fue un grupo de activistas zombies del Sur, los Hijos de la Pradera, los que decidieron llevar a cabo la reducción a polvo de un Presidente.

La operación fue tan demencial que aún hoy en día se plantean dudas de si no existió uno o más topos en la misma Casa Blanca abriendo paso a aquellos hillbillies microcéfalos a los que faltaban miembros, y la más mínima inteligencia para plantear un asesinato presidencial. Pero el caso es que, enardecidos por los discursos ultraconservadores, cinco zombies de tierra adentro se acercaron un día por Washington, un día en el que desgraciadamente el Presidente Gilliam tenía prevista una rueda de prensa en compañía el presidente de los Estados Federados de Cuba en los jardines exteriores del edificio más emblemático del DC, y mientras posaba

para unas fotografías, simplemente le lanzaron tres bombas incendiarias caseras. La primera no explotó. La segunda quemó la cámara y el trípode de un ENG de Fox News, y la tercera dio de lleno al primer presidente zombie de la historia. Gilliam, cubierto de gasolina, corrió pidiendo ayuda. Rob Ramos, que asistía a la rueda de prensa desde una discreta distancia corrió a socorrerle. Pero entonces explotó el resto de la bomba, reduciendo al presidente a un amasijo de carne chamuscada.

Los Hijos de la Pradera pasaron el resto de su día en el DC de paseo, emborrachándose, y contando su hazaña a todo el que quiso escucharles, hasta que fueron finalmente detenidos.

Así terminó la vida del principal luchador contemporáneo por la causa zombie. El retrato de Gilliam, junto con los de los demás presidentes norteamericanos decoran actualmente los pasillos de la Casa Blanca. El de Gilliam le muestra sonriente, de la mano de Ramos, su "primer caballero", y tiene en una esquina un extraño objeto pintado usando la técnica de la anamorfosis, como el en famoso cuadro Los Embajadores de Hans Holbein el Joven. Desde una determinada posición se ve perfectamente cómo la imagen ilegible desde la visión frontal del cuadro es un zombie con las ropas desilachadas y actitud respetuosa.

Los Hijos de la Pradera fueron inicialmente condenados a muerte, pero ésta se conmutó a cadena perpetua. En la cárcel fueron despedazados por varios internos en venganza por sus actos. Los restos nunca aparecieron, pero se comenta que debieron ser extraídos de la cárcel en discretos paquetes y enterrados por todo el país, toda una tortura para un zombie que nunca puede morir, quedar esparcido por varios Estados.

58- Fama y Fortuna

Una mañana Amelia recibió una llamada del Consejero de la FAO para Asuntos Zombies, un no muerto de origen guineano, D ´hubba Matteo, que le ofreció directamente el control del tráfico de glándulas pineales hacia y desde los Estados Unidos de América.

La FAO necesitaba quitarse de encima un comercio tan problemático y el Comité había decidido por unanimidad ponerlo en manos de Amelia. Ella miró a César que asintió de inmediato. Al día siguiente se firmaron los acuerdos.

Amelia y César acabaron controlando el mercado mundial de "hígados del diablo" y pasaron a ser una de las parejas "mixtas" más ricas del mundo.

Si desde su entrada en la ONU Amelia era una auténtica estrella mediática, desde aquel momento ella y César se convirtieron en la pareja más buscada por los paparazzi, y su pequeño Emilito II en el eterno niño acosado por la prensa.

La desgracia de ser zombie para un crío es que no creces, ni maduras, no te haces mayor. Vives eternamente como el crío que eres. Y el pequeño resultó llevar muy mal el acoso de las cámaras.

Un buen día, castigado sin cenar, Amelia olvidó lo que el hambre puede hacer sobre un zombie, y su hijo, al día siguiente, sin haber desayunado, se lanzó sobre un molesto fotógrafo de una revista de cotilleos, y le arrancó los dos brazos de sendas certeras mordidas. El infeliz murió desangrado mientras el crío saboreaba con felicidad los brazos arrancados. El juicio fue rápido y el crío fue dado por inocente. Amelia se podía pagar los mejores abogados, y dio una considerable indemnización a la viuda e hijos del fotógrafo devorado.

Las imágenes del cruento ágape infantil nunca fueron publicadas.

59- La Segunda Guerra

Y estalló la Segunda Guerra Cordyceps. Los hongos iban a vender cara su vida colectiva, y los ejércitos de todo el mundo, bajo el comando de los Cascos Azules, iniciaron una guerra de "tierra quemada", en la que esta vez las víctimas eran los hongos. Se creó nueva tecnología de eliminación fúngica, y se desarrollaron plantas de fabricación masiva gracias a la mano de obra zombie esclava que el apartheid había traído consigo.

Amelia observaba desde su apartamento en un Central Park ahora quemado y reducido a cenizas, cómo los suyos eran esclavizados, aunque en la guerra su comportamiento era heroico, pero el temor a que pudieran ser poseídos por los hongos era superior a todo lo demás.

Y mientras la guerra ascendía hacia el norte de Europa y de América, millares de zombies partían por tierra, mar y aire, en peregrinaciones penosas, en éxodos titánicos, formando balsas de cuerpos sobre las que los líderes increpaban a los sumergidos para que impulsaran la balsa que ellos mismos formaban con el batir de sus miembros, hacia la isla soñada del Zomzíbar, donde se hablaba de una República Zombie legendaria en la que los no muertos amantes de la libertad podían vivir en paz.

Los Cordyceps iban siendo peores estrategas a medida que se les exterminaba, ya que cada célula de su metaorganismo eliminada era una reurona menos de la mente colectiva. Pero estaba claro que en algún lado ocultaban su cerebro central. Algunos calculaban que si el ritmo de conquista de las tropas unidas seguía a aquel ritmo, en menos de 5 meses el número de hongos autónomos sería tan bajo que perderían la conciencia de sí mismos. Porque ese había sido el problema, según había descubierto el Dr. Arandria en la Universidad Independiente de Zomzíbar, quien, tras la creación de un sistema informático neural de simulación pudo averiguar que los hongos habían crecido espontáneamente durante millones de años sobre la Tierra pero que sólo habían sido capaces de pensar por sí mismos una vez que tuvieron el suficiente volumen, la suficiente cantidad, como para poder sostener una autoconsciencia. El Simulador Hongo de Arandria puso a Zomzíbar en el mapa, y la

gente hablaba con respeto de la utopía zombie que se estaba desarrollando en aquella remota isla africana. Secretamente muchos jefes de Estado miraban con alivio la emigración zombie que partía a diario desde las costas hacia aquella arcadia de cadáveres ambulantes.

Amelia sabía que toda aquella simulación no servía para nada. Ella se había enfrentado a los hongos y sabía que en algún lugar tenían su cerebro, oculto, bien protegido de los ataques humanos.

Las Tropas Zombie, tratadas con dureza por los mandos militares demostraban a diario una capacidad de sacrificio sobrecogedora, a pesar de tener que llevar unos engorrosos trajes aislantes que les protegían de ser poseídos por las esporas fungosas. Muchos de aquellos soldados zombie se inmolaban a diario para salvar la vida de sus compañeros vivos, y se ganaron el respeto de los generales. Los pechos de los no muertos relucían en condecoraciones, y su capacidad de exterminio fúngico era asombrosa. Se diría que era algo personal.

Efectivamente, así era. Cuando una forma de vida con la que no tienes nada que ver, con la que no puedes ni comunicarte, ha exterminado a los tuyos, ha puesto a tu especie en contra de la especie dominante en tu planeta y te ha condenado al ostracismo, la rabia viene sola. Las Tropas Zombie no necesitaban arengas ni cantos marciales. Iban a por todas, a arrasar a aquellas cosas blancas que parecían ángeles pero que encerraban un deseo exterminador nunca imaginado por hombre alguno, vivo o no muerto.

60- La Patria Hongo

Nadie esperaba el descubrimiento de aquel espacio enorme ocupado exclusivamente por hongos. Bien era verdad que desde hacía meses no había noticias de la Serenísima República de San Marino, un territorio europeo que podía presumir de ser la república más antigua del mundo, y luego de toda Italia. Cuando las Tropas de Liberación bajaron los Alpes italianos se encontraron con el centro neurálgico de la invasión hongo. En San Marino e Italia no quedaba nadie. No había personas ni zombies. Nada.

Los hongos allí habían evolucionado para poseer también a los vivos, por lo que los primeros soldados no protegidos con los uniformes que sólo llevaban los zombies cayeron enseguida reventados por los hongos que en cuestión de segundos crecían en su interior y les hacían explotar como odres llenos.

Las tropas vivientes tuvieron que volver Alpes arriba, en dirección a sus bases de Suiza, donde esperarían trajes estancos como los que llevaban sus homólogos zombies. Mientras tanto, los no muertos se adentraron en la Italia convertida en la mente central de los hongos: una vasta estructura parecida a una tupida tela de araña cubría todo el país de una capa de más de 10 metros de alto. Era fácil romperla, pues su estructura era sumamente delicada, pero bajo ella no había nada. Literalmente. Los hongos habían usado todos los recursos sobre la tierra italiana para absorber la energía suficiente que les permitiera desarrollar aquella titánica estructura. Y habían secado bosques, exterminado animales, y convertido toda la península italiana en un gomoso desierto cubierto de una capa blacuzca.

El odio al color blanco, que se había extendido ya entre las gentes, tuvo su origen popular en aquella sábana blanca repugnante que los soldados zombies empezaron a quemar una tarde de un caluroso agosto.

61- En casa

Amelia por su parte se informaba por la televisión y las noticas que llegaban vía Internet de la guerra, pero tenía otra guerra en casa. Emilito II se había aficionado a la carne humana. El llamado "síndrome del zombie caníbal" había sido descrito años atrás por varios psicólogos behavioristas, y correspondía casi milimétricamente con el zombie típico que salía en las películas: ansia irrefrenable por comer carne humana, no de otros zombies, sino de seres humanos vivientes. El síndrome lo sufría uno de cada mil zombies, y era incurable, esto es, terminaba con la eliminación física del no muerto. Era una pésima noticia que Emilito II padeciera la enfermedad, pues, aunque Amelia y César tenían una posición más que desahogada, aquello obligaba a Amelia a hacer cosas que nunca hubiera hecho en otras circunstancias, como traficar con personas para que el crío comiera.

Aunque varios empleados a suelto hacían el trabajo sucio, la labor de mantener en casa a una persona viva a la que se le iban eliminando partes para alimentar al crío era algo profundamente desagradable. No sólo por los gritos, que obligaron a aislar acústicamente varias habitaciones de la casa antes de que a uno de los hombres de servicio se le ocurrió algo tan simple como una sencilla operación de extirpación de cuerdas vocales, sino sobre todo por el cargo de conciencia, que Amelia no soportaba, de tener en casa a una persona viva que se iba matando poco a poco.

Ello llevó a Amelia a tomar una medida liberadora de culpa y a la par higiénica; tal era zombificar a las personas una vez habían sido despojadas de la mayor parte de sus miembros, y llevarlas a un asilo zombie para ricos muy cercano, situado al final de la Séptima Avenida. No era la mejor solución del mundo, pero al menos liberaba el peso sobre la conciencia de Amelia. En otros momentos de su vida, ella habría juzgado todo aquel tráfico humano como una atrocidad sin nombre, pero los tiempos eran salvajes, y en el fondo Amelia procuraba no mirar a donde no debía; otros se encargaban del trabajo sucio y ella prefería no hacer preguntas.

César lo tenía claro; si alguien quería saber su opinión, su solución al problema sería la eliminación total del crío. Emilito II

había sido idea suya después de todo. Y para él nunca había pasado de ser una especie de mascota sustitutiva. Pero para Amelia era algo más, una especie de segunda oportunidad de hacer las cosas bien. Aunque aquello estuviese causando un tremendo dolor a personas inocentes… y un gasto exorbitante.

Una noche, tendidos ambos en la cama, tras hacer el amor, tuvo César el valor de preguntarle a Amelia si había pensado en alguna posibilidad similar: terminar con Emilito II y así solucionar todo el asunto. Ella, para sorpresa de César, le confesó que casi todos los días se lo planteaba; no quería volver a repetir el hecho traumático de perde a un hijo, aunque éste fuera un postizo, había pasado a jugar un papel de sustituto emocional del pequeño desaparecido. Pero entonces se quedó unos instantes en silencio, y miró a César con unos ojos desorbitados.

"Esos hongos… esos hongos están llenos de conciencia… de conciencia ¿Entiendes?"

César confesó a Amelia que no entendía una palabra.

"No… no van a poder exterminarlos, han usado la imposibilidad de apagar nuestra consciencia… lo que nos pasa a los zombies, vas cortándonos trozos, y hasta el último átomo tiene nuestra conciencia… eso… eso abre posibilidades interesantes…"

Ella mostró el libro que había estado leyendo aquellos días: "Terminar con todo, manual de suicidio zombie", un best-seller que mostraba cómo acabar totalmente con un zombie, algo aparentemente imposible, pues la conciencia zombie nunca desaparece, a no ser… a no ser que el zombie desee cesar de existir, con todas sus fuerzas.

El libro proponía técnicas que mezclaban yoga con meditación budista que permitían la extinción total, la paradójica muerte del no muerto. La anhelada desaparición total que millones y millones de zombies despedazados no podían alcanzar. Aquella lectura fue fundamental para Amelia y para los sucesos que ocurrirían días después.

62- Lobotomía

Mientras tanto, en Italia la II Guerra Cordyceps seguía su actividad de conquista imparable. Los soldados vivos habían tenido acceso a los trajes aislantes, y los soldados zombies abrían camino a sangre y fuego quemando hectáreas de aquella estructura repulsiva en forma de tela de araña que era la mente del colectivo hongo. Estaban lobotomizando al enemigo, y este chillaba de rabia en silencio.

Pero los hongos empezaron a defenderse, como era de esperar. La telaraña cerebral que había arrasado Italia un buen día empezó a fraccionarse, y criaturas de los aspectos más diversos, formadas de aquel extraño tejido, atacaron a los soldados.

Poco a poco el cerebro lobotomizado iba aprendiendo e iba generando sus propios "soldados" con formas más eficientes, concentrando el tejido del que estaba formado, dándoles más solidez, más patas sobre las que apoyarse, y generando finalmente una suerte de peones blancuzcos y sucios por la tierra sobre la que se asentaba la masa fúngica tan extraños que nunca se había visto criaturas semejantes sobre la Tierra, pero letalmente eficientes. El fuego les hacía daño, pero eran rápidos, y letales.

Así que los soldados, vivos y zombies, envueltos en sus trajes protectores, encontraron una resistencia feroz cuando entraron en Roma, una Roma cubierta por una pátina blanca, resistencia a la que se sumaba la de los soldados que sufrían perforaciones en sus trajes y en pocos segundos eran poseídos por las esporas del hongo que pasaban a controlarles.

Cada vez menos soldados avanzaban, y cada vez lo hacían más lentamente. Las llamadas desesperadas por refuerzos a los Cascos Azules eran respondidas lentamente, ya que el frente era universal.

Estaba claro que la lucha en Italia era fundamental, y se enviaron tropas paracaidistas de refresco a la zona romana, combinadas con el desembarco de cien mil hombres y zombies por el sur italiano. Ahora el frente era doble: los que avanzaban hacia el sur, y los que ascendían hacia el Norte. Avanzaban inicialmente apenas unos 300 metros al día, por la salvaje resistencia del tejido fúngico.

Varios destacamentos secretos tomaban muestras de aquel tejido multiforme, pues algunos países en seguida adivinaron un excelente uso potencial como arma agresora.

63- Cuidado con el niño

Amelia asistía a la gran batalla final que estaba extirpando literalmente el cerebro de la bestia hongo a través de la televisión. En casa sus motivos de preocupación se dividían entre el voraz apetito de su hijo, que estaba engordando terriblemente ante la monstruosa ingesta de carne humana diaria que estaba viviendo, y el obsesivo pensamiento que se le había despertado unos días antes en el lecho conyugal. Qué estaría pasando en el interior de aquella mente colectiva que de alguna manera contenía los restos de la conciencia de millones de zombies utilizados por aquella estructura fungosa para crecer y multiplicarse.

Amelia despertó cubierta de sangre una buena mañana. No es normal despertarse así aunque fueras Amelia, y hubieras vivido todo lo que ella había pasado.

Si vives en un lujoso apartamento en Central Park rodeada de servicio y escoltas no acostumbras a despertarte empapado en la sangre de otro.

Se incorporó de un salto, adivinando que algo iba muy mal. El cuarto estaba lleno de restos humanos y la cama estaba repleta de vísceras. Amelia salió corriendo del dormitorio, y llegando al salón, siguiendo las manchas de sangre que tapizaban suelo y paredes, se encontró con Emilito II.

Gordo, rechoncho, desnudo, dormitaba en el sofá. Estaba cubierto de sangre. A su lado, lo que quedaba de la última víctima que había sido entregada a su apetito; una joven de un barrio pobre que había escapado de su casa. Amelia tuvo arcadas, y mira que es raro que un zombie las tenga. Entonces se giró, pues por el rabillo del ojo le pareció ver un movimiento.

Era César. Estaba sentado en un sillón, cubierto de sangre, como ella. Le faltaba la mano derecha, y cubría el muñón con un grueso amasijo de tela atado con un torniquete improvisado. En su mano derecha, una pistola, una Desert Eagle, reluciente, nueva, decorada con pequeñas gotitas de sangre que parecían serigrafiadas. La miraba, sin expresión en los ojos. Como esperando.

En la cabeza de Amelia se compuso el puzzle y se giró hacia el crío. Caminó hacia él. El pequeño estaba sentado de tal forma que

le daba la cara, por lo que Amelia se movió alrededor del sofá, viendo al niño desde un lado. Entonces vio que el crío no tenía nada donde debería estar la parte trasera de su cabeza. El bulbo raquídeo era visible, y el inicio de la médula espinal. El resto estaba esparcido en la pared. Pequeños trocitos de mente zombie. Amelia se giró a César.

"Anoche entró en el dormitorio. Llevaba lo que quedaba de esa cría entre los dientes. Hay cosas que no se pueden consentir, Amelia. Al principio no tenía idea de disparar, pero la cogió con mi mano, aún debe de tenerla en el estómago. No, Amelia. Esto tuvimos que hacerlo hace mucho tiempo. Hay cosas que no se pueden consentir. Yo lo traje, yo me lo llevo."

Amelia no respondió. No pensaba en el lío de preguntas, la policía, la limpieza de la casa… majaderías. Pagarían a los hombres que les habían proveído de comida humana para el crío y lo limpiarían todo.

Sólo podía Amelia mirar los trocitos de la mente de su hijo esparcidos en la pared. Sabía que su hijo vivía dentro de cada uno de ellos, una consciencia perdida, sin ojos, sin manos, sin voz, en un solipsismo hueco, esparcido en una pared blanca.

Sabía que eso era lo peor de su maldición. La consciencia inmortal, indestructible, eterna. La imposibilidad de terminar, de apagarse.

Entonces, por primera vez en muchísimo tiempo, Amelia empezó a vomitar.

Se miró a si misma, jugando con el tiempo, rociando el suelo con unos vómitos negros formados por sustancias pútridas. Y decidió acelerar todo aquello… correr, correr…

Se levantó y entró en el baño. Se dio una ducha rápida, sólo para quitarse la sangre de encima.

64- Almas

Amelia salió de la ducha. Ante ella, César, con su mano cortada, seguía sentado en el sillón, y en el sofá, rodeado de trozos de la cría que se estaba comiendo en el momento en que César le saltara la tapa de los sesos, Emilito, descerebrado. Parecía un cuadro.

Entonces todo el puzzle se cerró en la mente de Amelia. Se acercó a César.

“Limpia esto. Vende el piso. Ya nos veremos.”

Eso fue todo. Salió del lugar, y se encaminó a la calle.

La recibió una suave brisa matinal. El sol salía tras los edificios al otro lado de Central Park. El aroma de la madera quemada del parque lo llenaba todo.

Y Amelia se apresuró calle abajo, en busca de un taxi.

Tenia que llegar a Italia lo antes posible. Por fin lo comprendía todo.

Antes de que fuera demasiado tarde.

65- Italia

Amelia llegó al recientemente recuperado aeropuerto Fiumicino de Roma unas 20 horas más tarde. Su camino en el casi día transcurrido había sido una sucesión de llamadas, carreras, una nueva ducha en las salas VIP del aeropuerto Kennedy para quitarse sangre que aún le manchaba el cabello, la compra apresurada de ropas para el viaje, y varias videoconferencias apresuradas desde su teléfono con el Secretario General de la ONU, el Presidente en funciones de los Estados Unidos (el vicepresidente Adrian López, que había abogado por los derechos de los zombies latinos y estaba de nuevo levantando las iras de los ultraconservadores) y los mandos de los Cascos Azules en el centro de mando de los Alpes.

Amelia intentó maquillar lo mejor que pudo el motivo de su viaje. Tenía que llegar al frente lo antes posible. Lo que ella sabía sólo podría verificarlo directamente con los hongos, hablando con ellos por comunicación telepática, algo que, que ella supiera, nadie, excepto ella, estaba capacitado para hacer en todo el planeta, y que sólo podía ocurrir cerca de la mente colectiva. Necesitaba hablar con aquellos bastardos antes de que su gigantesco cerebro fuera tan pequeño que su capacidad de lenguaje desapareciera.

Así que su llegada a Roma fue en un avión militar, rodeada de duros marines zombies, entrenados en uno de los más terribles escenarios imaginables, y prestos a la batalla.

66- En el Frente

La zona de guerra era una amplia llanura rematada por dos altas montañas. La zona, digamos que liberada de aquella tupida red fúngica era un desierto. No había nada vivo en ella. Nada. Ni vegetal, ni animal, ni siquiera virus o bacterias. Amelia fue conducida al lugar en un jeep de los Cascos Azules, que conducía un Comandante norteamericano, un tipo que votaba a los republicanos, pero que todos los días daba las gracias a dios por tener divisiones enteras de zombies entre sus hombres.

"No me malinterprete, señora. No es porque sean zombies, pero es que son unas bestias pardas, luchan con todo lo que tienen. Uñas y dientes, muñones… Y no paran, aunque estén partidos en trozos, siguen luchando, hasta el final… Perdone pero me cago en todo, esos cabrones se merecen todas las putas condecoraciones que hayamos inventado, y alguna más que habría que hacer sólo para ellos. Estuve en Afganistán, en Irak, y no vi tíos con tantos huevos ni entre los más curtidos de los mercenarios de Blackwater, no sé si me sigue. Esos putos zombies son duros de verdad. Y convierten en mariquitas floridos a los marines vivos más curtidos que conozco. La puta hostia. Perdone mi lenguaje."

Oficialmente, Amelia estaba allí en misión de investigación para la ONU. Era lo que había solicitado al Secretario General y al Presidente en funciones, y lo había conseguido. Tenía el título en el frente de "observadora de rendimiento zombie" con acceso garantizado a la zona de combate y plena libertad de movimientos "bajo su propio riesgo".

Cuando se detuvieron en el valle, a unos dos mil metros del frente, pudo ver la magnitud de la batalla. Aquello había cambiado respecto a lo que había visto en la televisión. El Comandante le dejó sus binoculares para que pudiera observar mejor la masacre.

"Ahora vamos lentos como putos caracoles borrachos y pasados de tripi. No es el terreno, ya lo ve, esto es un puto llano. Es que esas cosas aprenden. Cada día se inventan bichos nuevos. Cambian de estrategia continuamente. No sólo es una puta telaraña infernal, es jodidamente lista. Me temo que más que nosotros. Mire cómo dejan el suelo. Lo secan todo. Los biólogos que vienen en retaguardia no

encuentran nada más que cosas muertas. Piedra seca. Esa telaraña lo chupa todo. La vida, la humedad, el alma de las cosas. Los pobres chicos que mueren ahí abajo los consume y los deja como si fueran momias, incluso los que son como usted, los putos zombis los seca también esa mierda, les saca todo."

"Se alimenta de energía -respondió Amelia- y tanto ustedes como nosotros, los vivos y los no muertos, tenemos energía dentro."

"Pues es una jodida mierda, señora."

Amelia miró por los prismáticos y se giró al Comandante.

"A partir de aquí seguiré sola."

"Con el debido respeto, esto es un frente de guerra, esos bichos tienen tenazas que cortan como si fueran de acero, no sé cómo lo hacen, juntan tanto las hebras de esa telaraña infernal que parecen katanas japonesas. Parten a hombres de dos metros en rodajas. No parece el mejor sitio para una dama, aunque sea zombie."

"No se preocupe, sé lo que hago."

Amelia empezó a bajar por la tierra reseca. El Comandante la miró unos instantes.

"Señora, comunicaré con el pelotón de vanguardia, para que sepan que usted va en camino. Le asignaré una escolta."

"No quiero que nadie arriesgue su vida por mi, Comandante."

"Tranquila, señora, le pondré un par de esos zombis más duros que la piedra. Es nuestro trabajo."

Amelia asintió levemente y siguió camino.

67- Bajo el fuego

Varias divisiones acorazadas disparaban coordinadas con morteros un fuego infernal que iba destruyendo sistemáticamente el interior de aquella gigantesca masa mohosa que se perdía en el horizonte. Amelia pasó junto a ellas, y siguió su camino. Varios marines la miraron con la boca abierta, pero las órdenes del Comandante habían llegado antes que ella. Dos soldados, claramente no muertos, grandes como armarios y con armaduras acorazadas, se detuvieron ante ella.

"Señora, tiene que ponerse un traje protector antes de seguir. Nosotros seremos su escolta".

"No creo que necesite ningún traje especial."

"Sólo cumplimos órdenes."

Amelia asintió y se puso uno de los pesados monos acorazados que vestían aquellos soldados. Le cerraron el casco hermético y notó el aislamiento del exterior. Si bien los zombies no tienen la necesidad de respirar, muchos mantienen el acto reflejo, como ella, y ello implicaba que sus pulmones se llenarían de esporas al entrar en la zona de guerra, algo que, bien mirado, no era lo más deseable. Pero en el fondo Amelia sabía que los hongos habían tenido infinidad de oportunidades de infectarla y no lo habían hecho. Amelia sabía íntimamente que de alguna forma era inmune a ellos.

Pronto, escoltada por aquellos dos tipos grandes como castillos, Amelia empezó camino hacia el frente.

"Señora, esta guerra está siendo muy dura, sé que tiene usted derecho a meterse en ese infierno, al menos nos han pedido que la escoltemos, pero no sé si sabe usted lo que está pasando en ese lugar. El enemigo está formando criaturas completamente nuevas, bichos con tentáculos que cortan como cuchillas de afeitar, y despedazan a la gente en cuestión de segundos. Otros de esos animales o lo que coño sean mascan a la gente y la secan como si fueran pasas, no es agradable de ver."

"Soy consciente de lo que estoy haciendo, soldado. Ahora, por favor, escólteme. Pero les advierto una cosa. Si en cualquier momento su seguridad queda en juego tienen mi autorización para abandonarme. Les garantizo que no me pasará nada."

“Señora, con el debido respeto, nosotros no abandonamos a nadie en el campo de batalla.” -respondió uno de los soldados con tono grave.

Amelia no quiso seguir discutiendo. Empezaron a caminar hacia el frente, que estaba a unos quinientos metros de ellos. Las órdenes volaban a su alrededor, y se estaba creando un cordón de seguridad alrededor del trío, de modo que no llegara fuego de mortero a la zona a la que se encaminaban.

68- En la telaraña

El grupo formado por Amelia y sus dos gigantescos escoltas, todos embutidos en sus trajes de seguridad, llegó a la zona de vanguardia. En aquellos momentos, varias divisiones de infantería chocaban violentamente con unas criaturas de entre 5 y 10 metros de altura, unas cosas llenas de tentáculos, blancas como leche sucia, que se mantenían en el aire casi levitando, y atacaban fieramente girando sobre sus ejes y dejando que por fuerza centrífuga sus tentáculos se extendieran. Aquellos giros vertiginosos convertían a los soldados en rodajas. Otros seres, de aspecto arácnido, tomaban los cuerpos y los desecaban, extrayéndoles toda la energía hasta convertirlos en momias resecas. Diferentes criaturas más pequeñas pululaban sobre los cuerpos de los soldados vencidos, metiéndose dentro de ellos por sus orificios visibles, y saliendo cubiertos de vísceras y sangre. Era un misterio lo que hacían dentro de las personas. También había criaturas voladoras, con alas enormes, y otras que reptaban… Era todo un ecosistema de seres diseñados para causar todo el daño posible a las tropas humanas. Diseños basados en modelos biológicos terrestres que parecían estar siendo mejorados constantemente.

Misteriosamente, cuando Amelia y sus escoltas se acercaron a la zona de combate, las criaturas empezaron a apartarse de ellos. Los duros soldados zombie que escoltaban a Amelia redujeron el paso con un temor bíblico por la reacción de aquellos seres a la mujer que iba ligeramente adelantada a ellos.

No dijeron nada, no hacía falta. Pero la imagen, observada desde lejos, era sobrecogedora. Amelia abría sólo con su paso un corro de silencio de criaturas que la dejaban pasar.

Entonces oyó de nuevo en su mente una voz que llevaba tiempo sin oír.

“Hola, Amelia. Estamos cerca. Sólo tienes que caminar un poco. Has tardado más de lo que esperábamos.”

69- Bienvenida a casa

Amelia no respondió a la voz que oía en su mente. Simplemente se dejó llevar. Pronto quedaron, ella y sus escoltas, rodeados de aquella telaraña que lo cubría todo hasta decenas de metros de altura, pero que se rompía con la misma fragilidad con que la espuma se quiebra, ante el avance del trío de personas.

Amelia intuía por dónde conducirse, girando aquí a la izquierda, aquí a la derecha, a un lado o al otro. Y así, poco a poco, Amelia y sus acompañantes subieron una montaña, bajaron al otro lado, siguieron unos kilómetros, siempre rodeados de un tono blanco que impedía toda visión, subieron otra montaña, descendieron un valle, y finalmente se detuvieron, en un lugar en el que la materia en la que estaban sumergidos se tornó gris.

“Aquí los vivos no pueden respirar”, acertó a comentar uno de los soldados. “Por eso nosotros nos desenvolvemos mejor dentro de esta mierda. Los vivos tienen que llevar bombonas de aire.”

Amelia escuchó el comentario intrascendente agradeciendo escuchar una voz humana cerca de ella. Habían avanzado demasiado tiempo en silencio, seguramente unos 8 kilómetros, hora y media o más habían caminado sin intercambiar palabra alguna. Pero habían llegado. Al centro. Al lugar en el que se concentraban las esporas. Su alrededor era más tupido, y ya no era posible avanzar. Amelia hizo un gesto.

“Esperadme aquí. Tengo que caminar sola a partir de ahora. Si no regreso en media hora, volved a vuestro cuartel general. Esto es importante: os ordeno que no me busquéis. Mi autoridad es la de uno de vuestros comandantes. ¿Queda claro?”

Los dos rocosos zombies asintieron.

“Me llevaré esto” -dijo Amelia, cogiendo un machete militar que llevaba uno de los soldados en su cinturón.

Amelia siguió camino, cortando la tupida estructura grisácea que la rodeaba como si fueran las lianas de una selva.

El avance fue más lento y penoso, durante unos 10 minutos. Entonces una voz dentro de su cabeza la detuvo en seco.

“Hola, bienvenida. Has llegado a donde querías llegar.”

Amelia miró a su alrededor.

“Disculpa, olvidaba que necesitáis interlocutores. Humanos, sois tan extraños, los vivos y los que no lo estáis…” -añadió la voz.

Entonces, ante Amelia la masa gris empezó a deformarse y a abrirse, hacia arriba, hasta que el cielo fue visible en lo alto, azul, intenso, y se formó un área abierta de varios metros alrededor de ella. De aquellos muros grises en movimiento surgió una figura humana totalmente blanca que avanzó hacia ella.

“Bienvenida a casa.”

Amelia miró a la criatura. La conocía. Era el mismo “diseño” con el que había hablado en aquel edificio. Notó un cosquilleo en sus pies, y vió pequeños tentáculos formados por miríadas de hongos que subían por ella, acariciaban su piel, y entraban en su cuerpo discretamente, por su boca, por su nariz, por su vagina, sus oídos, su ano… Amelia esperaba que su inmunidad fuera cierta, porque de hecho aquellos hongos estaban entrando en ella agresivamente. Pero afortunadamente no notaba nada extraño.

“Sabes a lo que he venido” - dijo Amelia con su mente, sin pronunciar palabras.

“Creemos que quien no lo sabe eres tú” -respondió la voz en la mente de Amelia.

“No podéis dañarme, podéis meteros dentro de mi, pero no podéis poseerme, ni destruirme, y sólo yo escucho vuestra voz. Mirad, sé que sólo queréis reproduciros, en el fondo creo que os conozco, porque sois simples, sencillos, sólo queréis sobrevivir, aprendéis de nosotros, pero en el fondo no entendéis del todo lo que aprendéis, ni lo que está pasando; somos demasiado diferentes. Es probable que no entendáis el significado de lo que hacéis con nosotros. Sois hongos, controlabais a los animales cuando no teníais consciencia, a insectos como hormigas y pequeños escarabajos. Ahora sois tantos que habéis adquirido una conciencia, y usáis algo parecido a nuestro lenguaje para comunicar. Habéis causado mucho daño pero entiendo que no queréis otra cosa que seguir vivos, lo que queremos todos. Pero no sabéis parar. Como las bacterias que nos infectan a las personas, acaban haciéndonos enfermar, y nos matan, y las bacterias mueren. Error, la idea es convivir para poder sobrevivir juntos.”

“Existimos para sobrevivir y generar nuevos hongos. ¿Para qué existís vosotros, Amelia?”

“No sólo para reproducirnos. Hay otras cosas. Pero no las entenderíais. Vuestra mente y las nuestras son demasiado diferentes, creéis que podemos comunicar, pero no podemos. Es inútil. Pero sois buenos estrategas, eso no lo niego. Buscáis siempre soluciones que os permitan reproduciros cuanto más, mejor. Por eso poseísteis a los que como yo no están vivos. Por eso habéis

preferido crecer dentro de los que son como yo hasta hace poco, porque sabéis que nuestra consciencia no desaparece, no se extingue, porque os permite leernos, entendernos, hacernos parte de vosotros, compartir conocimientos. Sé que estáis llenos de átomos, moléculas, trozos de los míos. He venido a hablar con ellos."

"Ellos no pueden hablar".

"Claro que pueden, hongo estúpido. Y los habéis integrado en vosotros para aprovechar lo que no tenéis, sus memorias, sus conocimientos, para mejorar. No es un reproche, es una estrategia inteligente. Estáis llenos de trillones de partes de nosotros, pero no habéis pensado que todas esas partes encierran algo de nosotros, algo que no desaparece. Es la maldición de ser un no muerto, no te mueres nunca en realidad, tu almita sigue metida en cada molécula, en cada electrón, en cada radical, en cada enlace químico. Y con ella, sus recuerdos, sus deseos, sus pensamientos e ideas…"

"Ellos están con nosotros, sí. Por eso nuestro cerebro, nuestra mente, está aquí. Hemos transportado los átomos de los que hemos destruido laboriosamente hasta aquí, para que nos ayuden a pensar mejor. Para reproducirnos mejor. Ser más y más. Mejorar y volver a reproducirnos. Es lo que mejor hacemos. Es la tarea que lo define todo."

"Eso es, y por eso, a la vez que os escucho, escucho otras voces…"

Amelia estaba en lo cierto. Las voces que oía eran las de miles, millones de seres, de gente como ella, de zombies que habían sido disgregados en moléculas, y que chillaban desesperados, ciegos, rodeados de hostiles moléculas fungosas que les preguntaban y les tocaban, y les volvían locos, porque no podían ver ni oír ni hablar ni sentir ni tocar, como los trocitos de cerebro de su hijo postizo, aquel regalo que le había salido caníbal. Chillando desesperados al no poder salir, al no poder sino existir en una oscuridad perpetua.

Amelia sabía que todas aquellas voces desesperadas representaban a las de tantos que ella misma se había cruzado antes, no muertos condenados a vivir sin ojos, sin manos, sin cuerpo, en una eternidad inacabable. Se acordó de los despojos desesperados en aquel sótano repugnante, amontonados.

Amelia sabía que había una salida, una luz, una forma de apagarlo todo. Y habló entonces con todas aquellas voces, de modo que la voz del hongo no pudiera escucharla. Su mensaje fue claro, rápido, exacto, afilado como un bisturí.

"Podéis terminar, sólo pedídmelo. Pedir cesar, terminar, y todo acabará para vosotros. Se puede hacer. Sólo tenéis que pedirlo."

Las voces desesperadas se unieron suplicando por desaparecer. Cerró los ojos. Apretó los labios. Había una forma, y sólo ella podía

hacerlo. Desear que todo aquello desapareciera, que aquellas conciencias atomizadas y desesperadas se deshicieran en la nada, se fueran a otro lado, siguieran el camino natural de la muerte biológica que estaba vedado a los zombies.

Cuando la criatura blanca fue consciente de lo que estaba pensando Amelia apenas tuvo tiempo de imitar un grito humano. Un "¡No!" cortado en seco.

Porque todo empezó a desintegrarse alrededor de Amelia.

Todo.

La compleja estructura creada por los hongos, formados con átomos zombis, se disgregó en el aire. Las moléculas se rompieron al faltar los átomos de los zombis absorbidos. No había estructura. No había pensamiento. No había vida. No había hongos.

Y la gigantesca tela de araña que cubría toda Italia se esfumó como una nube de vapor. Los hongos habían mezclado su materia con la de los zombis, y su error les había llevado a la extinción. No había ni un Cordyceps sobre la tierra que no tuviera algún trozo de un zombie en su interior. Y precisamente por eso, todos se extinguieron en silencio en menos de un segundo.

Amelia, que no llegaba a entender lo que había hecho, había liberado a todos los zombis de la Tierra de su maldición, de la muerte eterna. Se habían ido a otro lado, simplemente. Si lo habían deseado, claro. Y todo gracias a un libro de autoayuda que había leído en la cama.

Miró a su alrededor. Estaba en mitad de un desierto vacío. Los dos soldados, a unos doscientos metros de ella, la miraban sobrecogidos. Ella caminó hacia ellos.

"¿Se ha terminado, Señora?" - Preguntó uno de los soldados.

Amelia asintió en silencio.

Los tres volvieron sobre sus pasos, hacia un frente que estaba a ocho kilómetros, en el que decenas de soldados habían dejado de luchar contra unas formas que se habían desintegrado en el aire.

Así terminó la II Guerra Cordyceps.

Y ganamos nosotros.

Bueno, en realidad ganó Amelia.

70- Y pasó el tiempo

En tres años la cosa pareció quedar más o menos controlada; no había hongos contra los que pelear, pero el mundo se había dividido en dos, entre el mundo de los vivos y el de los no muertos. Zomzíbar se había consolidado en una república zombie, y se habían creado varias pequeñas naciones similares, algunas de ellas bajo el mar, ya que los no muertos no respiran, como antes comentamos.

Amelia y César decidieron que podían permitirse el lujo de descansar.

Ella compró una casa en las highlands escocesas con las ganancias del libro que había publicado: "Hongos, la gran mentira", que era un best-seller global, y abandonó la vida pública.

La habían tentado con meterse en política, pero aquello no le interesaba en aquel momento. Los vivos y los muertos tenían que reaprender a convivir en paz, y los Hongos estaban extintos.

Aquella mañana se sintió en paz por primera vez en muchos años. Salió al exterior de la casa a ver salir el sol. César dormía y no quiso molestarle. Había llegado por email una propuesta la noche anterior. Le proponían ser la nueva Secretaria General de las Naciones Unidas, ya que diPalma había dimitido para, junto a varios millones de italianos desperdigados por el mundo, volver a su patria a reconstruir lo que ahora era un erial gigantesco repleto de ruinas.

Ella miró el amanecer, y se mesó los cabellos. Notó algo moviéndose en su interior. No estaría sola. Los embarazos entre vivos y muertos eran posibles desde hacía años, y los niños tenían un 68% de posibilidades de nacer no zombies, todo dependía de si se infiltraban virus por el cordón umbilical en el feto. Todo era posible. Miró al sol y miró de reojo a César, que salía de la casa, y se acercaba a ella. Le besó en los labios y permanecieron un rato viendo al sol salir tras el horizonte.

Ella retuvo sus pensamientos para ella. Pensó en su hijo y en el otro, el remedo que apenas convivió con ellos unas semanas. Deseó con desesperación que todo fuera bien. Ya estaba bien de dolor por un tiempo. Ya era bastante.

Entonces alguien le habló. Y no era César. La voz salía de dentro de ella. De su cabeza.

"Amelia, no tenemos prisa, lo sabes. Estamos dentro de ti y de él. No os molestaremos. Pero en cualquier momento podríamos pedirte ayuda. Cuando lo hagamos, ni no nos obedeces, sabes bien lo que podemos hacer contigo o con él, o con tus futuros hijos. No tenemos prisa, Amelia, pero tú nos ayudarás a volver a su debido tiempo. Serás nuestro vector."

La voz, melosa, cálida, amable como la de un locutor de documentales, calló.

El silencio se hizo en la mente de Amelia.

Y un escalofrío recorrió su muerta espina dorsal.

-Fin-

-Epílogo-

Poco podía imaginar Amelia que todo aquello no había sido sino el principio de una de las más extraordinarias aventuras que la especie humana había podido afrontar. Si las Guerras Cordyceps habían cambiado para siempre las relaciones dentre los vivos y los no muertos, lo que ocurriría en adelante cambiaría la Historia de la Humanidad. Los acontecimientos en Zomzíbar, las Repúblicas Zombie Sumergidas, los Campos de Exterminio Secretos, los experimentos armamentísticos con hongos en Rusia, las sectas apocalípticas post-hongo, que proliferarían por doquier, y sobre todo los planes secretos de varios países que estaban todavía por revelarse, causarían un cataclismo tal que aquellos años son recordados en como "Los lustros oscuros". Lo peor estaba aún por pasar.

Giacomo Stromboli. "La Humanidad No Muerta; crónica del primer Siglo Zombie". Editorial Crítica.

La Revelación se produjo en Santa Amelia de forma paulatina. No fue una visitación como en el caso de María, sino un largo proceso que se prolongó a lo largo de la mayoría de su largo embarazo de once meses. Las revelaciones, los prodigios y los milagros que rodearon aquellos meses de su vida fueron las Señales de que era portadora de la Segunda Venida, y que el Espíritu Santo había infundido en ella la vida sagrada del Hijo de Dios a través de la semilla de su compañero, César, beatificado como San César de Central Park por nuestra Máxima Autoridad recientemente.

Los Neoevangelios según San Moonbase. (Moonbase 16:15) New International Version (NIV) Ecclesia de los Santos Zombies y de los Profetas de la Segunda Venida. Editorial Ecclesia Zombie. New York. Versión del Proyecto Gutemberg II.

Nota: Las Obras Citadas lo han sido con permiso de sus Autores o de los detentadores legales de sus derechos, y están protegidos por la Ley de Copyright para No Muertos, número 756.5656H, en su versión reformada para seres en "proceso de